



Máster en Estudios de Mujeres, Género y Ciudadanía  
Facultad de Geografía e Historia  
Universidad de Barcelona  
Trabajo Final de Máster, curso académico 2020-21

**LA VULNERABILIDAD DE LA VIDA EN PANDEMIA POR COVID-19:  
DISCURSOS DE RESISTENCIA DE ORGANIZACIONES  
COMUNITARIAS DE MUJERES EN CHILE**

Presentado por:

**Tania Violeta Ponce Mancilla**

Tutora:

**Prof. Dra. Ma. Del Socorro Pérez Rincón Fernández**

Barcelona, 30 de julio del 2021


Ma. Del Socorro Pérez Rincón Fernández, profesora asociada de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona.

Certifica:

Que el presente trabajo final del Máster en Estudios de Mujeres, Género y Ciudadanía, titulado “La vulnerabilidad de la vida por pandemia COVID-19: discursos de resistencia de organizaciones comunitarias de mujeres en Chile”, ha sido realizado por Tania Violeta Ponce Mancilla bajo su tutela.

---

Dra. Ma. Del Socorro Pérez Rincón Fernández



---

Tania Ponce Mancilla

*“...porque donde duele, ahí están tus armas” (colectiva Las Fieras de Ancud),  
A todas las mujeres que resisten a la precariedad de la vida desde sus territorios.*

**Resumen:**

La pandemia mundial por COVID-19 ha visibilizado y radicalizado numerosas desigualdades estructurales que ya se estaban gestando en los diferentes países o territorios. En Chile se desata la pandemia meses después de la revuelta social del 2019, configurándose una gran crisis social, política y sanitaria que continúa hasta la actualidad. Esta investigación, a través de una metodología mixta (cualitativa y cuantitativa), busca conocer y comprender los discursos sobre vulnerabilidad y resistencia por la sostenibilidad de la vida de mujeres pertenecientes a distintas organizaciones comunitarias populares a lo largo de Chile. Este trabajo busca poner en el centro las narrativas feministas populares que se configuran desde los márgenes, y discutir la importancia de la acción colectiva comunitaria como salida a las crisis actuales profundizadas por el patriarcado y el neoliberalismo.

**Palabras claves:**

vulnerabilidad, resistencia, feminismo popular, organizaciones comunitarias de mujeres, pandemia COVID-19, crisis social y política.

## Índice

I. Introducción .....	7
1. Objetivos.....	10
1.1. Objetivo General: .....	10
1.2. Objetivos específicos: .....	10
2. Hipótesis de Investigación.....	11
2.1 Hipótesis General: .....	11
2.2 Hipótesis Específicas: .....	11
II. Marco Teórico.....	12
2.1. Vulnerabilidad y resistencia, cuando la vida debe ser digna de ser vivida.....	12
2.2. Feminización de la supervivencia y crisis de los cuidados.....	17
2.3. Feminismos periféricos y comunales: el poder de la acción colectiva desde los márgenes. ....	21
III. Marco metodológico.....	26
3.1. Metodología Cualitativa .....	27
3.2. Metodología Cuantitativa .....	32
IV. Resultados y discusión .....	34
4.1 ¿Qué nos dicen los datos estadísticos? Análisis de indicadores territoriales, sociales y económicos con perspectiva de género en contexto de pandemia por COVID-19.....	34
Caracterización socioeconómica pre-covid 19, año 2017.....	35
Estadísticas contexto COVID-19 .....	49
4.2. Repensarnos desde los márgenes. Una breve mirada sociohistórica a las luchas colectivas feministas en Chile.....	57
“La lucha por una vivienda digna”. Comité Nueva Esperanza, Alto Hospicio. ....	57
“Politización del hambre”. Olla Común Dignidad del Pueblo, Santiago.....	60
“Ecofeminismo y resistencia al sistema extractivista neoliberal”. ANAMURI, Chépica. ....	64
“Feminismo político urbano y popular en el contexto de la revuelta social”. Colectiva Callejeras Autoconvocadas Biobío, Concepción. ....	67
“En contra del extractivismo y a favor del reconocimiento identitario ancestral”. Colectiva Las Fieras, Ancud. ....	71
4.3 Feminismos populares y los discursos de vulnerabilidad y resistencia por la vida en pandemia por COVID-19.....	75

i) Vulnerabilidades en los cuerpos-territorios feminizados: expresiones de las precariedades .....	75
ii) Resistencias en la acción colectiva como contra-respuesta a la precariedad de la vida .....	81
iii) ¿Cómo dialoga y se tensiona las nociones de vulnerabilidad y resistencia? Reflexiones teóricas aplicadas a las experiencias colectivas de organizaciones comunitarias de mujeres.....	89
VII. Conclusiones y reflexiones finales.....	92
VIII. Bibliografía .....	96
IX. Anexos.....	105
9.1 Pauta de Entrevista.....	105

## I. Introducción

La crisis por la pandemia COVID-19 ha evidenciado profundas desigualdades estructurales, dando cuenta de cómo los brotes de enfermedades afectan a las mujeres y los hombres de manera diferente (Fondo de Población de Naciones Unidas, 2020), exacerbando las desigualdades de género y volviendo las vidas de mujeres y niñas -y de otras minorías y grupos marginados- profundamente vulnerables ante la precarización de los espacios sociales y de la vida cotidiana.

La evidencia demuestra que, en épocas de crisis, los sistemas de protección de mujeres y niñas se debilitan o dejan de funcionar -incluidas las estructuras comunitarias- (Fondo de Población de Naciones Unidas, 2020), por lo que existe un aumento en las probabilidades de sufrir violencia de género o intrafamiliar. Durante esta época los hogares se han convertido en los espacios donde ocurren los cuidados, la educación de las niñas y niños, la socialización y el trabajo productivo, aumentando la crisis de los cuidados (CIM, 2020a), ya que son espacios principalmente sostenidos por mujeres.

A su vez, esta crisis globalizada también tiene efectos diferenciados entre hombres y mujeres en el ámbito económico y del trabajo, ya que las mujeres son más pobres, además de sostener en una mayor y gran proporción la economía informal (CIM, 2020a). En este contexto, es importante focalizar la atención en los grupos de mujeres más desfavorecidos y vulnerables a la pandemia: mujeres dueñas de casa sin trabajo remunerado, mujeres en sectores rurales o mujeres trabajadoras domésticas. Por ejemplo, las mujeres del mundo rural han presentado los mismos problemas que todas las mujeres a nivel general (agudización crisis de los cuidados, precariedad económica, incremento de la pobreza, limitada movilidad), pero presentando obstáculos adicionales, como el aumento de las tasas de desnutrición, desaparición de los servicios públicos, devastación de comunidades rurales pobres producto de la propagación del COVID-19, además de la interrupción de la cadena de producción alimentaria que impacta a las mujeres productoras de alimentos a pequeña escala (CIM, 2020b). A esto, se le suma que las mujeres tienen una mayor probabilidad que los hombres de perder sus empleos, ya que tienen una representación desproporcionada en tipos de empleo inseguros del sector informal de la economía (FIDA, 2020).

Ahora bien, las diferencias de los efectos de la pandemia no sólo se dan desde un punto de vista del género, las desigualdades se acrecientan aún más cuando incorporamos una mirada social, territorial y económica. En el caso de Chile, la crisis sanitaria, además, se entremezcla con una crisis política y social que estalló en octubre del 2019. A la propia vulnerabilidad que se abre desde la revuelta social, el virus radicaliza los temores asociados a lo doméstico y lo privado, como nicho de opresión y desigualdad, problematizando el riesgo de contagio que sufren las mujeres en lo público a través de trabajos precarizados, pero también del peligro en lo cotidiano, a la violencia doméstica, la amenaza de la cesantía, la carencia y el hambre (Grau, Follegati, & Aguilera, 2020).

Un informe con enfoque de género sobre la realidad chilena en el contexto de la pandemia por COVID-19, planteó 7 ejes de trabajo, vislumbrando donde podría estar más afectada la realidad de las mujeres. Se trabajaron temáticas como a) trabajo, b) violencia de género, c) salud, salud sexual y salud reproductiva, d) territorios, e) agua, f) educación y g) migraciones. En un primer análisis de diagnóstico, se reveló que los estados de cuarentena aumentan el trabajo doméstico y de cuidados remunerados, esta situación se agrava en familias monomarentales en la que la mujer es jefa de hogar; también esta pandemia tiene efectos directos en la salud de las mujeres, por la dificultad en acceder a los servicios básicos de salud sexual y reproductiva. A esto, se le suma el aumento de la violencia de género (Presidencia del Senado, 2020), a su vez, que son los territorios más marginados los que se llevan los efectos más fuertes en todas estas temáticas enunciadas.

Ahora bien, la respuesta de las mujeres en momento de crisis cobra profundo sentido desde la organización a través de redes comunitarias y grupos sociales, ya que se posibilitan formas creativas de sostenimiento, “aflorando territorios de solidaridad, se establecen vínculos que sobrepasan la frontera de lo privado, se recuperan y modifican políticas cotidianas de convivencia y reciprocidad” (Grau, Follegati, & Aguilera, 2020, pág. 6). Judith Butler (2020) reflexiona acerca de cómo la valentía deviene como el rasgo fundamental de las relaciones sociales en estos grupos, en particular de las relaciones de solidaridad, las que se transmiten entre la gente y surgen desde las relaciones sociales, de los lazos entre personas, del espacio y la ocasión de sus interrelaciones. Estos discursos de valentía y resistencia, la autora los



resalta como base para una política que se oponga a la precariedad bajo las que un número cada vez mayor de gente se ve obligada a vivir.

En ese mismo sentido, la precariedad visibiliza la necesidad política de actuar conjuntamente (Butler, 2020), ya que, en un sistema radicalmente neoliberal como el chileno, el patriarcado se incrusta profundamente a través de la lógica del capital, “entroniza la trascendencia, la supuesta autosuficiencia del hombre que, a través del mercado, niega su eco-dependencia, su interdependencia con el conjunto social, su condición frágil y vulnerable” (Pérez-Orozco, 2010). Cuando reconocemos que nos necesitamos los unos a los otros, estamos reconociendo los principios básicos que conforman las condiciones democráticas de una vida vivible (Butler, 2020). Por lo tanto, cuando se habla acerca de poner en el centro la vida, se hace referencia a la emergencia de un nuevo orden social que dé cuenta de las desigualdades que lo sostienen, evidenciando desde un punto de vista interseccional, cómo ciertos grupos de mujeres están más desfavorecidos en esta crisis pandémica, en un contexto político chileno que se ha abierto a repensar su estructura social, política y económica. A su vez, al hablar de vulnerabilidad y fragilidad, se conectará con la idea de deshumanización, y cómo esta opera a través de la insensibilidad frente al sufrimiento humano y la muerte (Butler, 2006), conflicto emergente en esta pandemia.

En consecuencia, en esta investigación se propondrá conocer las experiencias colectivas y subjetivas de mujeres que conforman ciertas organizaciones comunitarias de base, que en el contexto de la pandemia por el COVID-19, han tenido que organizarse para superar las limitaciones de una vida cotidiana que las expone y precariza, tal y como lo explica Butler (2006),

“(las mujeres y minorías se) constituye (n) políticamente en virtud de la vulnerabilidad social de sus cuerpos -como lugar de deseo y de vulnerabilidad física, como lugar público de afirmación y exposición-. La pérdida y la vulnerabilidad parecen ser la consecuencia de nuestros cuerpos socialmente constituidos, sujetos a otros amenazados por la pérdida, expuestos a otros y susceptibles de violencia a causa de esta exposición” (pág. 24).

Por lo tanto, desde la noción de vulnerabilidad y resistencia, se propondrá un análisis de la precarización y persistencia de estos grupos, que desde sus propios discursos explicarán sus

búsquedas y caminos por conseguir una “vida vivible”, los cuales combatan las condiciones económicas y sociales que les imposibilita un mejor futuro.

## 1. Objetivos

### 1.1. Objetivo General:

Conocer y comprender las experiencias colectivas y subjetivas de mujeres en sus grupos de organización comunitaria, en el contexto de la pandemia por COVID-19, pertenecientes a una clase social media-baja, de distintas zonas geográficas, urbanas y rurales, desde los conceptos de vulnerabilidad y resistencia.

### 1.2. Objetivos específicos:

1. Caracterizar las condiciones sociales, económicas y territoriales de las organizaciones comunitarias estudiadas, en el contexto de la pandemia por COVID-19.
2. Diferenciar las experiencias colectivas y subjetivas de las mujeres pertenecientes a las diferentes organizaciones comunitarias analizadas, durante la pandemia por COVID-19, desde los conceptos de vulnerabilidad de la vida y resistencia.
3. Indagar, desde una perspectiva feminista, las desigualdades a las que están sujetas las mujeres en los diferentes territorios analizados, y las posibles respuestas de resistencia desde las organizaciones comunitarias ante la precariedad de la vida.
4. Profundizar en los diversos discursos que nacen de las organizaciones de mujeres analizadas, evaluar sus diferencias y convergencias en torno a diversos ejes temáticos: conflicto medioambiental, organización comunitaria-popular, feminización de la pobreza, crisis política en Chile, entre otros.

## 2. Hipótesis de Investigación

### 2.1 Hipótesis General:

Las experiencias colectivas y subjetivas de las mujeres en sus grupos de organización comunitaria permiten resignificar sus vivencias de precariedad y vulnerabilidad en el contexto de la pandemia COVID-19, a su vez que consolidan acciones de resistencia individuales y colectivas.

### 2.2 Hipótesis Específicas:

1. Las diferentes organizaciones comunitarias de mujeres analizadas en los territorios de Chile -de la zona norte, centro y sur, y de tipo urbano-rural- visibilizan distintas desigualdades en sus experiencias y discursos colectivos, por la pandemia COVID-19.
2. Aunque existen diferencias marcadas en la experiencia colectiva de las organizaciones de mujeres analizadas, se evidencia un discurso en común en torno a la precariedad y vulnerabilidad de la vida en el contexto de la pandemia COVID-19.
3. Las diferencias y convergencias en los diversos discursos de las mujeres desde sus organizaciones, potencian el movimiento feminista en Chile, en tanto resistencia a la pandemia COVID-19.

## II. Marco Teórico

### 2.1. Vulnerabilidad y resistencia, cuando la vida debe ser digna de ser vivida.

Para Judith Butler, la pregunta por la vulnerabilidad no se genera desde una reflexión existencial, sino que emerge de una condición social que afecta o precariza mayormente a determinados sujetos (Hernández, 2020). Los feminismos se han hecho cargo de esta temática, y en ese sentido, Butler ha reflexionado acerca de si es el feminismo en sí mismo transformador, o más bien es la transformación una de sus consecuencias (Butler, 2001). Si bien se sabe que no podremos responder directamente a esta dialéctica, hablar acerca de la fragilidad de la vida nos acercará a comprender que la pregunta por el buen vivir es una pregunta por la vulnerabilidad y la supervivencia humana, estableciéndose como una de las disyuntivas por resolver en cuánto a la relación mujeres y crisis.

Butler problematizó acerca de por qué las vidas humanas que no merecen ser vividas están más sujetas a la violencia simbólica y política. En esa tarea por visibilizar esta realidad, plantea la urgencia por rescatar las voces de las mujeres excluidas, refugiadas o migrantes, disidentes sexuales, etc., las cuales sufren a menudo diversas formas de exclusión y violencia, ya que provienen de las poblaciones, en condiciones de pobreza o están inhabilitadas políticamente (Butler, et al., 2019). Dice, “las mujeres continúan sufriendo, de modo diferencial y de maneras bastante específicas, la violencia, la pobreza y el analfabetismo; y estas formas de sufrimiento son expresiones de una persistente desigualdad” (Butler, et al., 2019, pág. 22), situación que durante la pandemia COVID-19 ha sido investigado, evidenciando que son los cuerpos racializados y feminizados son de los más afectados (Berkhout & Richardson, 2020).

A su vez, Achille Mbembe (2011) trabajó el concepto de necropolítica, mediante el cual planteó que la “expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir” (pág. 19). Para esto, retoma la noción de biopoder de Foucault, y la lleva un paso más allá, explicando cómo se segrega a las personas que deben morir, de las que deben vivir, siendo un poder que opera a nivel de campo biológico, del cual toma el control y en la cual se inscribe. Es decir, la

deshumanización de la condición de sujeto deviene en una triple pérdida, la pérdida de un “hogar”, pérdida sobre los derechos sobre su cuerpo y la pérdida del estatus político, lo que equivale a una dominación radical, a una alineación muchas veces desde el nacimiento a la muerte social, generando una expulsión fuera de la humanidad.

El ejercicio de dominación se da a través de la inscripción de nuevas relaciones espaciales y sociales, que producen líneas de demarcación y jerarquías, de zonas y enclaves; la clasificación de personas según diferentes categorías, la extracción de recursos y la producción de imaginarios culturales que producen derechos diferenciales para diferentes categorías de personas, generando un nuevo estatus respecto a lo que se comprende por soberanía, siendo similar al concepto de ocupación (Mbembe, 2011). Estos territorios, Fanon (1961) los definió como ciudades hambrientas de pan, carne, zapatos, carbón y luz; son espacios que mantienen a los sujetos doblegados, de rodillas, revolcadas en el fango. La violencia ejercida no busca simplemente mantener estas vidas sometidas, también buscan la deshumanización, mientras las masas luchan contra la miseria humana dibujando sus estómagos reducidos a lo que el autor denominó la geografía del hambre. Las violencias actuales, Mbembe (2011) las ha identificado como formas únicas y nuevas de existencia social en las que numerosas poblaciones se ven sometidas a condiciones de existencia que les confiere el estatus de *muertos-vivientes*.

Por su parte, cuando se habla de vidas fronterizas, nos referimos a las que están expuestas a la vergüenza, precariedad y vulnerabilidad. Alzaldúa (1999) definió el concepto de frontera como una herida abierta, planteando que “las fronteras están diseñadas para definir los lugares que son seguros y los que no lo son para distinguir el nosotros del ellos” (pág. 42). En este espacio se está en un estado de constante transición, sus habitantes son las prohibidas, desplazadas o invisibilizadas, por lo que, en esos territorios, las identidades se forjan desde la lucha y la precariedad por la sostenibilidad de la vida. Sassen (2003), por su parte, conceptualizó como circuitos transfronterizos a espacios que se sostienen gracias a los altos niveles de explotación y precarización de las personas que habitan territorios especialmente desiguales. Los sujetos sociales que ocupan estos espacios carecen de poder, son los desfavorecidos, los excluidos y las minorías discriminadas, es decir, actores que han sido invisibilizados en el espacio político y económico de los territorios y que sostienen las

ciudades globales desde su trabajo y exclusión social. El coronavirus es la restitución del concepto de frontera en una de sus formas más extremas, clasificando los cuerpos que pueden entrar o salir de las fronteras, excluyendo, segregando (Galindo, 2020).

La idea de precariedad humana es determinante en este contexto, Butler la explicó en un primer caso como la vulnerabilidad propia de la condición humana según su interdependencia biológica y social, y en un segundo caso, referida a situaciones sistemáticas y diferencialmente inducidas por variables políticas y económicas (Butler et al., 2019). En ese sentido, al hablar de precariedad no sólo se hará referencia al mundo material, sino que también a uno existencial que equilibra el tiempo y espacio (Fuster, 2018), es decir, que refiere a la experiencia ontológica de las mujeres.

Precariedad o *precariousness* y precaridad o *precarity*, son dos formas con las que Butler trabajó este concepto. La primera da cuenta de la distribución desigual de la fragilidad (Fuster, 2018), haciendo referencia a las condiciones de existencia mínimas que deben tener los sujetos para cubrir sus necesidades básicas de vida -como lo son el refugio, trabajo, comida y atención médica-. A su vez, el concepto de “precaridad” o *precarity* es la condición por la que uno no sabe si va a morir o vivir, o si la vida que está disponible será una vida vivible (Butler, et al., 2019, págs. 56-57). Los medios políticos y sociales a través de los cuales se manejan las crisis, determinarán cuán precaria será la vida y cuán libres son los sujetos, pues libertad significa, entre otras cosas, la liberación de la pobreza, y acceso a “vestido, comida y reproducción de la especie” (Arendt, 2018, pág. 40).

En respuesta a la precariedad, está la resistencia pública de los cuerpos colectivos por la sostenibilidad de la vida, los cuales son conducidos a una vulnerabilidad generalizada, y los cuales mediante el ejercicio de su accionar, emergen como respuesta de resistencia; es decir, somos, en primer lugar, vulnerables y cómo se supera la vulnerabilidad, es a través de actos de resistencia (Butler, 2018). Los espacios de resistencia se dan en un contexto donde emergen las luchas, que en su condición política posibilita la reproducción de inequidades, son territorios desmantelados por la privatización, el neoliberalismo con formas cada vez más intensas de desigualdad económica, basada en prácticas políticas antidemocráticas autoritarias (Butler, 2018), y por una violenta combinación de intereses de gobiernos y grupos de poder.

En ese sentido, la resistencia tiene una relación dual, por una parte, hay una resistencia a la vulnerabilidad, que tiene tanto dimensiones psíquicas como políticas, y, por otra parte, el mismo significado de vulnerabilidad cambia cuando llega a entenderse como parte de la propia resistencia política (Butler, 2018). Es decir, la resistencia política se basa en la movilización de la vulnerabilidad, lo que da cuenta que esta puede sentirse como una exposición, y la vez, con la posibilidad de ser agente paralelamente. La finalidad no es que estas formas colectivas de resistencia se estructuren en una búsqueda por vencer la vulnerabilidad, esa es la idea paternalista<sup>1</sup> del proceso (Butler, 2018).

En consecuencia, la resistencia y la vulnerabilidad operan juntas, y su forma dialéctica de expresión proviene de entender la resistencia como una forma política y cultural que está conformada por la vulnerabilidad, por lo que no es uno de sus contrarios. La vulnerabilidad opera a un nivel intermedio, que no es plenamente activa o pasiva, ya que constituye una característica del ser humano que es capaz tanto de ser afectado como de actuar (Butler, 2018). Estas formas de resistencia son no violentas, y se movilizan desde las corporalidades, haciendo valer la existencia, reclamando el derecho al espacio público, la igualdad, en oposición a la violencia del Estado y las fuerzas de orden. En ese sentido, la resistencia también tiene mucho que ver con el ejercicio consciente de la libertad, es decir, cómo la liberación es de hecho una condición de la libertad -pero no necesariamente a la inversa-, resultando difícil determinar dónde acaba el deseo de liberación, de verse libre de opresión, y dónde empieza el deseo de libertad, de vivir una vida política (Arendt, 2018); he ahí su fragilidad. Sin embargo, entenderemos, como plantea Arendt (2018), “que la libertad pública es una realidad mundana tangible, creada por los hombres para gozar conjuntamente en público, para ser vistos, escuchados, conocidos y recordados por otros. Y ese tipo de libertad exige igualdad; solo es posible entre iguales” (p. 29).

Por lo tanto, la resistencia se podría entender como la respuesta no-violenta a la precariedad (Butler, 2021), y también como un ejercicio de la libertad humana, en donde exponen su estatus de personas frente a los poderes que amenazan su propia existencia, participando persistentemente desde la acción colectiva por derrotar las bases de la violencia, superando

---

<sup>1</sup> Butler critica la noción de paternalismo desde la acción corporal independiente, ya que menosprecia la noción de corporalidad como algo performativo y relacional, que incluye dependencia de condiciones infraestructurales que nos preceden y condicionan nuestra existencia.

su condición de existencia desde la marginalidad (pág. 31). Los cuerpos reunidos y conectados que emergen producen o pueden producir nuevas formas políticas, ya que están unidos por lazos de solidaridad. Cuando un grupo de cuerpos se reúnen en contra de la precariedad es significativo en sí mismo, porque actúa desde su propia autorreferencia, encarnando la precariedad (Butler, et.al., 2019), y se moviliza desde una modalidad corporeizada y colectiva de la performatividad. Las redes de colectividad son interdependientes globalmente, ya que se articulan por la explotación y desposición económica y política. A su vez, estas redes se conforman desde la valentía, rasgo y efecto de las relaciones sociales, en particular, de las relaciones de solidaridad; surge de los lazos entre personas, del espacio y la ocasión de sus interrelaciones (Butler, 2020a).

Por lo tanto, la respuesta colectiva a la vulnerabilidad, se entiende como una exposición deliberada al poder, formando parte del sentido mismo de la resistencia política como una actuación encarnada (Butler, et al., 2019, pág. 64). El miedo que se tiene al concepto de vulnerabilidad, radica esencialmente en creer que se le priva de agencia al sujeto, o se le victimiza; sin embargo, la resignificación proviene de la importancia de comprender acción y reacción dialécticamente, siendo la capacidad de respuesta la posibilidad de que seamos afectados por algo, que seamos sensibles a lo que hay fuera de nosotras, que seamos vulnerables a poderes que no controlamos totalmente (Butler, et al., 2019, págs. 64-65). Resistir es ejercer el poder en un mundo donde el dominio no sea la meta.

Además, la vulnerabilidad se entenderá como la desigualdad entre las vidas que son dignas de ser lloradas o, lo que es lo mismo, no merecen un duelo. Esta situación muchas veces ocurre por el racismo, la xenofobia, la homofobia, transfobia, misoginia y desprecio por los pobres y los desposeídos (Butler, 2021, pág. 34).

La pandemia del COVID-19 ha evidenciado la importancia por trabajar la vulnerabilidad de la vida, el replanteamiento del sistema de cuidados y las redes de solidaridad comunitarias como espacios de supervivencia en momentos de crisis. Frente a eso, Butler (2020), explicitó claramente que, en un sentido, “el virus no discrimina” (Butler, 2020b), que nos pone en una posición de interdependencia global, y que no entiende de fronteras y territorios nacionales. Pero por otro lado, plantea una fragilidad que proviene de la desigualdad radical que visibiliza, pero el virus por sí solo no discrimina, pero seguramente los humanos sí lo haremos



basados en el nacionalismo, racismo, xenofobia y capitalismo (Butler, 2020b). Por otro lado, Galindo (2020) ha problematizado acerca de cómo el coronavirus ha eliminado el espacio social más vital y democrático, como lo es la calle, un afuera que permitía la resistencia y libertad.

En esa línea, es interesante visibilizar también la vulnerabilidad en pandemia en términos de brechas digitales, Haraway (1995) desde el postmodernismo explicó brillantemente a través de la noción de *cyborg*, una manera de pensar que trasciende el esencialismo y representacionismo, basado en una “nueva forma” de comprender las relaciones sociales basadas en tecnologías cibernéticas que disuelven y desdibujan el yo y la otredad a través de límites fluidos e imprecisos, que podríamos identificar en la masificación de la comunicación online de estos últimos tiempos, que ha instaurado nuevas desigualdades, pero también nos ha permitido mantener la interacción y comunicación social. En este tiempo de vida pandémica se han configurado, por lo tanto, nuevas formas de poder/saber en base a tecnologías que penetran en los cuerpos de las personas, generando nuevas subjetividades.

## 2.2. Feminización de la supervivencia y crisis de los cuidados

La crisis que está visibilizando la pandemia por COVID-19 es multidimensional, es decir, da cuenta de un desgaste en lo político, social y económico, demostrando “la incapacidad del sistema capitalista para dar respuesta a las necesidades vitales de las personas” (Carrasco C. , 2016, pág. 35). La economía feminista ha identificado tres ámbitos de los cuales depende la vida de las personas, a saber: la naturaleza, el espacio doméstico y el ámbito de la producción más allá del doméstico (Carrasco C. , 2016). En ese sentido, ha planteado ampliar las fronteras de la economía más allá del mercado como manera de incorporar el trabajo doméstico y de cuidados como parte del circuito económico, reforzando que el objetivo no debería ser el beneficio económico, sino que el cuidado de la vida (Carrasco C. , 2014).

El enfoque económico neoliberal ha limitado las perspectivas analíticas y políticas en la actualidad, reduciendo las condiciones materiales, relacionales y culturales de la vida exclusivamente a la relación del trabajo asalariado, invisibilizando el trabajo de cuidados y

doméstico, eludiendo toda responsabilidad acerca de la importancia de las condiciones de vida de la población (Carrasco C. , 2014). Esto se ha profundizado producto de la división sexual del trabajo, la separación del hogar y el trabajo acentuó las diferencias en la realización de tareas entre mujeres y hombres, creyendo que esa distinción en la organización cotidiana era la más eficiente, racional y productiva (Herrero, 2011).

Las economías de desarrollo y la globalización económica han sido determinantes para que se generen circuitos alternativos de supervivencia sostenidos por mujeres. La crisis del COVID-19 ha evidenciado esta situación de excepción, a partir de indicadores claves como las crecientes deudas de los gobiernos, el aumento del desempleo, los recortes en gastos sociales de los Estados, y el cierre de empresas (Sassen, 2003). En esos espacios, son las mujeres las que cada vez operan más como el vehículo de supervivencia, puesto que las Políticas de Ajuste Estructural -propias de la globalización-, afectan de forma particularmente dura a las mujeres, ya que son las responsables de la salud y educación en las unidades domésticas (Sassen, 2003). La crisis actual no ha sido diferente.

En la actualidad, las políticas macroeconómicas han develado sesgos de género en relación a políticas de igualdad de oportunidades, ya que una disminución del gasto social, reduce los sistemas públicos, situación que afecta principalmente a las mujeres en los siguientes términos: por tener menos rentas, ser mayormente usuarias de los servicios sociales, ser las principales empleadas en esos sectores, y ser las reemplazantes naturales de servicios que dejan de proveerse desde el Estado, y pasan a ser responsabilidad de las familias, en específico de las mujeres como garantes de la seguridad (Gálvez & Rodríguez-Modroño, 2017). Por lo que se deduce que son las mujeres las más perjudicadas en momentos de crisis.

En ese contexto, el rol del Estado deviene determinante. Los derechos sociales no siempre forman parte del elenco de derechos fundamentales en las constituciones de los Estados, a su vez, que muchas de las políticas sociales que pretenden responder a necesidades sociales de las mujeres, no terminan siendo efectivas, ya que no son sólo las mujeres las que tienen esas necesidades, ni tampoco son representativas de la realidad de esas mujeres (Igareda, 2012). En ese sentido, los cuidados disputan el principio de ciudadanía en tanto se consolidan como derecho que permita la conciliación de la vida personal, laboral y familiar en condiciones dignas, abriendo espacios de cuidado cotidianos, y en donde las condiciones de trabajo se

adapten a las necesidades de la ciudadanía a través de la flexibilización del trabajo (Peterson, 2007).

Ya se ha investigado acerca de la relación entre género y crisis, en donde estudios han arrojado tres pautas históricas: intensificación del trabajo de las mujeres, recuperación más tardía del empleo femenino y su precarización, y retrocesos en igualdad. Políticas de austeridad revelan que son las mujeres las que tienen que volver al orden “natural” del hogar como garantes de ahorro y cuidados, de ahí que la provisión de cuidados tengan costos altísimos en términos laborales. Lo problemático es que los gobiernos, en momento de crisis económica, han llamado a la austeridad, e intentan privatizar lo público en nombre de la eficiencia, provocando mayor desigualdades, pobreza y exclusión social, especialmente en las mujeres (Gálvez & Rodríguez-Modroño, 2017). Las mujeres ven intensificados su trabajo en dos vías, a saber: i) por incrementarse las necesidades de trabajo vinculadas con la doble presencia y, ii) por la interacción que esta doble presencia tiene con la precarización de los mercados de trabajo y los dispares efectos de las nuevas tecnologías (Gálvez Muñoz y Rodríguez-Modroño, 2017). A su vez, también se ha demostrado históricamente que esa intensificación del trabajo se enfoca en el de tipo no remunerado, el cual había dado “holgura” a la crisis y permitido el combate y la supervivencia de muchas familias a costa de la intensificación del trabajo femenino (Gálvez & Rodríguez Madroño, 2011).

Este diagnóstico es parte de lo que se ha denominado la crisis de los cuidados, que se sustenta en realizar una crítica estructural al sistema socioeconómico, integrando el género como categoría analítica central, ya que se pone en el centro la dimensión afectiva-relacional, cuestionando la mirada androcéntrica actual (Pérez-Orozco, 2006). La pandemia ha develado una crisis que no es solamente particular, sino que tiene un carácter colectivo que se conforma con el objetivo de sostener cotidianamente la vida, los cuidados son la gestión y el mantenimiento cotidiano de la vida y la salud, la provisión diaria de bienestar físico y emocional. Si no hay una responsabilidad social en la provisión de los cuidados en lo público, esta recaerá en los grupos domésticos, en lo privado y en las mujeres, dada las relaciones de poder de género intrafamiliar (Pérez-Orozco, 2007).

Ahora bien, los cuidados no son vividos de la misma manera por todas las mujeres, visibilizar las dimensiones sexuales y afectivas de estos implica dar cuenta de las diferencias entre las

propias mujeres, respecto a la experiencia homogénea en las responsabilidades del trabajo doméstico (Pérez-Orozco, 2006), a esto se le ha denominado estratificación del continuo comunicativo sexo-atención-cuidado (Precarias a la deriva, 2004). La importancia de la economía feminista ha sido esa, realizar un análisis de las crisis centrado en comprender su impacto en las condiciones de vida de sujetos diferencialmente posicionados en el sistema (Pérez-Orozco, 2010), es decir, potenciar una mirada interseccional (Medina, 2014) en el análisis de las crisis como forma de profundizar de mejor forma las desigualdades<sup>2</sup>.

Pérez-Orozco (2010), propuso cuatro ejes estratégicos para generar un cambio en el entendimiento del sistema de reproducción social, a saber: i) abrir un debate ético acerca de lo que implica un buen vivir, el cual debe ser radicalmente democrático, centrado en el revalorización de los cuidados y la reproducción cotidiana en la vida; ii) hacer del conflicto capital-vida una lucha política, que necesariamente involucra mostrar la problemática de los cuidados; iii) construir otra lógica económica que aumente el gasto social dirigido a la reproducción social y la reducción del trabajo invisible de las mujeres en los hogares; y, por último, iv) apostar por la redistribución por sobre el crecimiento, redistribuir todos los recursos y todos los trabajos, por sobretodo los no remunerados e invisibilizados, que son los sostenidos mayormente por mujeres.

La pandemia COVID-19 ha visibilizado la importancia por mantener una salud pública vigente, que enfrente los procesos de privatización del sistema que han precarizado la vida de las personas y los trabajos asociados a los cuidados. Las necesidades son infinitas en momentos de crisis, y la entrega de las trabajadoras de la salud se desdibujan, perdiendo sus límites, ya que ellas acaban siendo el propio recurso ante la escasez de los servicios (Precarias a la deriva, 2004). La radicalización respecto a la crisis de los cuidados, además, ha visibilizado el rol determinante de las mujeres a la cabeza de la organización social del cuidado, en los espacios formales e informales de la vida cotidiana<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> El concepto de interseccionalidad se desarrollará de manera más profunda en el próximo apartado junto al análisis de los feminismos periféricos.

<sup>3</sup> Recuperado desde <https://www.elsaltodiario.com/cuidados/claves-politicas-publicas-brecha-cuidados-pandemia-conciliacion-corresponsabilidad>.

### 2.3. Feminismos periféricos y comunales: el poder de la acción colectiva desde los márgenes.

La interseccionalidad como concepto -el cual se ha debatido incansablemente desde su noción teórica-política-, ha interpelado lo que se entiende por sororidad. La idea de que todas las mujeres estamos sujetas a una opresión común es una plataforma falsa y corrupta que disfraza y tergiversa la verdadera naturaleza de la realidad social, compleja y variada de las mujeres (hooks, 2020). La supuesta lasitud del concepto interseccional que proviene de su carácter abierto y ambiguo, para algunas teóricas ha sido radicalmente la fuente de su éxito, ya que se ha responsabilizado por reconocer las diferencias entre mujeres, y su largo y doloroso legado de exclusiones, evidenciando cómo la raza, clase y género, entre otras intersecciones, interactúan en las realidades sociales y materiales de la vida de las mujeres para producir y transformar relaciones de poder (Davis, 2009).

En esa línea, es relevante plantear que al hablar de interseccionalidad no se refiere a que exista una “triple opresión”, por ejemplo, creyendo que se sufre una opresión “como indígena”, “como mujer” y “como persona de clase baja”; es más correcto hablar que cada división social tiene una ontología y naturaleza, siendo irreductible a otras divisiones sociales, reconociendo que tales opresiones siempre se construyen entrelazadas con otras divisiones sociales. Por tanto, intentar esencializar la “feminidad” o “ser pobre”, como formas específicas de opresión que se pueden sumar, confunden las narrativas de la política de identidad con posicionalidades que pueden invisibilizar las experiencias más marginales, contruyendo un universal homogéneo excluyente (Yuval-Davis, 2006).

En ese sentido, Lugones (2008) ha planteado también que la realidad de las mujeres en general, pero de las que están sujetas a mayores opresiones en particular, es vista desde una indiferencia que se halla tanto a nivel de la vida cotidiana como al nivel de teorizar la opresión y la liberación. A partir de la noción de colonialidad del género, recupera el trabajo realizado por Anibal Quijano sobre colonialidad del poder, definiendo lo que ella denominó el sistema moderno-colonial de género. Al rescatar la idea de que “el poder está estructurado en relaciones de dominación, explotación y conflicto entre actores sociales que se disputan el control (...) del sexo, trabajo, autoridad colectiva y subjetividad/intersubjetividad, sus

recursos y productos” (pág. 78), incorpora la variable género para evaluar esas opresiones desde una perspectiva feminista.

El feminismo ya ha dado cuenta en cómo las mujeres blancas burguesas han sido caracterizadas “como frágiles, débiles tanto corporal como mentalmente, recluidas al espacio privado, y como sexualmente pasivas” (p. 94), sin embargo, no se ha profundizado en cómo se ha identificado el arquetipo de la mujer que no cae en esta categoría, las cuales fueron posicionadas en el lugar opuesto como mujeres colonizadas, siendo consideradas lo suficientemente fuertes como para sostener cualquier tipo de trabajo. Este trato diferenciado, que marcó distancias entre las Américas y Europa, y luego, dentro de los mismos países latinoamericanos, conllevó a que las mujeres del Tercer Mundo fueran leídas desde una resistencia y fragilidad. El estar sujetas o sometidas a un poder, marcó una división entre países excolonizadores y excolonizados, siendo posicionadas como víctimas, subdesarrolladas y vinculadas a una situación de dependencia y subordinación. La universalización de la noción de mujer derivó en un concebir a este grupo de mujeres desde un “menos”: menos liberadas, menos ilustradas, menos capaces; estos estereotipos profundizaron las distancias entre estas mujeres, borrando sus experiencias situadas, ignorando sus luchas, no siendo reconocidas como sujetas políticas (Mohanty, 2008).

En ese sentido, según hooks (2004), el discurso de la igualdad y la diferencia desde los feminismos hegemónicos se articula desde una actitud condescendiente e indiferente, es decir, las mujeres de las periferias son negadas como un igual y asumidas como un diferente. Se les niega su condición de sujeto político, siendo objetivadas y desautorizadas desde sus discursos, voces que sólo eran incorporadas en la medida que fueran ecos de los sentimientos de un discurso dominante. Otra forma de manifestación de esta dinámica, es la apropiación de estos discursos, que deciden cómo analizar o discriminar su autenticidad, generando un mal uso de la idea de “alteridad”, pues se sigue borrando a este “otro” desde marcar una diferencia que lo excluye y no le permite afirmarse con una identidad propia.

hooks (2020) plantea que la sororidad aumenta la solidaridad política, y a su vez, potencia la resistencia. Sin embargo, es importante recalcar que no todo vínculo entre mujeres será poderoso en sí mismo, no podremos entender que la opresión común proviene de una victimización común, ya que esto reflejaría un pensamiento supremacista masculino y un

estado desmoralizante en el vínculo entre mujeres. Para la autora, las mujeres blancas burguesas no estaban dispuestas a soltar sus privilegios y hacer el trabajo difícil -que es la lucha y confrontación necesaria para construir una consciencia política, así como las tediosas tareas que hay que hacer en el activismo cotidiano-, la cual se necesita para desarrollar una consciencia política radical.

La búsqueda por eliminar la opresión sexista, es parte de lo que las organizaciones de mujeres deberían apelar. El compromiso político se genera desde el trabajo colectivo, exponiendo, analizando y eliminando la socialización sexista del interior de las mujeres; es ahí cuando las mujeres se reforzarán y validarán unas a otras, construyendo cimientos sólidos con el fin de desarrollar solidaridad política (hooks, 2020).

En ese contexto, se articulan espacios comunitarios que consolidan grupos de apoyo entre mujeres, los cuales hooks (2020) describe así:

“Las mujeres se juntaban en pequeños grupos para compartir experiencias, problemas y sentimientos personales. A partir de ese compartir en público se dieron cuenta de que lo que se pensaba individual era en realidad común: lo que se pensaba era un problema personal tenía una causa social y una solución política. El grupo de apoyo ataca los efectos de la opresión psicológica y ayuda a las mujeres a colocarla en un contexto feminista. Las mujeres aprenden a reconocer cómo han sido moldeadas desde su nacimiento por las estructuras sociales y las actitudes que han limitado sus oportunidades. Confirman hasta qué punto las mujeres han sido desacreditadas en esta sociedad y cómo han desarrollado prejuicios sobre sí mismas y sobre otras mujeres. Aprenden a desarrollar la autoestima y apreciar el valor de la solidaridad grupal” (pág. 91).

Estos espacios de solidaridad emergen en tanto la mujer pobre o de clase obrera se da cuenta que la discriminación por ser mujer es deshumanizante, pero no tan doloroso como encontrarse sin comida o techo, sufriendo hambre, estando mortalmente enferma y sin atención médica (hooks, 2020), volviendo la lucha de clases una de las luchas centrales del feminismo interseccional, sustentada en base a una visión política radical que busca eliminar la opresión de clase como parte de la lucha por terminar con la opresión sexista. Cuando las mujeres luchan activamente con una actitud abierta para entender las diferencias, para cambiar las visiones distorcionadas y erróneas, se ponen los cimientos para una experiencia

de solidaridad política. La solidaridad no es lo mismo que el apoyo, la experiencia de la solidaridad se debe fundar en una comunidad de intereses, de creencias compartidas y de metas en torno a las cuales unirnos con el fin de construir sororidad.

Por lo tanto, la importancia por romper con los esencialismos en torno a las identidades femeninas es parte de la misión por develar las intersecciones a través de una mente abierta y decolonial. Posicionar las voces de mujeres marginadas, subalternizadas, tratadas como “problema”, es determinante para romper con los movimientos hegemónicos del orden social, visibilizando a las mujeres que sufren,

“pobreza, enfermedades, carencia de agua, sanidad impropia; mujeres que, ellas mismas o sus familias, están dispersadas por todo el globo como migrantes económicas, trabajadoras indocumentadas, refugiadas y solicitantes de asilo; mujeres cuyos cuerpos y sexualidades son mercantilizados, fetichizados, racializados, disciplinados y regulados mediante regímenes de representación y prácticas sociales” (Brah & Phoenix , 2004, pág. 20).

Desde los feminismos de América Latina y el Caribe se ha discutido acerca de cómo su historia pasó a ser la “otra” historia, una historia invisibilizada a través de los tiempos por procesos de colonización y colonialidad histórica, siendo subalterna frente a las Europas y Estados Unidos, evidenciando cómo las afrodescendientes, indígenas, lesbianas son las más subalternas de todas las subalternas (Curiel, 2009). En ese escenario se consolida la noción de decolonialidad, fundamento que cuestiona a un sujeto único, eurocentrado, occidental, heterosexual y patriarcal.

En la actualidad son muchas las formas de expresión de los feminismos populares en respuesta a los procesos de globalización, acumulación originaria por desposesión (Harvey, 2007) y el neoliberalismo deshumanizante. A través de luchas situadas desde los territorios, las mujeres han ido articulando diferentes respuestas desde la política de los comunes, afirmando que desde la cooperación se puede expresar un mundo alternativo que reconstruya el tejido comunitario destruido por el asedio mercantilista y neoliberal (Federici, 2020). En ese sentido, la participación de las mujeres en diversas luchas sociales y urbanas es indiscutible, en pos de una búsqueda por reivindicar derechos corporales, a decidir en la vida pública y política, el derecho a voto, al aborto, a los territorios, y a la vida libre de violencia;



reivindicando el trabajo formal e informal, la vivienda, los servicios, acceso a la alimentación y la salud universal (Pérez-Rincón Fernández, 2020).

### III. Marco metodológico

La investigación en ciencias sociales reconoce una pluralidad de perspectivas metodológicas que posibilitan la elaboración de diseños de investigación tanto cualitativos como cuantitativos, combinando distintas perspectivas metodológicas en diseños mixtos (López-Roldan & Fachelli, 2015). Investigadores ya han discutido acerca del valor de este tipo de metodología, la cual proviene de transmitir un sentido de rigor en la investigación, proporcionar un sentido de orientación y aclarar la naturaleza de las intenciones al investigar. Nociones como la complementariedad -que buscan mejorar y aclarar los resultados de un método con otro-, desarrollo -en donde se busca utilizar los resultados de un método para ayudar a desarrollar el otro-, iniciación -buscar paradojas y contradicciones que emerjan de las nuevas perspectivas emergentes-, y expansión -que finalmente, busca ampliar el alcance de la investigación mediante el uso de diferentes métodos-, (Bryman, 2006) han revelado la importancia y relevancia de utilizar los métodos mixtos en la investigación social.

En ese sentido, las perspectivas de investigación que emergen en este tipo de métodos es la *distributiva* (de base cuantitativa), de *estructuras de sentido* y de *intervención* (ambas cualitativas), las cuales están intervenidas por criterios que influyen fuertemente en el análisis de los datos, como lo son el lenguaje, la intervención e implicación del investigador en la construcción del objeto de estudio y las técnicas de recolección de información utilizadas (López-Roldan & Fachelli, 2015).

A su vez, la investigación con perspectiva feminista nace en respuesta a la necesidad por especificar y comprender la situación de mujeres y disidencias sexuales, caracterizarla, conceptualizarla, y a partir de la generación de elementos sólidos, elaborar propuestas para la transformación de las condiciones que sustentan desigualdades sociales y de género (Castañeda, 2019). Además, la importancia por analizar tales desigualdades con una mirada feminista decolonial (Medina, 2019), es determinante, pues se abre el paradigma acerca de cómo y desde dónde se crea la episteme que nutra las metodologías y métodos de investigación, cuestionando e invitando a deshacer, la mirada androcéntrica que ha sustentado transversalmente los estudios científicos.

La presente investigación adoptará un enfoque metodológico mixto con una propuesta epistemológica plural (Biglia & Vergés Bosch, 2016), elaborada desde un punto de vista feminista decolonial y de conocimiento situado. En primer lugar, se presentarán los hallazgos cuantitativos, los cuales enfatizarán resultados estructurales y generales que enmarquen y expliquen un orden social dado y sobre el que se busca profundizar en la forma cualitativa a través del análisis de literatura y de los discursos que emergen de las entrevistas semiestructuradas. A través de la triangulación, se buscará la convergencia de resultados, aumentando la validez de los hallazgos obtenidos (López-Roldan & Fachelli, 2015).

Ahora bien, esta investigación es feminista decolonial porque el objeto de investigación será la experiencia de las mujeres y sus discursos, buscando reconocer su importancia para el análisis social, y las implicancias que tiene en la estructuración de la vida social en su totalidad (Harding, 1987), por lo que se apuesta por una reivindicación del hecho histórico protagonizado por mujeres, en “plural”, en tanto son muchas voces y discursos los que conforman estos colectivos, y no la mujer como el supuesto sujeto del feminismo universal, por lo que será necesario incorporar un análisis que interrelacione género, raza/etnia y clase (entre otras), y sus efectos, los que pueden ser incluso contradictorios (Martín Palomo & Muñoz Terrón, 2014).

### 3.1. Metodología Cualitativa

Esta fase cualitativa se dividirá en dos momentos. Una primera instancia de revisión de literatura (artículos de revista, libros, prensa) que permitirán situar los conflictos sociales, territoriales y de género de Chile por región y organización comunitaria analizada, hallazgos que se presentan en el capítulo 2; y una segunda etapa de levantamiento de datos cualitativos obtenida a través de la aplicación de entrevistas en profundidad semiestructuradas, hallazgos que se presentan en el capítulo 3 de esta investigación.

El enfoque metodológico cualitativo, “que permite no sólo ver los diferentes ámbitos, fases y momentos de una situación compleja en sí misma; sino que se muestra sensible ante determinados temas como los de las emociones, los contextos y las interacciones sociales”

(Beiras , Cantera Espinosa, & Casasanta García, 2017), se aplicará a través del análisis estructural que es un método de análisis de discurso y contenido que se ha trabajado particularmente para el estudio de las representaciones sociales, que implica entender los discursos como un conocimiento práctico socialmente elaborado que se adquiere a través de experiencias comunes y comunicación social, las cuales dan sentido y contribuyen a interpretar hechos y actos compartidos (Martinic Valencia, 2006).

Según Iñiguez (2003:48) citado por Gutiérrez del Álamo (2009), el análisis de discurso “es una etiqueta común para definir una gran cantidad de métodos empíricos que son utilizables y utilizados para el estudio de una gran variedad de temas que podremos decir que van desde el estudio de interacciones cara a cara, hasta procesos como la memoria, el pensamiento, las emociones e, incluso, problemas sociales como la exclusión social, la diferenciación de género o el racismo”. En este caso, el análisis trabajó sobre la comprensión profunda de la experiencia vivida colectivamente de cada una de las entrevistadas, para luego identificar los elementos comunes que los organiza en categorías de análisis que responden a las hipótesis de este estudio.

El supuesto teórico que está en la base de este trabajo es el interaccionismo simbólico y la fenomenología, que tienen como objetivo principal poner en el centro “el punto de vista del sujeto”, centrándose en cómo se construyen conjuntamente los significados y de qué manera interpretamos subjetivamente este significado, evaluando qué los caracteriza y cómo se expresa (Flick, 2005). A su vez, las representaciones sociales que se buscará analizar, constituyen sistemas de referencia que vuelven lógico y coherente el mundo para los sujetos, organizando las explicaciones sobre los hechos y las relaciones que existen entre ellos. No son un mero reflejo del exterior, sino que más bien, una construcción que da sentido y significado al objeto o referente que es representado, otorgando una especial atención al habla de las sujetas y a los contextos sociales de su enunciación. Las interpretaciones que las sujetas tienen de la realidad se construyen a partir de sus interacciones sociales (Canales, 2006). En definitiva, se buscará un análisis sociológico del discurso, a través de una aproximación en un nivel social/hermenéutico, “el propiamente sociológico, necesariamente histórico, dada la aportación contextual de la historia; y centrado en los actores sociales, sus intereses en juego, relaciones conflictivas, etc.” (Valles M. , 2014).

Las entrevistas en profundidad semiestructuradas, a su vez, pondrán “en relación de comunicación directa cara a cara a una investigadora/entrevistadora y a una individuo entrevistada con la cual se establece una relación” (Canales, 2006). Su finalidad es analizar la información que emerge de las diversas maneras de pensar y sentir de las sujetas entrevistadas, incluyendo todos los aspectos de profundidad asociados a sus valoraciones, motivaciones, deseos, creencias y esquemas de interpretación que las propias sujetas bajo estudio portan y actualizan durante la interacción de entrevista (Canales, 2006). Los hallazgos obtenidos se basan en el análisis de discurso e interpretación sociológica de este registro empírico.

### Diseño muestral

Se realizaron 5 entrevistas en profundidad a diferentes mujeres pertenecientes a las organizaciones sociales-comunitarias a analizar, las cuales pertenecen a diferentes territorios, pero a una misma clase social (media-baja). La recogida de información en esta fase cualitativa se generó en base a un instrumento único que es la pauta de entrevista<sup>4</sup>, la cual permitió conocer las experiencias situadas de los distintas colectivas sobre la vulnerabilidad de la vida por la pandemia COVID-19. Para acceder a las organizaciones se utilizó un tipo de muestreo no probabilístico “por cuotas” (Canales, 2006), el cual se estructuró en una clasificación de al menos cinco organizaciones por macrozona que cumplieron con las características de esta investigación, a saber: estar conformada en su mayoría por mujeres, tener un foco de trabajo comunitario y estar activas durante la pandemia COVID-19. Luego, al hacer el contacto telefónico, se clasificó a las que accedieron participar del estudio en menor tiempo, por lo que el muestreo cualitativo respondió a una representación tipológica y socioestructural que respondió a los objetivos de este estudio, basados en criterios de heterogeneidad y economía, cuidando la heterogeneidad de la muestra (Valles M. , 2002).

Debido a las restricciones sanitarias por la pandemia de la COVID-19, las entrevistas se realizaron a través de videollamada por la plataforma Zoom, y su duración fue de entre 45-60 min. Una vez realizadas estas entrevistas, para realizar el análisis de discursos, se

---

<sup>4</sup> Ver pauta de entrevista en anexo 1, pág. 102.

transcribieron literalmente a partir de las grabaciones registradas<sup>5</sup>, previamente informadas y consentidas por la participante, a través del consentimiento informado.

### Caracterización de la muestra

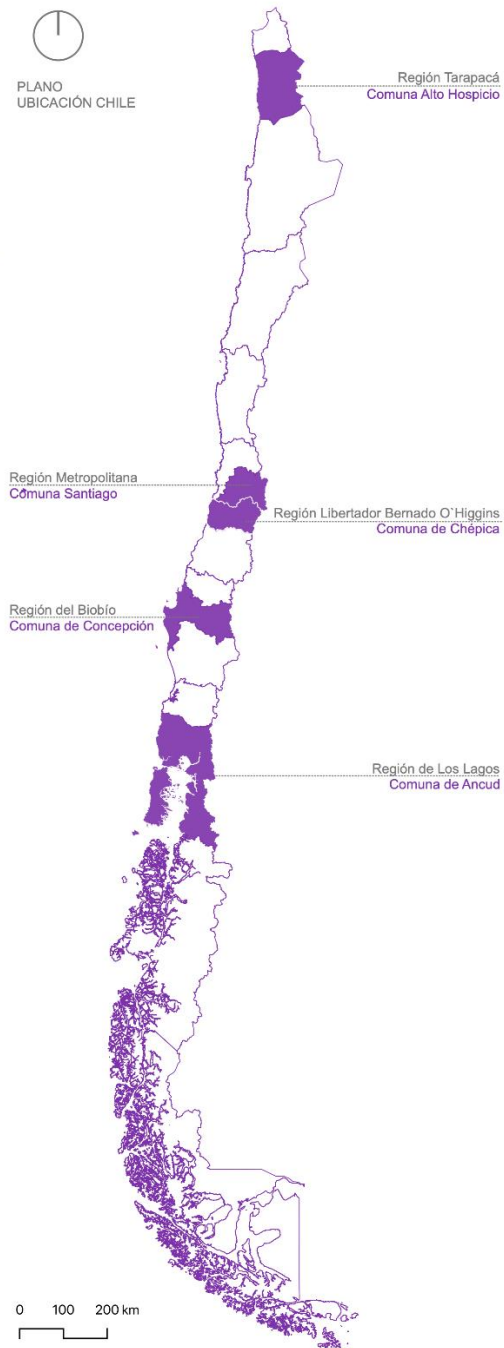
**Tabla n°1: Caracterización de la muestra por nombre de la organización comunitaria, macrozona, tipo de área, comuna y región.**

<b>Nombre organización comunitaria</b>	<b>Macrozona</b>	<b>Tipo de área</b>	<b>Región</b>	<b>Comuna</b>
<b>1. Comité Nueva Esperanza</b>	Norte	Urbana	I región de Tarapacá	Alto Hospicio
<b>2. Olla común Por la Dignidad del Pueblo</b>	Centro	Urbana	Región Metropolitana	Santiago
<b>3. ANAMURI</b>	Centro-Sur	Rural	VI región de O'Higgins	Chépica
<b>4. Colectiva Callejeras Autoconvocadas Bío-Bío</b>	Centro-Sur	Urbana	VIII región del Bío-Bío	Concepción
<b>5. Colectiva Las Fieras</b>	Sur	Rural	X región de Los Lagos	Ancud

Fuente: Elaboración propia.

<sup>5</sup> Ver transcripciones de entrevistas y consentimientos informados en <https://drive.google.com/drive/folders/1o0uBXarcXrikeLKbVhieUbNVKaItoopP?usp=sharing>.

**Imagen n°1: Mapa de localización de la muestra.**



Fuente: Elaboración propia.

El análisis de los discursos, denominado *análisis en bruto*, se estructuró de la siguiente manera, a saber: 1) audición y revisión de transcripciones; 2) lectura y subrayados iniciales<sup>6</sup>; 3) segmentación del discurso; 4) escritura de apuntes con *verbatim* y bocetos de interpretación, 5) integración de unas fichas con otras; 6) construcción de posiciones discursivas, y 7) análisis reflexivo final (Valles M. , 2014).

### 3.2. Metodología Cuantitativa

La fase cuantitativa se basará en el análisis de indicadores sociales, económicos y demográficos con perspectiva de género sobre el impacto de la crisis por la COVID-19 en Chile. Se buscará contextualizar desde esta perspectiva el escenario nacional, y específicamente en los territorios pertenecientes a las organizaciones colectivas analizadas. Los datos serán obtenidos desde la página del Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia, Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo (SUBDERE) y del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación en su plataforma Datos-COVID-19.

Se realizará un análisis descriptivo de datos secundarios que permita contextualizar la situación sobre la pandemia, tomando en cuenta que aún no existe demasiada investigación publicada acerca de este fenómeno. A su vez, la literatura sugiere que el uso de datos secundarios es una fuente de gran utilidad en estudios que buscan indagar cuestiones referentes a la estructura social global, facilitando el acceso a un mayor volumen de información procedente de amplias y diversas muestras (Cea D´Ancona, 1996), mientras que los indicadores de género ayudan a medir y evaluar el impacto de las acciones y medidas encaminadas en la búsqueda de una equidad de género. Particularmente, los indicadores de género miden qué tanto se han tomado en cuenta las necesidades de las mujeres en

---

<sup>6</sup> En primera instancia, se había pensado utilizar el software estadístico Atlas Ti, sin embargo, al ser solo 5 entrevistas, se consideró poco necesario. Por lo tanto, este análisis se hizo a mano a través sobre las entrevistas transcritas.



comparación a los hombres, se busca si se ha eliminado la discriminación de género, y si los intereses de las mujeres se oponen hasta cierto punto del de los hombres, y cómo se manifiesta<sup>7</sup> (Pérez Aguilar & Garda , 2009).

Se generará un análisis de datos prepandemia COVID-19, y uno durante la pandemia, todo aquello enfocado en medir desigualdades territoriales, de clase social y género, a través de variables como pobreza, ingreso, violencia hacia las mujeres, trabajo, etc.

### Limitaciones metodológicas

En cuanto a las limitaciones metodológicas del estudio, nos encontramos en la fase cuantitativa la no disponibilidad de datos específicos con perspectiva de género y desagregado por sexo, lo que dificulta la respuesta a las preguntas de investigación planteadas inicialmente (Cea D´Ancona, 1996). Con relación a las entrevistas cualitativas, se evaluó una clara limitación en términos del acceso a una muestra representativa, ya que pude realizar cinco entrevistas, con lo cual no necesariamente se logra la saturación de información necesaria. Además, se presenta una limitación territorial y geográfica, ya que al realizarse en período de pandemia, no todas las entrevistadas tenían una conexión a internet estable que permitiera efectuar la entrevista, lo que dificultó llegar a ciertos territorios más aislados.

Para mitigar los efectos de estas limitaciones, se planteó un tipo de metodología mixta, que a través del método de triagulación de información de ambas fases metodológicas (cuantitativas y cualitativas), permitió elaborar una perspectiva más amplia, rigurosa y profunda de la interpretación del fenómeno a estudiar (Valles M. , 2002).

---

<sup>7</sup> Se plantea un enfoque de los indicadores de género, teniendo en cuenta que se refuerza la diferencia entre mujeres y hombres, que es la base de análisis de esta investigación, y asumiendo que no se refiere a grupos no binarios, disidentes sexuales, etc.

## IV. Resultados y discusión

### 4.1 ¿Qué nos dicen los datos estadísticos? Análisis de indicadores territoriales, sociales y económicos con perspectiva de género en contexto de pandemia por COVID-19.

Este primer capítulo, tiene como objetivo analizar cuantitativamente indicadores de desigualdad que permitan contextualizar la realidad social, económica y demográfica de los diferentes territorios analizados, con el fin de comprender ampliamente a qué se enfrentan las luchas de las diversas organizaciones comunitarias de mujeres.

Para este análisis, se caracterizará en un primer momento, la situación de Chile “pre-pandemia”, en 5 dimensiones, a saber: pobreza, salud, trabajo, sexo<sup>8</sup> y vivienda. Estas categorías permitirán evaluar transversalmente la vulnerabilidad en los territorios analizados, desde un punto de vista material, social, económico, por zona geográfica y de sexo. En un segundo momento, se presentarán estadísticas recogidas durante la pandemia, sobre trabajo, violencia de género, situación habitacional y pobreza.

---

<sup>8</sup> Se hablará de sexo y no género, porque las estadísticas se presentan según esta variable, desagregadas en el binario hombre-mujer.

Caracterización socioeconómica pre COVID-19, año 2017.

*Pobreza*

**Tabla n°2: Tasa de pobreza en hogares por región según zona urbano/rural y en comparación a nivel nacional, año 2017<sup>9</sup>**

Región	Tasa de pobreza en hogares	Diferencia con tasa a nivel urbano/rural	Diferencia con tasa a nivel nacional
Tarapacá	6,2	-0,4	-1,4
Metropolitana	4,7	-1,9	-2,9
O'Higgins	8,7	-5,9	1,1
Bío-bío	11,2	4,6	3,6
Los Lagos	10,2	-4,4	2,6

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Como se muestra en la tabla n°2, la tasa de pobreza por hogar más alta es la región del Bío-Bío, seguida por Los Lagos, alcanzando un 11,2% y un 10,2%, respectivamente. Respecto a la comparación con la tasa a nivel nacional, los territorios que tienen una mayor pobreza en orden decreciente es la del Bío-Bío, Los Lagos y O'Higgins.

**Tabla n°3: Tasa de pobreza y pobreza extrema en la población según sexo, etnia y condición migrante a nivel nacional, año 2017**

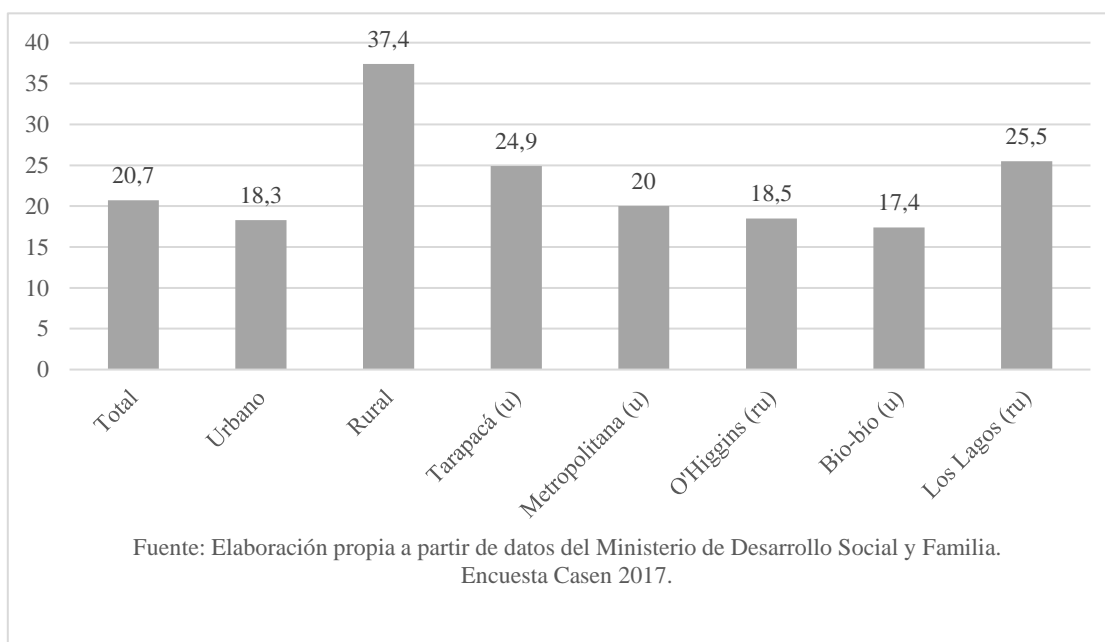
	Tasa de Pobreza	Diferencia con pobreza a nivel nacional	Tasa de Pobreza extrema	Diferencia con pobreza extrema a nivel nacional
Hombre	6,4	-1,2	1,8	-0,4
Mujer	9,2	1,6	2,7	0,5
Pertenece a etnia	12,5	4,9	3,8	1,6
No pertenece a etnia	7,2	-0,4	2,1	-0,1
Inmigrante	10,2	2,6	4,7	2,5
No es inmigrante	7,5	-0,1	2,1	-0,1

<sup>9</sup> Recuperado de <https://datasocial.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/portalDataSocial/catalogoDimension/47>.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Ahora bien, respecto a la tasa de pobreza y pobreza extrema a nivel nacional según sexo, etnia, y condición migrante, los resultados evidencian que las mujeres son más pobres que los hombres -tanto a nivel general como de pobreza extrema-, siendo la diferencia más amplia a nivel general, con una brecha de género positiva de 2,8 puntos porcentuales. Respecto a pertenecer o no a una etnia, o ser o no migrante, los datos evidencian que pertenecer a una de estas dos categorías aumentan el nivel de pobreza -general como extrema-, siendo más amplia la condición étnica en relación con la pobreza general (4,9 p.p.), y la migrante respecto a la pobreza extrema (2,5 p.p.).

**Gráfico n°1: Tasa de pobreza multidimensional<sup>10</sup> de la población según región y tipo de zona, año 2017.**



Respecto a la tasa de pobreza multidimensional, es evidente cómo en las zonas rurales los niveles de este tipo de pobreza son considerablemente más altos comparado a nivel nacional y con las zonas urbanas; sin

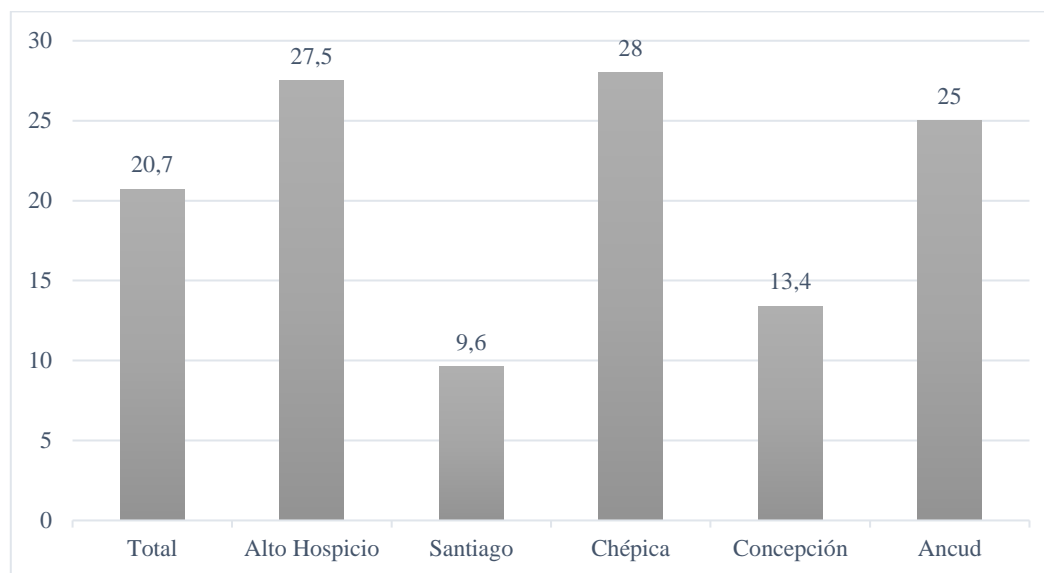
embargo, no en todos los territorios considerados rurales este índice es más alto

<sup>10</sup> La medición de pobreza multidimensional busca medir de manera directa las condiciones de vida de la población, a través de distintas dimensiones e indicadores de carencia que se consideran socialmente relevantes para que las personas puedan luchar por superarla. Miden el porcentaje de hogares carentes de Educación (asistencia, rezago, escolaridad), Salud (malnutrición, adscripción al sistema de salud, atención de salud), Trabajo y Seguridad Social (jubilación, seguridad social, ocupación), Vivienda y Entorno (entorno, servicios básicos, habitabilidad) y Redes y Cohesión Social (seguridad, trato igualitario, apoyo y participación social). Recuperado de <https://datasocial.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/portalDataSocial/catalogoDimension/47/0/0>.

comparativamente que zonas urbanas. La región de Los Lagos es la que tiene mayor pobreza multidimensional, superando el nivel nacional en 4,8 p.p. Las zonas urbanas tienen menores índices de pobreza multidimensional, comparado con el nivel nacional, como son los casos de la región Metropolitana (-0,7 p.p.) y Bío-Bío (-3,3 p.p.); la excepción a este análisis es la región de Tarapacá, que su pobreza es 4,2 p.p. mayor que la nacional.

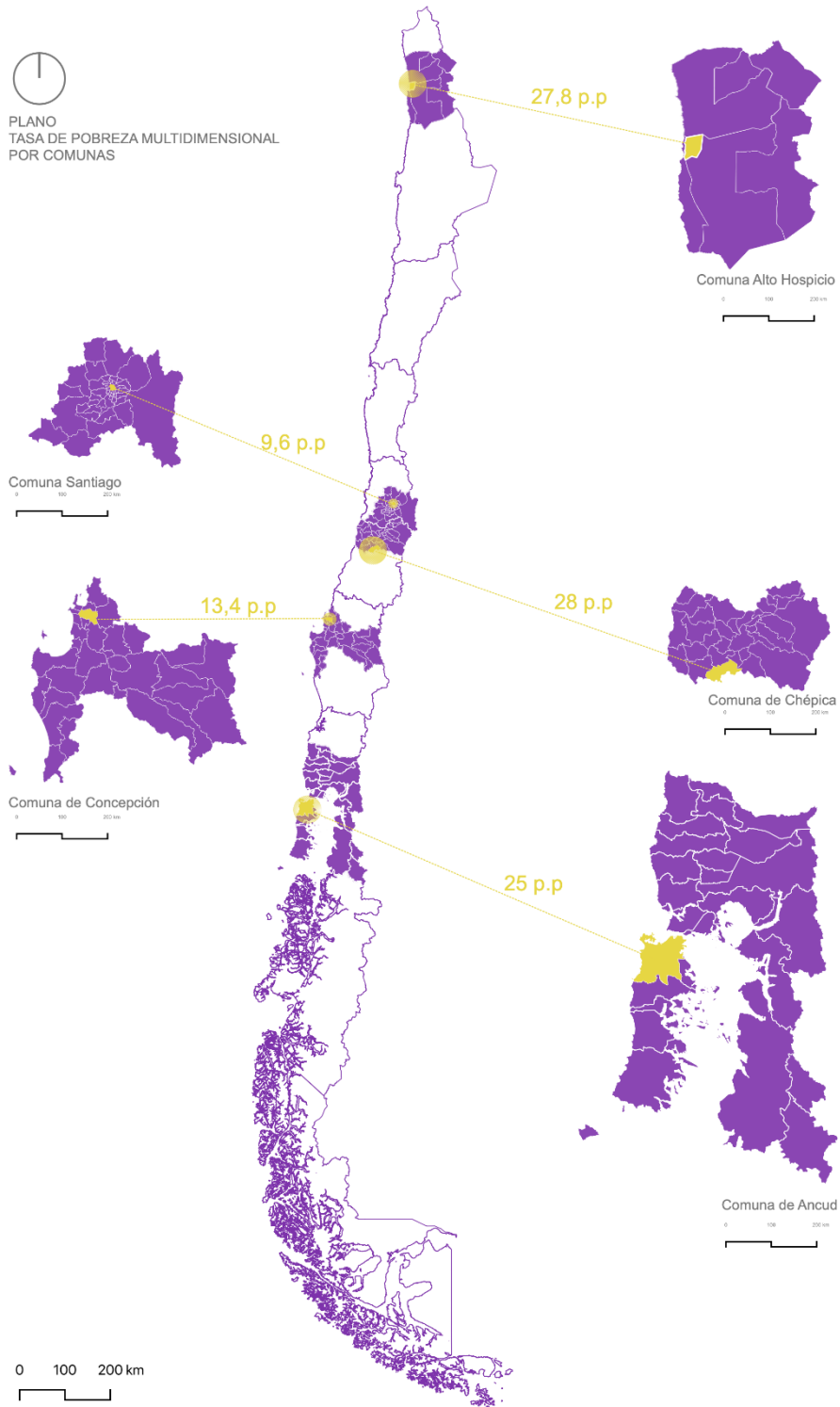
Con relación a la pobreza multidimensional según las comunas analizadas en este estudio (ver gráfico n°2), se observa que las zonas más perjudicadas, y que se encuentran por sobre el nivel nacional, es en orden decreciente, Chépica, Alto Hospicio y Ancud, dos de ellas zonas rurales. Santiago y Concepción, dos de las ciudades más grandes de Chile, tienen una pobreza multidimensional mucho más baja que el nivel nacional.

**Gráfico n°2: Tasa de pobreza multidimensional de la población según comuna, año 2017.**



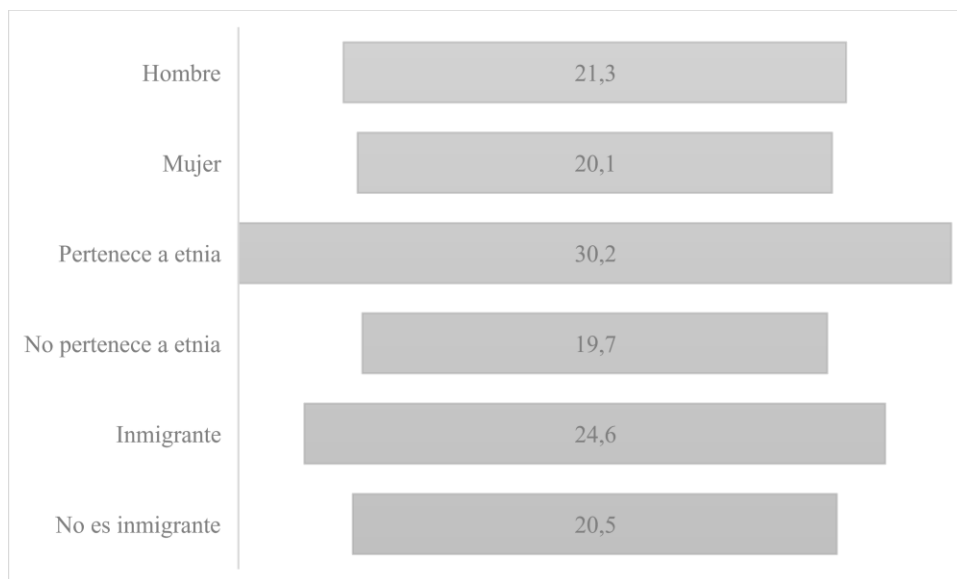
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

**Imagen n°2: Mapa de pobreza multidimensional por comunas.**



Fuente: Elaboración propia.

**Gráfico n°3: Tasa de pobreza multidimensional de la población según sexo, etnia y condición migrante a nivel nacional, año 2017.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Si bien, comparando por la variable sexo, las mujeres tienen menos pobreza multidimensional que los hombres (diferencia porcentual no estadísticamente significativa), los datos dan cuenta que 1 de cada 5 mujeres están en una fuerte situación de precariedad. Además, si la persona pertenece a alguna etnia, esto aumenta considerablemente a 30,2%, mientras que cuando se es inmigrante aumenta a 24,6%, en relación al total nacional (20,7%).

### Salud

**Tabla n°4: Porcentaje de personas que declaran haber tenido algún problema de salud, enfermedad o accidente en los últimos tres meses, según sexo y región, año 2017.**

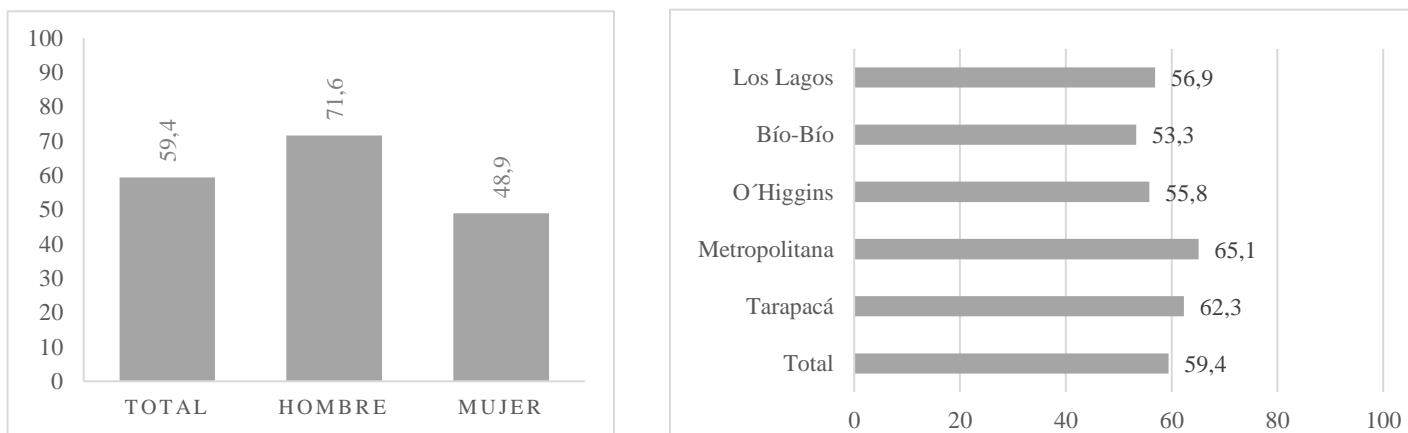
	Nivel nacional	Hombre	Mujer	Tarapacá	RM	O'Higgins	Bío-Bío	Los Lagos
Enfermedad provocada por el trabajo	1,42	1,4	1,4	1,3	1,7	1,1	1,1	1,3
Enfermedad no provocada por el trabajo	16,5	13,9	18,9	5,5	20,4	17,2	20,2	15,9

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Respecto a la variable salud, la pregunta más representativa pre COVID-19 sobre este tema, es acerca si la persona ha tenido algún problema de salud, enfermedad o accidente en los últimos tres meses. Los resultados demuestran que, en relación con las enfermedades no provocadas por el trabajo, las mujeres tienen un mayor índice de problema de salud, en comparación a los hombres, a su vez que son las regiones Metropolitana, Bío-Bío y O'Higgins las que están por sobre la media a nivel nacional en esa misma dimensión. Sólo la región Metropolitana, en la dimensión de enfermedad provocada por el trabajo, es la que está por sobre la media respecto a problemas de salud o enfermedad. Los demás indicadores analizados (sexo y el resto de las regiones) se mantienen estables.

### Trabajo

Gráfico n°4: Tasa de participación<sup>11</sup> en el mercado laboral, según sexo y región, año 2017.



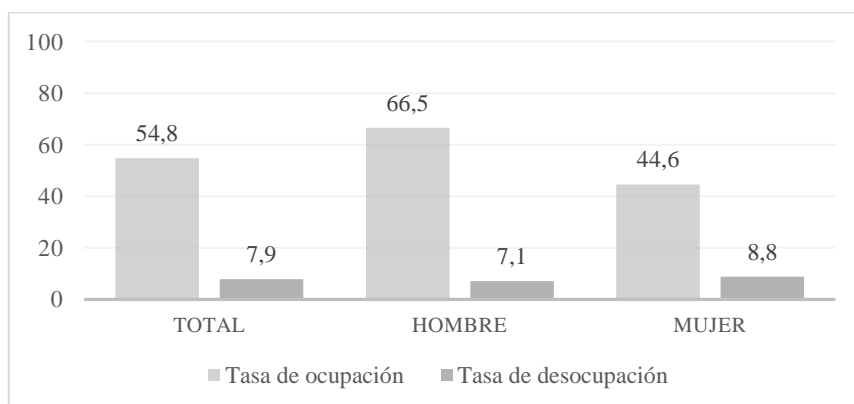
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

En términos de acceso al mercado del trabajo, los hombres están por muy sobre la media nacional, mientras que las mujeres se encuentran muy por debajo con una brecha de género negativa de 22,7 p.p. Cuando se analiza esta dimensión según región, se observa que la mayor participación se encuentra en la región Metropolitana (65,1%), y la menor en la región del Bío-Bío (53,3%).

<sup>11</sup> Proporción de la población en edad de trabajar que es activa en el mercado laboral porque trabaja o busca empleo. (Fuente: <https://www.ine.cl/ine-ciudadano/definiciones-estadisticas/economia/encuesta-nacional-del-empleo>).

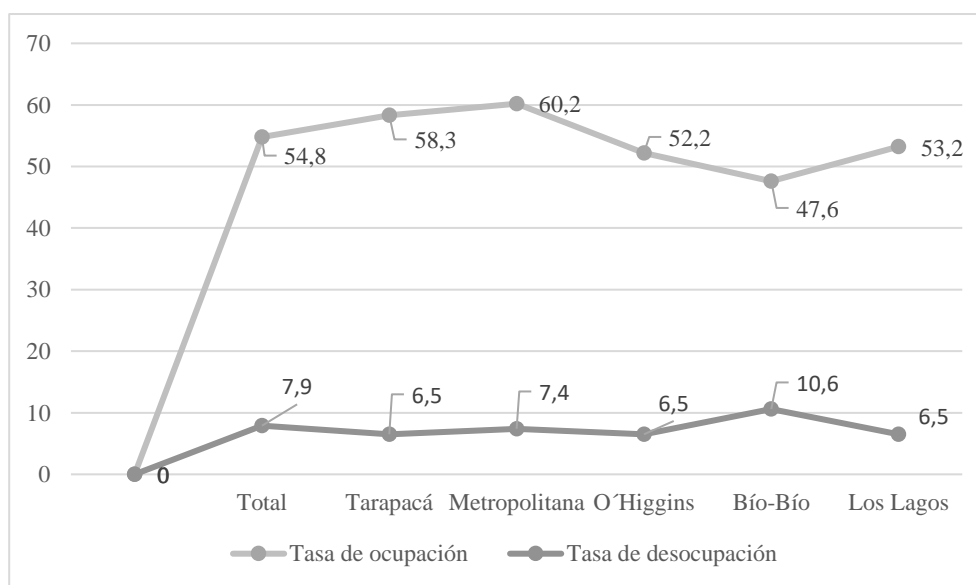


**Gráfico n°5: Tasa de ocupación<sup>12</sup> y desocupación<sup>13</sup> en el mercado laboral, según sexo, año 2017.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

**Gráfico n°6: Tasa de ocupación y desocupación en el mercado laboral, según región, año 2017.**



Fuente:  
Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

La tendencia es similar cuando se analiza la tasa de ocupación por sexo y región, para todas las variables disminuye el porcentaje de personas ocupadas, y se sigue manteniendo una preponderancia masculina y de las capitales regionales en torno al acceso al trabajo. Por su

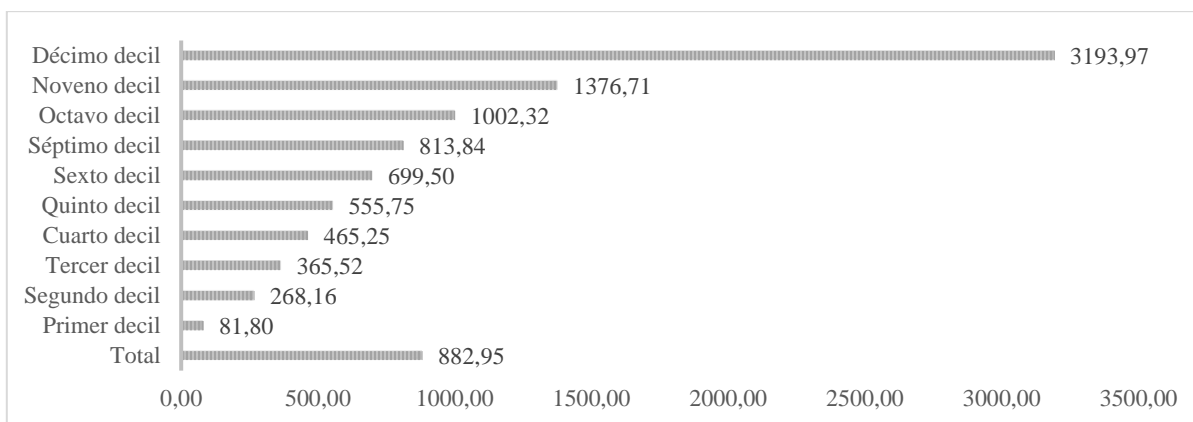
<sup>12</sup> Es la relación porcentual entre la población ocupada y el número de personas que integran la población en edad de trabajar. (Fuente: INE de Chile).

<sup>13</sup> Cantidad de personas desocupadas como porcentaje del total de personas en la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo (antiguamente denominada población económicamente activa) es la suma de las personas ocupadas más las personas desocupadas (Fuente: [https://www.ilo.org/ilostat-files/Documents/description\\_UR\\_SP.pdf](https://www.ilo.org/ilostat-files/Documents/description_UR_SP.pdf)).

parte, la tasa de desocupación es mayor en mujeres a nivel nacional. La región con mayor desocupación es la del Bío-Bío, superando al nivel nacional en 2,7 p.p.

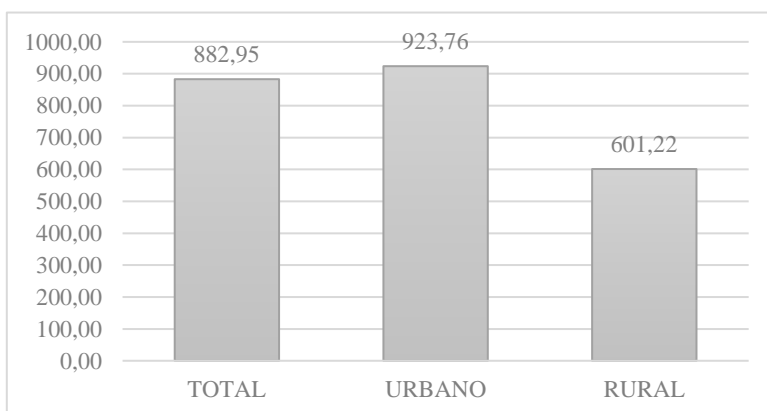
### Ingresos

**Gráfico n°7: Ingreso monetario bruto<sup>14</sup> promedio del trabajo del hogar en euros<sup>15</sup>, según decil, año 2017.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

**Gráfico n°8: Ingreso monetario promedio del trabajo del hogar en euros, según zona urbano/rural, año 2017.**

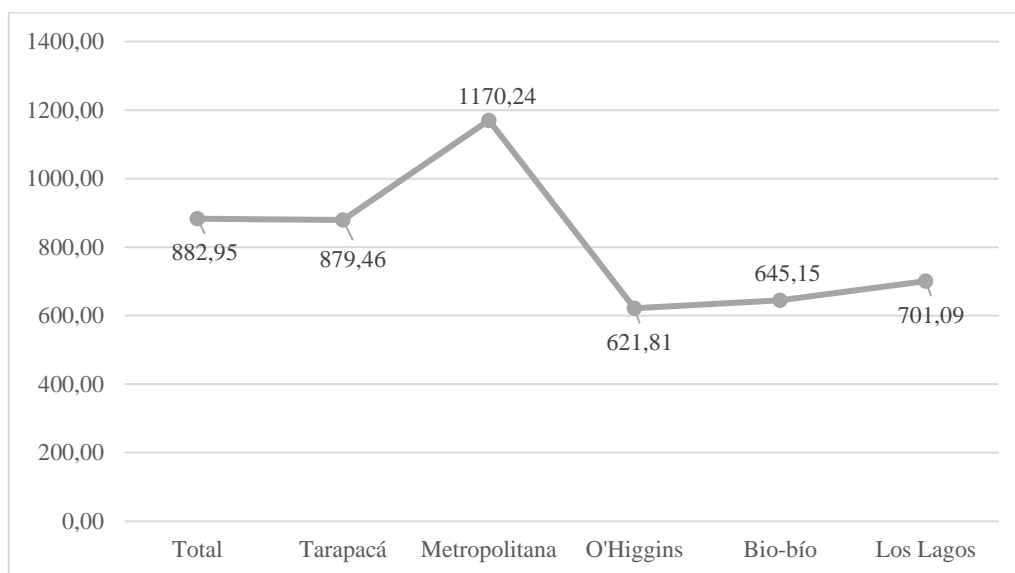


Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

<sup>14</sup> El Ingreso Monetario corresponde a la suma de los ingresos autónomos y los subsidios monetarios percibidos por todos los miembros del hogar, excluido el servicio doméstico puertas adentro. Recuperado de <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/ingresos-y-gastos>

<sup>15</sup> Valor de referencia 1 euro=880 pesos chilenos.

**Gráfico n°9: Ingreso monetario promedio del trabajo del hogar en euros, según región, año 2017.**

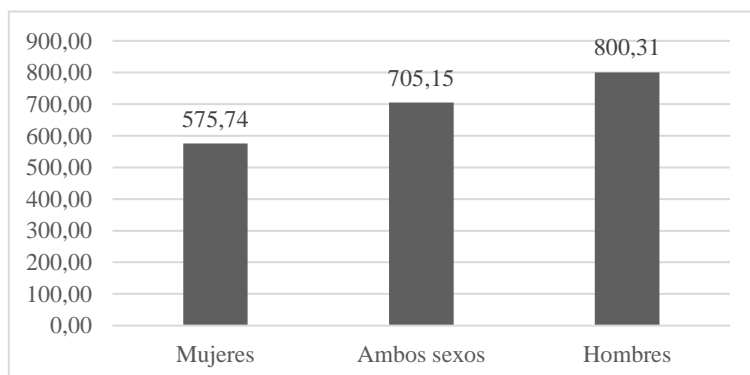


Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Respecto a los ingresos por decil, tipo de zona y región, se observan profundas desigualdades, el décimo decil gana cuarenta veces más que el decil más pobre, y casi 4 veces más que el promedio de ingreso nacional. Además, se observa que las zonas rurales perciben un tercio menos de ingresos que las zonas urbanas, mientras que la Región Metropolitana concentra en exceso los ingresos altos del país.

Al analizar los ingresos por sexos durante el año 2019, se percibe una diferencia significativa, en donde las mujeres ganan 224,6 euros menos en promedio al mes que los hombres (ver gráfico n°10).

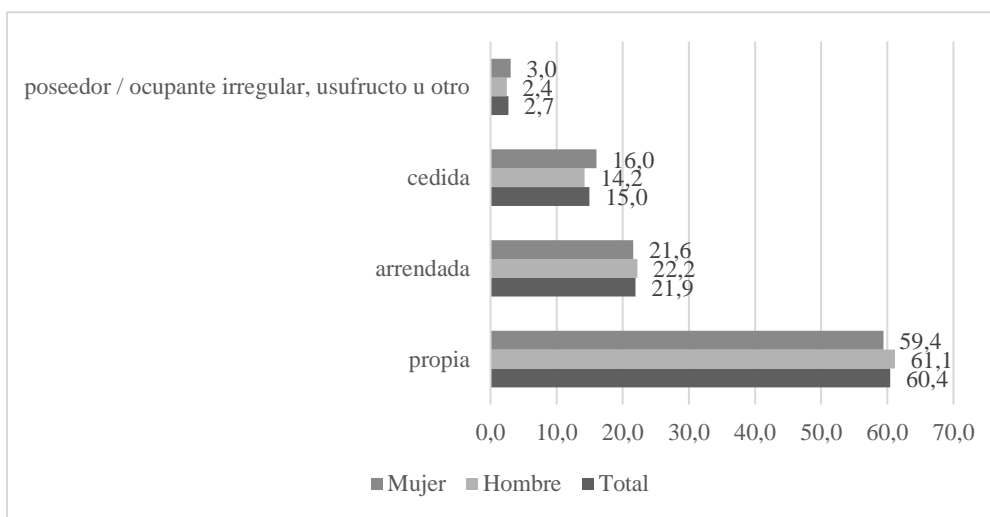
**Gráfico n°10: Ingreso mediano mensual de las personas ocupadas en euros según sexo, año 2019.**



Fuente: Encuesta Suplementaria de Ingresos, INE 2019.

## Vivienda

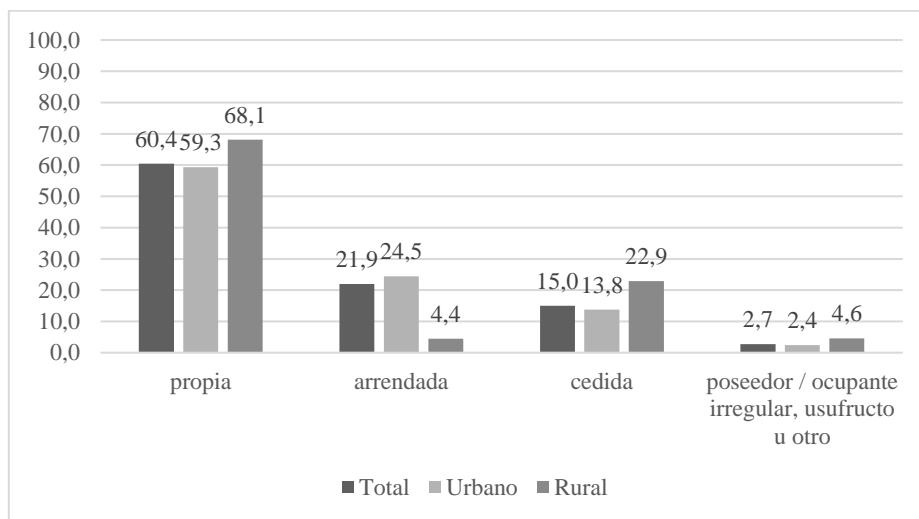
**Gráfico n°11: Condición de tenencia de la vivienda, según sexo, año 2017.**



Fuente:  
Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Como se observa en el gráfico anterior, respecto a la condición de tenencia de vivienda, se observan leves diferencias respecto al sexo en las distintas variables analizadas, en donde las mujeres poseen u ocupan irregularmente en mayor medida que los hombres, a la vez que tienen en menos medida una vivienda propia. En términos generales, la mayoría de la población tiene una vivienda propia (60%), y, en segundo lugar, arrienda (22%).

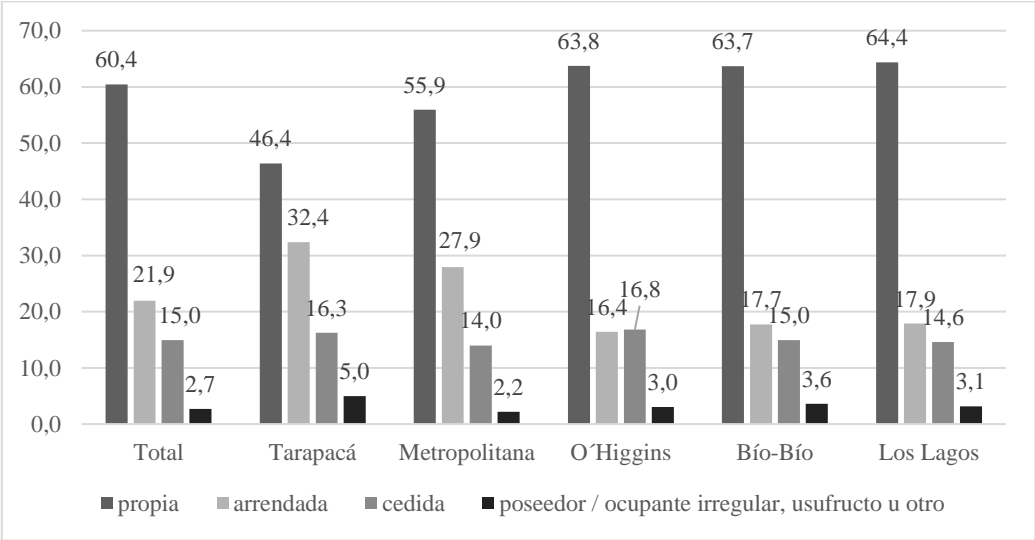
**Gráfico n°12: Condición de tenencia de la vivienda, según tipo de área, año 2017.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

El fenómeno en términos de tipo de zona geográfica, evidencia que las viviendas propias son mayores en zonas rurales, mientras que las arrendadas en zonas urbanas. A su vez, comparativamente hablando, hay un mayor índice en zonas rurales de ocupación irregular de viviendas y de viviendas cedidas.

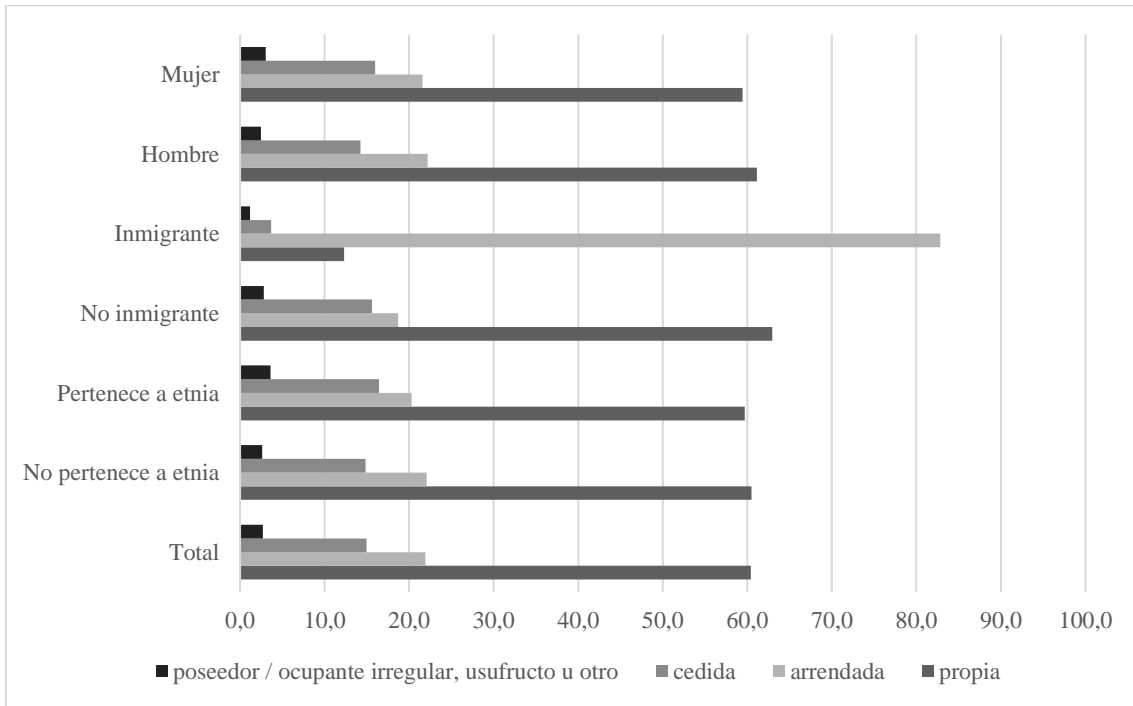
**Gráfico n°13: Condición de tenencia de la vivienda, según región, año 2017.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Cuando se evalúa esta variable en términos regionales, se observa que es la región de Tarapacá la que tiene un mayor índice de viviendas ocupadas irregularmente (5%) y arrendadas (32,4%); mientras que es la región Metropolitana la que en menor dimensión ocupa irregularmente.

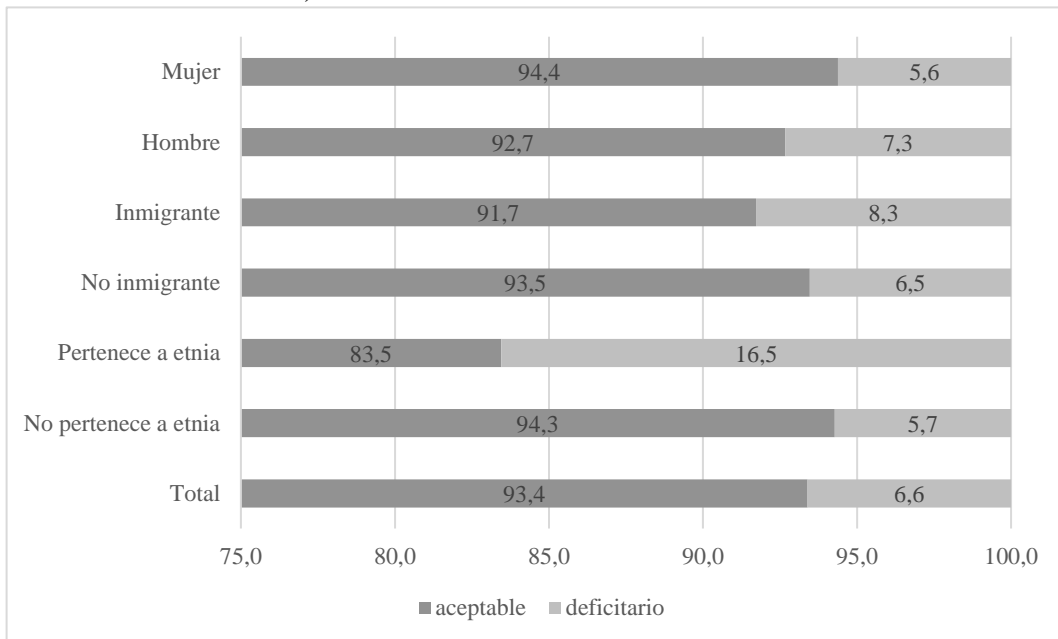
**Gráfico n°14: Condición de tenencia de la vivienda según sexo, etnia y condición migrante a nivel nacional, año 2017.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Desde un punto de vista interseccional, se observa que son las mujeres, en comparación con los hombres, las que en su mayoría posee u ocupan irregularmente una vivienda, mientras que las personas pertenecientes a pueblos originarios, versus lo que no. Lo interesante es que, en el caso de las personas migradas, la muestra se concentra mayormente en la vivienda de tipo arrendada (82,8%), y no así, en la ocupación irregular (1,2%), frente a las personas no migrantes que ocupan en un 2,8%.

**Gráfico n°15: Índice de acceso a servicios básicos<sup>16</sup> según sexo, etnia y condición migrante a nivel nacional, año 2017.**

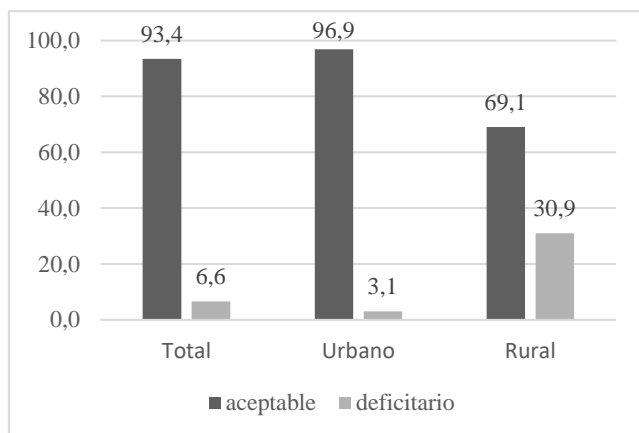


Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Al analizar el índice sintético de acceso a servicios básicos, se observa que a nivel de sexo los hogares de los hombres (7,3%) tienen en mayor medida servicios deficitarios, en comparación a las mujeres (5,6%). En esa misma línea, personas migrantes (8,3%) y que pertenecen a una etnia (16,5%) están en esa misma situación en comparación a sus contrapartes. Además, tanto migrantes como personas pertenecientes a una etnia superan el promedio nacional (6,6%), en 1,7% y 9,9%, respectivamente.

<sup>16</sup> Índice sintético que clasifica al parque habitacional ocupado de acuerdo con el tipo y calidad de acceso a servicios básicos de las viviendas en que residen los hogares sobre la base de tres variables: (a) origen del agua de la vivienda (diferenciando entre soluciones adecuadas e inadecuadas según se trate de zona urbana y rural); (b) sistema de distribución de agua en la vivienda; y, (c) sistema de eliminación de excretas en la vivienda. De acuerdo con la combinatoria de categorías de estas variables, se procede a clasificar a los hogares en dos categorías: (a) aceptable; y, (b) deficitario. Recuperado de <https://datasocial.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/fichaIndicador/647/1>

**Gráfico n°16: Índice de acceso a servicios básicos según tipo de área a nivel nacional, año 2017.**



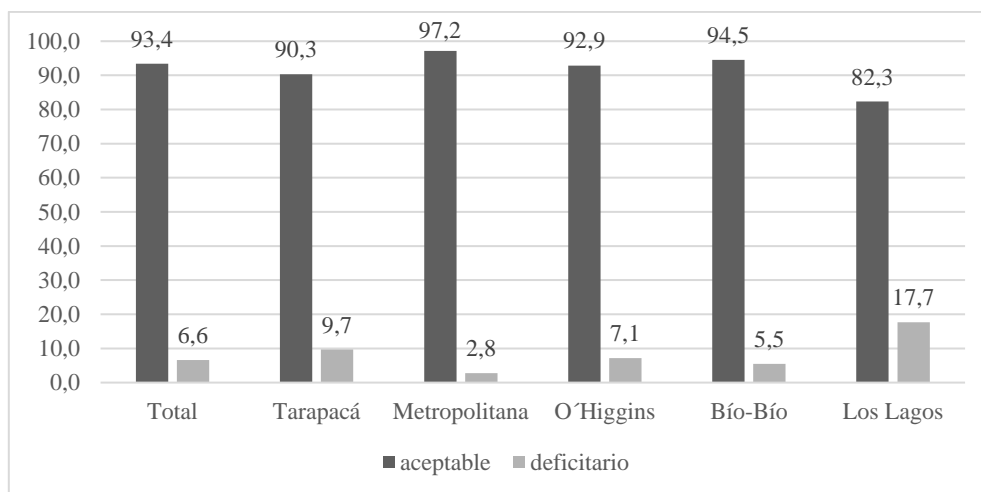
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.

Se evidencia, también, diferencias considerables en relación al tipo de zona geográfica en el acceso a servicios básicos aceptables. Sólo el 69,1% de los hogares rurales tiene ese tipo de acceso,

frente a casi la totalidad de los hogares en zonas urbanas.

Cuando se analiza por tipo de región, se observa que las zonas con acceso más deficitario -y por sobre el nivel nacional- es la región de Los Lagos (17,7%) y la de Tarapacá (9,7%) y la de O'Higgins (7,1%) (ver gráfico n°17).

**Gráfico n°17: Índice de acceso a servicios básicos según región a nivel nacional, año 2017.**



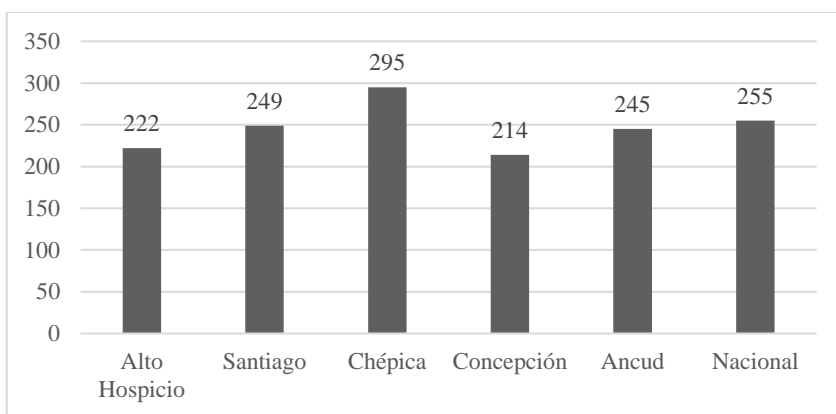
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017.



## Estadísticas contexto COVID-19

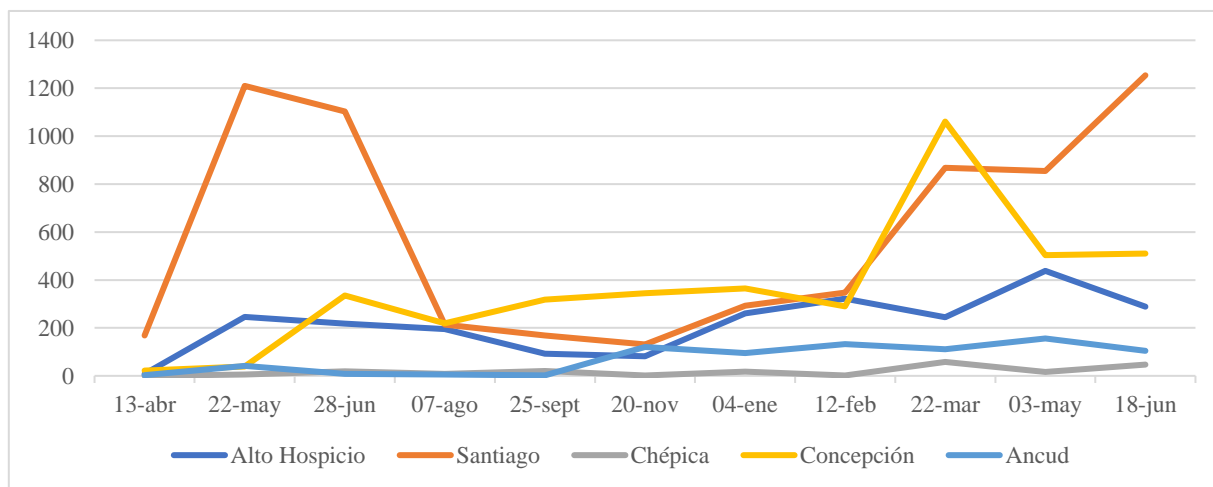
### 1. Salud<sup>17</sup>

**Gráfico n°18: Casos activos de COVID-19 al 18 de junio del 2021, por cada 100 mil habitantes, según comuna.**



Fuente: Elaboración propia a partir de plataforma COVID-19 en tu comuna.

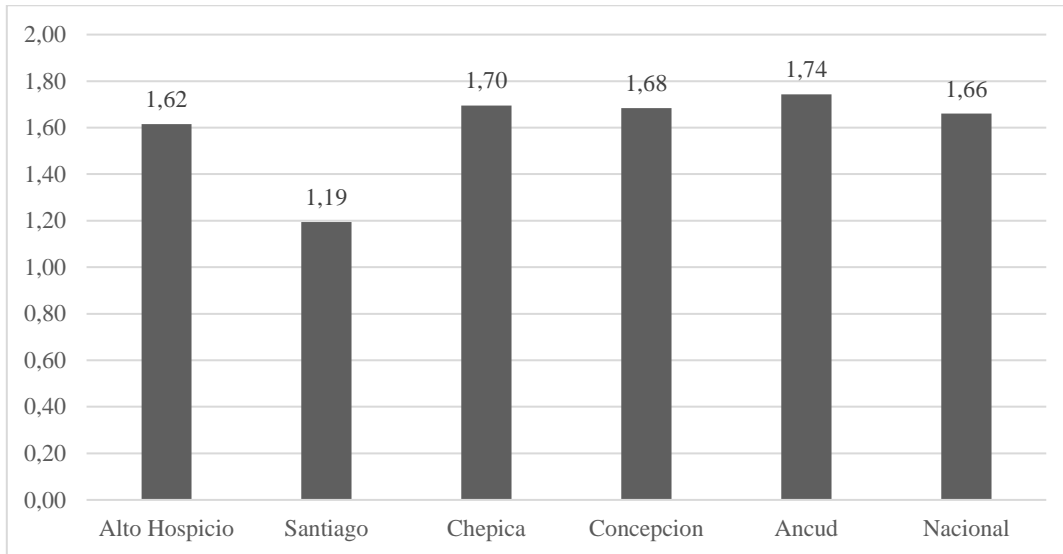
**Gráfico n°19: Evolución casos activos de COVID-19 desde 13-04-2020 al 18-06-2021, por comuna.**



Fuente: Elaboración propia a partir de plataforma COVID-19 en tu comuna.

<sup>17</sup> En el siguiente apartado no se presentan estos datos desagregados por sexo, porque no se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre mujeres y hombres.

**Gráfico n°20: Tasa de mortalidad COVID-19 al 18 de junio del 2021, por cada 1000 habitantes, según comuna.**

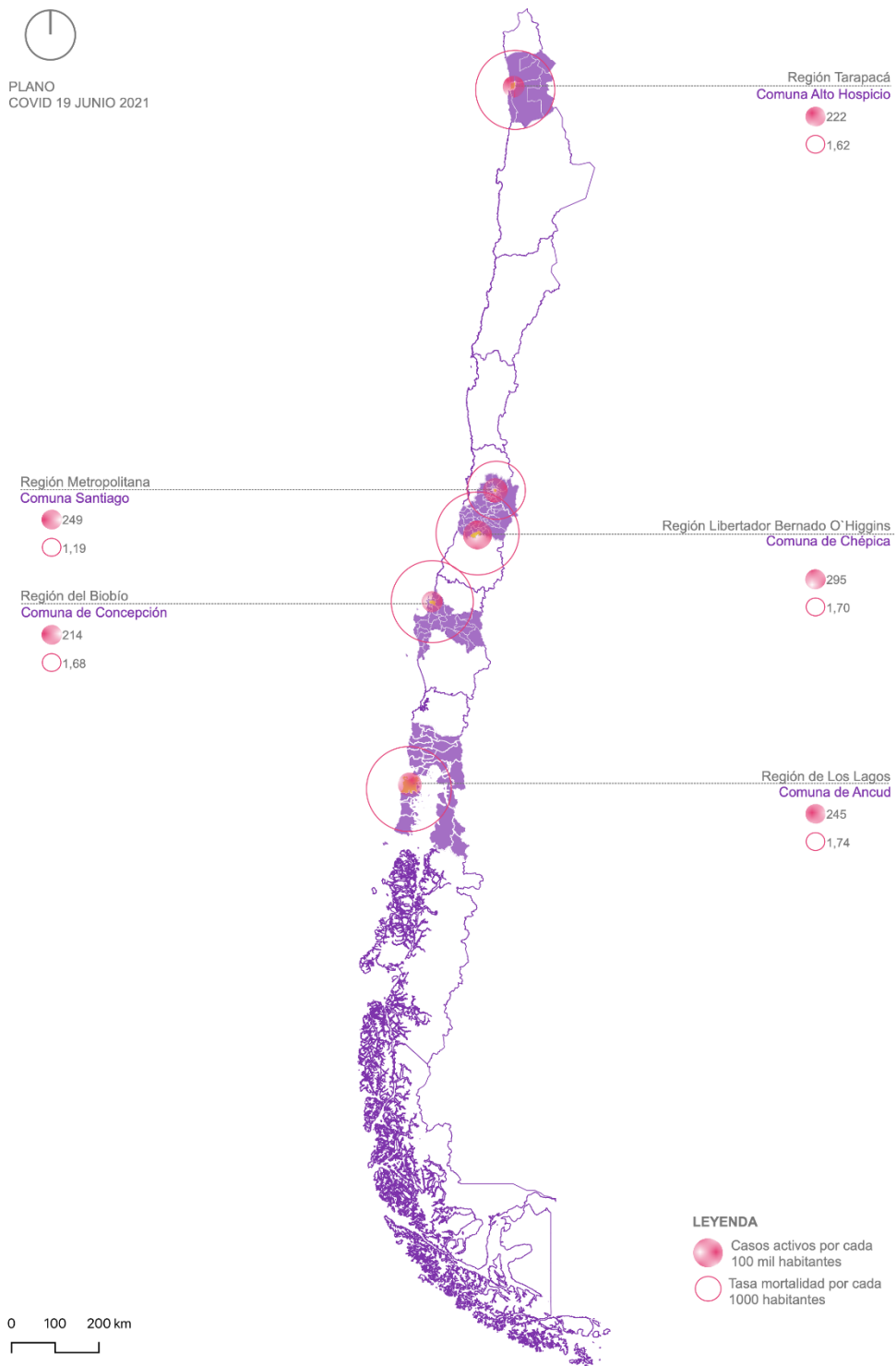


Fuente: Elaboración propia a partir de Datos COVID-19, Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Gobierno de Chile.

Respecto a las estadísticas asociadas a la pandemia, se observa que los territorios más afectados en contagios por COVID-19 son, en orden decreciente, Chépica, Santiago y Ancud. Si se observa la evolución por fecha, se percibe que son las comunas regionales las que tienen más variabilidad y oscilación en los contagios, mientras que las comunas rurales se mantienen mayormente estables en la curva de contagio.

Los datos más impactantes se relacionan con la tasa de mortalidad, los territorios más afectados son Ancud, Chépica y Concepción, todas comunas que superan el nivel de muerte nacional. Como es de esperar, la capital nacional tiene la menor tasa de muertes, con 0,47 puntos menos que la tasa nacional.

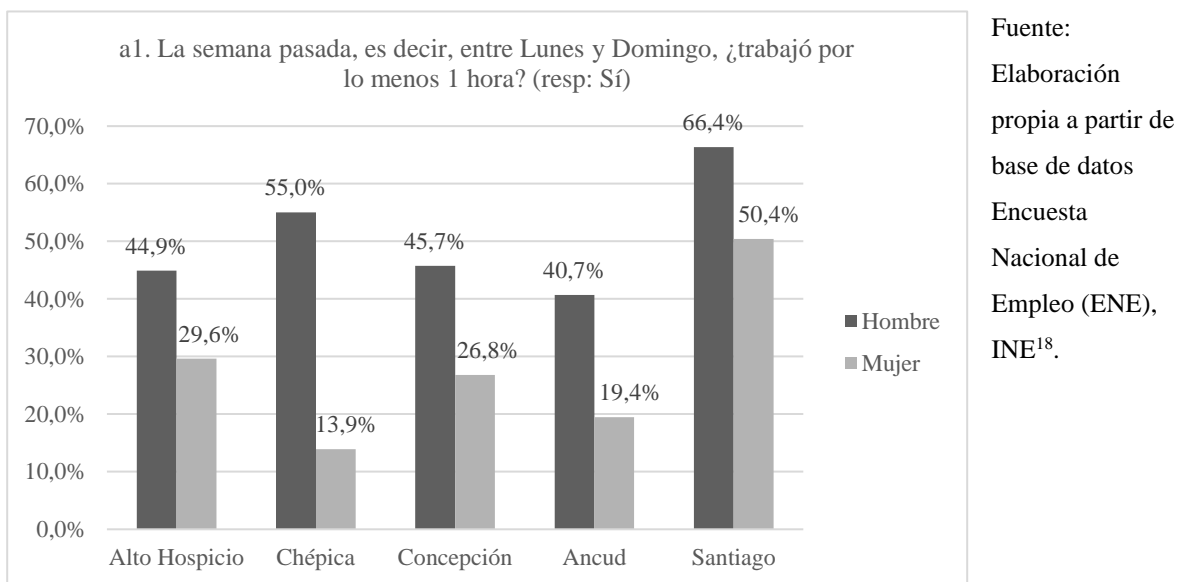
**Imagen n°3: Mapa de casos activos y tasa de mortalidad por COVID-19 según comuna.**



Fuente: Elaboración propia.

## 1. Trabajo

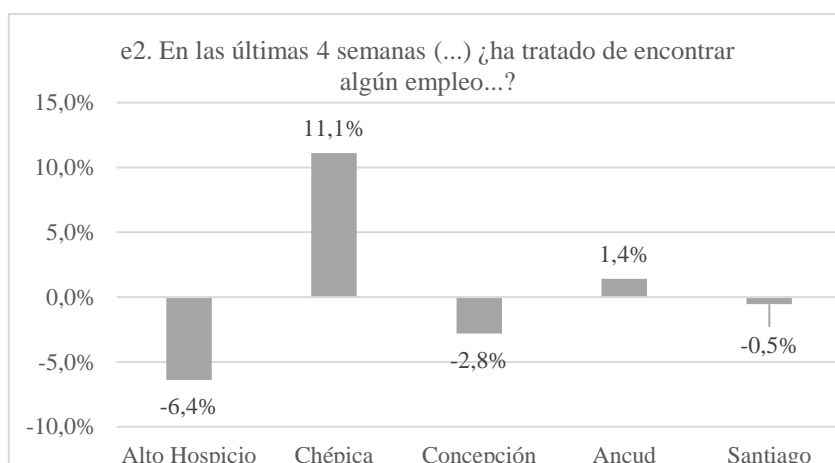
**Gráfico n°21: Situación laboral por comuna según sexo, trimestre Ene-Mar año 2021.**



Para entregar una panorámica de la realidad laboral de las diferentes comunas en donde se fundan las colectivas a analizar en este estudio, se observaron diferencias por sexo respecto a la situación laboral en el primer trimestre del año 2021, en plena pandemia por COVID-19. Se observa que ante la pregunta si trabajó al menos una hora, las mujeres se encuentran en una evidente desigualdad respecto a los hombres, más aún en comunas rurales como Chépica y Ancud. Sorprende la diferencia, también, de la capital regional Concepción con Santiago, en donde sólo el 26,8% de mujeres declaró haber trabajado al menos una hora.

<sup>18</sup> Recuperado desde <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/mercado-laboral/ocupacion-y-desocupacion>.

**Gráfico n°22: Brecha de género<sup>19</sup> en búsqueda de empleo por comuna, trimestre Ene-Mar año 2021.**

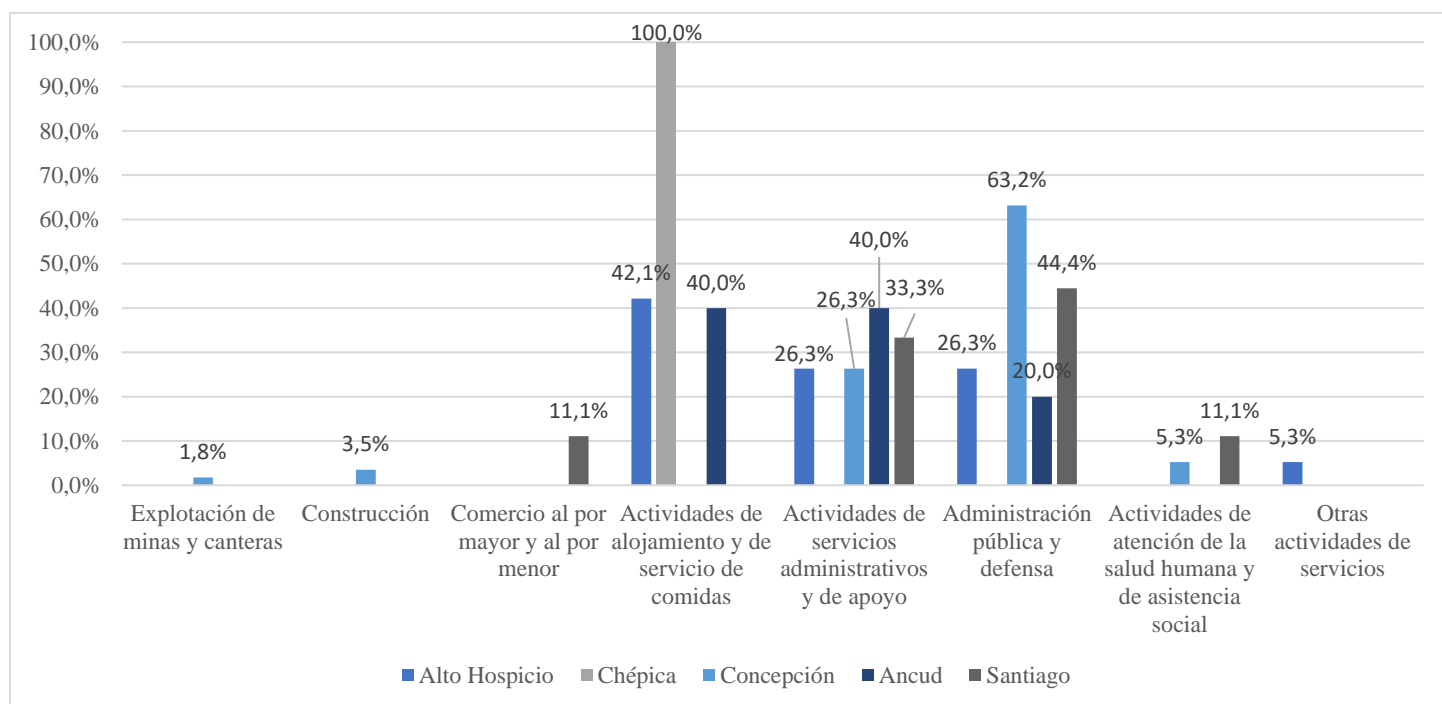


Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos Encuesta Nacional de Empleo (ENE), INE.

Respecto a si en las últimas 4 semanas ha intentado buscar empleo, la brecha de género muestra que, en

comunas como Chépica, las mujeres están buscando trabajo en un 11,1% más que los hombres, siendo el territorio donde mayormente se marca la diferencia. Ancud es otro de las comunas donde la brecha de género es positiva, alcanzando un 1,4%.

**Gráfico n°23: Rama de actividad económica según comuna, trimestre Ene-Mar año 2021 (% mujeres).**



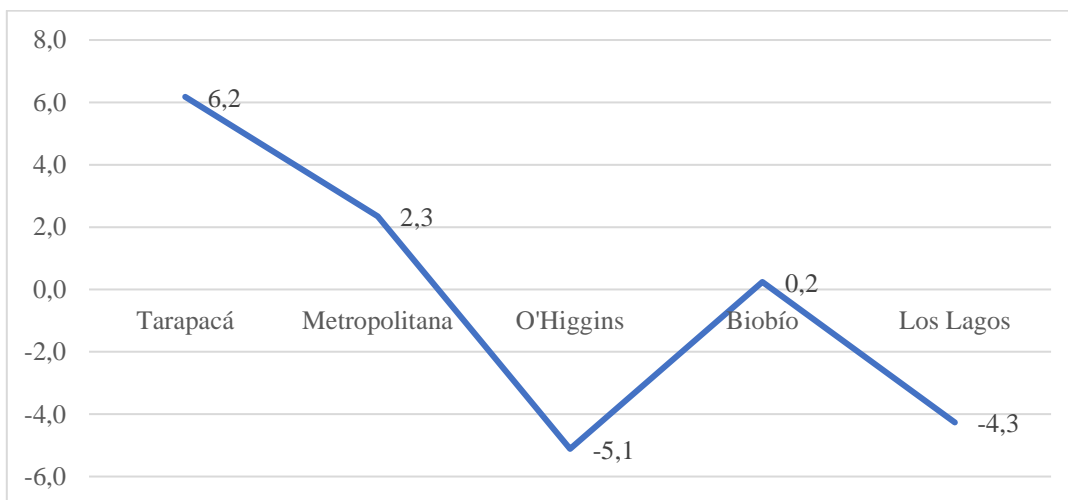
Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos Encuesta Nacional de Empleo (ENE), INE.

<sup>19</sup> La brecha de género es la diferencia entre el porcentaje femenino y masculino para una variable en específico.

El gráfico n°23 muestra el porcentaje de mujeres ocupadas distribuido por comunas, según rama de actividad económica. En comunas rurales como Chépica, se muestra una clara tendencia al sector servicios de comida y hostelería (100%), frente a una distribución más homogénea de comunas como Ancud en esta misma rama, y las actividades de servicios administrativos y de apoyo, con 40% cada uno. Concepción se concentra en la rama de administración pública y defensa (63,2%) y servicios de apoyo (26,3%), mientras que las mujeres de Santiago focalizan su trabajo en administración pública (44,4%) y servicios administrativos y de apoyo (33,3%).

## 2. Autonomía económica de los territorios

**Gráfico n°24: Tasa de informalidad laboral por sexo y brecha de género, según región, trimestre Abr-Jun año 2020.**



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Subcomisión de Estadísticas de Género del INE.

Como se observa en el gráfico anterior, la brecha de género en relación a la informalidad laboral, posiciona a las mujeres de las regiones de Tarapacá (6,2%), Metropolitana (2,3%) y Bío-bío (0,2%) en una situación de trabajo de mayor informalidad que los hombres. La gran diferencia se manifiesta en la zona de O'Higgins y Los Lagos, en donde la brecha de género es negativa.

**Tabla n°5: Tasa combinada de desocupación y tiempo parcial involuntario por sexo y brecha de género, según región, trimestre Abr-Jun año 2020**

<b>Región</b>	<b>Tasa combinada de desocupación y tiempo parcial involuntario hombres</b>	<b>Tasa combinada de desocupación y tiempo parcial involuntario mujeres</b>	<b>Brecha de género</b>
Tarapacá	18,0	23,4	5,4
Metropolitana	18,8	19,0	0,2
O'Higgins	15,4	19,7	4,3
Bio-bío	17,4	17,5	0,1
Los Lagos	12,4	12,8	0,4

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Subcomisión de Estadísticas de Género del INE.

La tabla anterior permite identificar la desocupación laboral controlada por el tiempo parcial involuntario de hombres y mujeres, evidenciando que en todas las regiones son las mujeres las que mayormente están en paro involuntario, con una brecha de género positiva, siendo muy amplias en comunas como Tarapacá (5,4%) y O'Higgins (4,3%). Este indicador muestra a personas ocupadas, tienen una participación involuntariamente a tiempo parcial, y al buscar ocupaciones alternativas, compiten a su vez con las personas desocupadas. (INE, 2020).

#### Autonomía Física

**Tabla n°6: Tasa de femicidios consumados y frustrados por región, año 2019**

<b>Región</b>	<b>Tasa de femicidios consumados por 100.000 mujeres</b>	<b>Tasa de femicidios frustrados por 100.000 mujeres</b>	<b>Diferencia tasa nivel nacional femicidios consumados por 100.000 mujeres</b>	<b>Diferencia tasa nivel nacional femicidios frustrados por 100.000 mujeres</b>
Tarapacá	0,5	2,2	0,1	1,1
Metropolitana	0,3	0,6	-0,1	-0,5
O'Higgins	0,8	2,2	0,3	1,1

Bio-bío	0,2	0,6	-0,2	-0,5
Los Lagos	1,8	1,4	1,3	0,2

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Subcomisión de Estadísticas de Género del INE.

Los últimos datos sobre tasa de femicidios consumados y frustrados a nivel nacional, muestran que la región de Los Lagos es la que supera ampliamente el promedio general, en un 1,3 p.p, le sigue la región de O'Higgins con 0,3 puntos porcentuales. Frente a los femicidios frustrados, se observa que la mayor tasa de incidencia la tiene la región de Tarapacá y O'Higgins (1,1 p.p. cada una), seguida por la región de Los Lagos con 0,2 p.p.

**Tabla n°7: Prevalencia de violencia intrafamiliar general en mujeres por región, año 2020.**

Región	Prevalencia	Diferencia con prevalencia a nivel nacional
Tarapacá	47,6	6,2
Metropolitana	40,4	-1,0
O'Higgins	41,1	-0,3
Bio-bío	52,0	10,6
Los Lagos	30,6	-10,8

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Subcomisión de Estadísticas de Género del INE.

La prevalencia de violencia intrafamiliar general en mujeres por región para el año 2020 muestra que la región de Bío-bío y de Tarapacá están ampliamente por sobre la media nacional, alcanzando un 10,6% y 6,2%, respectivamente. La región donde menos se manifiesta tal diferencia es la región de Los Lagos<sup>20</sup>.

Según datos de enero-septiembre del 2020, en donde se analizaron el número de llamadas al Fono Familia #149 de Carabineros de Chile y la cantidad de víctimas que ingresaron a las casas de acogida del Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género, más las denuncias formales realizadas ante la policía, se observó un aumento de un 43,8% de denuncias a nivel nacional respecto al año anterior. El incremento es mucho mayor cuando se analizan las 14 comunas en las que se aplicó cuarentena total. Sin embargo, las denuncias formales ante las policías cayeron en un 9,6%<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> Es importante dar cuenta que estos datos son contextuales, y que pueden existir múltiples factores influyendo en la baja de denuncia en algunos territorios.

<sup>21</sup> Recuperado de <https://www.ciperchile.cl/2021/03/09/violencia-contra-la-mujer-en-la-cuarentena-denuncias-bajaron-96-y-llamadas-de-auxilio-aumentaron->



## 4.2. Repensarnos desde los márgenes. Una breve mirada sociohistórica a las luchas colectivas feministas en Chile.

Este capítulo tiene como objetivo entregar un contexto de las luchas colectivas feministas en Chile, situar históricamente la problemática social y territorial, y el rol de la mujer frente a estos conflictos. Esto será de suma necesidad al momento de avanzar en el próximo capítulo, el cual profundizará los discursos de las organizaciones comunitarias en relación a la pandemia por COVID-19. Se planteará la naturaleza de la acción colectiva, cómo se forja la organización popular, sus principales conflictos y demandas, con la intención de comprender de dónde provienen las vulnerabilidades y resistencias de las mujeres en el análisis de sus narrativas y discursos. Cada organización se analizará en diferentes niveles temáticos, geográficos, territoriales, sociales y de género, el orden será por zona geográfica, de norte a sur.

### “La lucha por una vivienda digna”. Comité Nueva Esperanza, Alto Hospicio.

Poblaciones callampas se denominaron a las poblaciones construidas en base a desechos como latas, cartones y maderos viejos, los cuales se consolidan en Santiago de Chile durante la segunda mitad del s. XIX y las primeras décadas del s. XX, en el paso de una ciudad colonial a una de carácter moderno e industrial, producto de la migración campo-ciudad. El desarrollo urbano desencadenó que los sectores populares fueran empujados a vivir a las periferias en condiciones de pobreza, hacinamiento e insalubridad<sup>22</sup>, liderados por un nuevo tipo de sector popular urbano, obrero o trabajador del sector terciario (Sepúlveda Swatson, 1998).

La historia de pobreza y marginalidad social urbana derivó en las “tomas”, que eran ocupaciones de terreno, que permitieron espacios de negociación de los pobladores con las autoridades comunales en la búsqueda de un lugar donde vivir, llevándolos a que se asentarán

---

[438/#:~:text=En%20medio%20de%20la%20pandemia,la%20mujer%20durante%20la%20cuarentena%E2%80%9D.](#)

<sup>22</sup> Recuperado desde <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-742.html>.

en espacios periféricos sin agua potable ni los mínimos para subsistir (Espinoza, 1988). De estas ocupaciones, se desprenden dos momentos históricos, uno que va de 1830 a 1940 con un predominio de formas legales de ocupación -como arriendos de sitios o de cuartos redondos, piezas en conventillos-, y una segunda etapa de 1950 a 1970 de ocupación ilegal de terrenos sin contrato previo (Sepúlveda Swatson, 1998).

La forma de ocupación de las poblaciones callampas corresponde a una ocupación espontánea de origen familiar, donde llega alguien y se instala en un lugar, luego llega un familiar y hace lo mismo, generando un asentamiento. Lo importante es que a diferencia de las tomas de terreno que buscaban un asentamiento temporal, los campamentos se instalaban con una clara intención de radicación (Sepúlveda Swatson, 1998).

A mediados del s. XX, comienzan a organizarse un tipo específico de organización poblacional que nace en respuesta a la falta de viviendas, denominadas “familias sin casa”, los cuales esencialmente exigían terrenos mínimamente urbanizados, que contaran con agua, luz y con la gestión de la Corvi<sup>23</sup> respecto a préstamos y asistencia necesaria para autoconstruir sus viviendas (Loyola, 1989). La naturaleza de la acción colectiva de este tipo de organización proviene de que nace de los propios pobladores, y en ese sentido, se diferencian de los “otros”, moviéndose en la dimensión comunitaria de la acción, buscando establecer una reivindicación habitacional a través de negociaciones con las instituciones públicas involucradas (Sepúlveda Swatson, 1998).

Hay un ejemplo determinante de ocupación de terreno a través de la movilización social, que es la toma de “La Victoria”, en donde los pobladores negocian con el Estado y logran conformarse como campamento legítimo, continuando así hasta nuestros días (Sepúlveda Swatson, 1998). La presión social proviene de los pobladores organizados luego de dos incendios en la zona de Zanjón de la Aguada que los tenía en la miseria y marginalidad total, que los motiva a tomarse la zona de La Victoria (Lemuñir, 1990).

La historia reciente del s. XX demuestra la masificación urbana de los campamentos en Chile, situación que no sólo se asienta en la capital, sino que también se extiende a otras regiones. El Comité Nueva Esperanza pertenece a la comuna de Alto Hospicio, en la I Región de

---

<sup>23</sup> Corporación de Vivienda, nacimiento asociado a un período de modernización de la sociedad chilena entre 1953-1973 (Raposo, 1999).

Tarapacá, tiene en la actualidad 108.375 habitantes que, en su mayoría, pertenecen al tramo etario de entre los 19 y 30 años, convirtiéndola en una de las comunas con más jóvenes del país<sup>24</sup>. Los campamentos han sido determinantes en la conformación de Alto Hospicio desde mediados de los 80s, independiente de la masificación de la vivienda subsidiada a nivel urbano (Imilán, Osterling, Mansilla, & Jirón, 2020). El asentamiento informal se ha consolidado en la zona como estrategia de acceso a la vivienda, abriendo además otros tipos de interpretaciones respecto al acto de “ocupar” como sinónimo de “habitar”, una forma de vida en el cotidiano que se relaciona con decisiones, creaciones de redes, oportunidades y eventos personales de los habitantes de estos campamentos (Imilán, et.al., 2020).

**Imagen N°4: Toma de terreno en Alto Hospicio.**



Fuente: Diario El Quinto Poder.

La zona desértica de Alto Hospicio rememora la crudeza de un territorio aislado, duro y, en momentos, desolado. Caracterizado por el frío, las temperaturas extremas, la escasez de agua y la distancia que aleja al territorio de las grandes ciudades, Alto Hospicio se presenta como un espacio que busca “pertenecer” a Iquique<sup>25</sup>, en términos identitarios y territoriales. Su lucha desde los campamentos es por conseguir una vivienda digna, servicios básicos, que los aleje de ser “nadie” (Centro de Investigación Social. Un Techo para Chile, 2004), y les otorgue dignidad y seguridad habitacional.

---

<sup>24</sup> Recuperado desde <https://mahocl.cl/web/alto-hospicio-es-la-comuna-que-mas-crecio-en-los-ultimos-anos/#:~:text=M%C3%A1s%20de%20108%20mil%20habitantes,son%20hombres%20y%2054.169%20mujeres.>

<sup>25</sup> Ciudad provincial de la región de Tarapacá, se dice que aspira a ser el “Miami de Latinoamérica”.

El rol de la mujer pobladora en la toma de campamentos es histórica, a mediados de s. XX, autoras lo definen como una participación activa, en donde muchas veces ellas tomaban la decisión de sumarse a una toma, aun sabiendo los riesgos de represión y los riesgos de perder la vida por la violencia institucional de la época. Tanto como en la movilización, las mujeres participaban en el equipamiento e instalación de las poblaciones, mejorando la calidad de vida a través de la conformación de centros de madres y diversos tipos de grupos femeninos (Valdés & Weinstein , 1993). A su vez, la mujer pobladora se define como una mujer presente desde el nacimiento, la estructuración y el crecimiento de la organización popular que, por necesidad de sobrevivencia y dignidad, la han levantado no sólo por subsistencia material, sino que también por una necesidad psicológica y emocional (Quintanilla, 1990).

“Politización del hambre”. Olla Común Dignidad del Pueblo, Santiago.

Las ollas comunes tienen una fuerte presencia en la historia de movilización social y popular chilena. Su organización, que generalmente ha respondido a un contexto de crisis, ha surgido como una forma de lucha de los sectores populares de la población, a través de la cual se ha visibilizado el hambre y se ha dado solución a la necesidad de comer de las familias y de la comunidad donde se generan.

Históricamente, se identifican tres momentos especialmente determinantes en la conformación de las ollas comunes: a principios de s. XX con la crisis económica de 1929, durante la dictadura cívico-militar de 1973, y en la actualidad, en el contexto del estallido social y la pandemia por COVID-19. La agudización del hambre y la forma en que ésta se expresa, es reflejo de la desigualdad que el mismo sistema genera y reproduce, afectando mayormente a los sectores más empobrecidos de la realidad nacional. La necesidad colectiva de buscar y crear respuestas para la sobrevivencia y la solución al problema del hambre, politizó la acción colectiva en torno a la alimentación, ya que, si hay hambre, hay pobreza y la existencia de ambas situaciones cuestiona, o debería cuestionar, la forma en que la sociedad en su conjunto está organizada (Gallardo, 1985).

Las ollas comunes que se organizaron en el contexto de la crisis económica de la dictadura tienen la particularidad de no ser transitorias, ya que las condiciones que provocan su organización, al persistir y consolidarse, hacen necesaria una solución estable y permanente

(Hardy, 1986). Nacen de la iniciativa popular, religiosa o estatal como respuesta momentánea al problema de alimentación y la imposibilidad de asumirlo por parte de las familias (Carrasco A. , 2008). Dentro de las diferentes formas para combatir el hambre, hay una transición desde organizaciones de mayor carácter religioso, como los comedores populares, a una organización de carácter político, como las ollas comunes. Dichas instancias representaban, por tanto, la resistencia y la politización del hambre, la escasez y la pobreza, siendo las mujeres protagonistas, desde su rol de cuidado, en la creación y recreación de diferentes formas de subsistencias para su comunidad.

**Imagen N°5: Olla común durante la dictadura chilena.**



Fuente: Memoria Chilena.

Lo interesante de las ollas comunes, es que saca del mundo privado el problema de la alimentación, que además de ser relegada del mundo público, ha sido, como se ha dicho, una labor históricamente asignada a las mujeres por la división sexual del trabajo. El traslado de la acción de alimentar, constituye una forma de politizar el hambre y la alimentación, toda vez que se hace visible un problema colectivo que se vivía como individual, comenzando a incluir a la familia en la lucha popular por la dignidad.

Las mujeres cumplen un rol fundamental en la organización de las ollas comunes, y es en este contexto, donde nacen organizaciones de pobladoras que intentan vencer a una des-identidad creada por la marginalidad y/o exclusión sistemática, a través de la organización popular con localización territorial, desarrollando una identidad colectiva en la cual las

familias confluyen en un espacio de horizontalidad, compartiendo un problema común: el hambre. Esto, sustenta la voluntad de acción conjunta y solidaria, fomenta la comunidad y las redes colectivas de mutuo cuidado entre vecinos y vecinas, genera consciencia de la situación de exclusión política-social y experimenta los límites impuestos por el sistema a la organización popular (Gallardo, 1985).

Santiago, la capital de Chile, entonces, fue un territorio que en la época de la dictadura gestó distintas ollas comunes en sectores marginalizados y periféricos de la ciudad. En 1982, La Victoria fue una de las poblaciones donde tomó más fuerza esta iniciativa a través de las Jornadas de Protestas Nacionales, una dirigente social de la época recuerda:

“Olla común es miseria, es hambre, es sufrimiento, es pobreza, pero dentro del lado población, y dentro del lado social, es organización, es levantarse, aprender a luchar, aprender a hacer cosas y ser pobre dignamente, no por ir a comer a una olla común era uno una persona indigna, alguien que no valía nada, no, todo lo contrario, porque si no había plata pa’ cocinar había que buscar la forma de alimentarse y alimentar a los demás también. Entonces era algo bonito dentro de toda una organización, era algo bonito entregar el alimento pero también era triste porque lo normal era hacer su comida en su casa, en comer con su familia” (citado por Espinosa Muñoz, 2014, pág. 20).

Lo interesante es que las mujeres no lideraron individualmente esta iniciativa, el trabajo era colectivo, y pasaba de organizarse a nivel familiar, para luego expandirse a nivel comunal. Las familias comienzan a operar orgánicamente, como núcleos domésticos que generan redes basadas en el parentesco y redes vecinales de ayuda e intercambio. De modo que, estas estrategias organizadas de subsistencia son núcleos de relaciones sociales que salen del espacio privado doméstico-familiar, que socializan problemas y necesidades individuales, otorgando presencia colectiva.

Con esto las ollas comunes se convirtieron en espacios liderados por mujeres, quienes se apropian de éstos, generando discusión y formando una resistencia al modelo neoliberal y patriarcal, dando paso a una politización de la vida social y a percibir en la forma de organización del Estado la raíz de los problemas cotidianos que afectaban al mundo popular y al país en su conjunto (Gallardo, 1985). Valdés (1993) identificó al menos en cuatro focos la acción de la mujer: búsqueda de satisfacción colectiva de necesidades básicas ante el retiro

del Estado y su política de subsidiariedad; espacio afectivo de encuentro y desarrollo personal, al salir de su casa y compartir con otras mujeres; acción social comunitaria, al intentar resolver los problemas de la población, su sentido de “servicio público”, posibilidad de participar en la toma de decisiones en el espacio público y a nivel político-general como actor colectivo e interlocutor del movimiento social; y canalización de la voluntad de cambio, de transformaciones de las condiciones de vida.

Durante la revuelta social del 2019 se vuelven a levantar ollas comunes en Santiago, muchas de ellas emergen como espacios de convivencia y buen trato con la comunidad, además de la búsqueda por resistir políticamente ante la violencia estatal ejercida por las policías<sup>26</sup>. Esta dinámica comunitaria ya se estaba generando cuando se desata la pandemia COVID-19 en marzo del 2020, desencadenando una serie de iniciativas de ayuda y solidarias gestadas en distintos territorios para enfrentar la precariedad de la pandemia, muchos de ellos liderados por mujeres. Se han identificado otras iniciativas como campañas o canastas solidarias, centros de acopio, entrega de artículos de aseo, siendo las ollas comunes o comedores solidarios las más recurrentes, alcanzando un 70% de la muestra. De todas estas iniciativas, el 68% está siendo liderado por mujeres (ONU Mujeres; Fundación Vértice Urbano, 2021).

**Imagen N°6: Mujer trabajando en una olla común en la actualidad.**



Fuente: Olla común “Por la Dignidad del Pueblo”, Santiago.

<sup>26</sup> Según datos del INDH, entre el 17 de octubre y el 19 de noviembre del 2019, fechas donde mayormente se desató la crisis social y política en Chile, hubo 26 muertos, 11.180 personas heridas a nivel nacional y 296 lesiones por trauma ocular (INDH, 2019).

“Ecofeminismo y resistencia al sistema extractivista neoliberal”. ANAMURI, Chépica.

Chile fue el primer experimento de formación de un Estado neoliberal tras el golpe de Estado de Pinochet en 1973. Las políticas de sustitución de importaciones cayeron en el descrédito, se revirtieron las nacionalizaciones y se privatizaron los activos públicos, abriendo los recursos naturales a la explotación privada y desregulada, focalizando la economía en la exportación de los recursos naturales (Harvey, 2005). Las reformas neoliberales de las décadas de los ‘70 y ‘80 ayudaron a precipitar un gran boom en las exportaciones de productos agrícolas; en la actualidad Chile es el primer exportador de fruta del hemisferio sur (Murray , 1999).

Dentro de la agricultura, el sistema frutícola es quizás el más visiblemente globalizado. Los patrones de comercio e inversión dentro del sector forman “cadenas globales de productos”, los cuales se han expandido gracias al cambio cultural y económico que trae la globalización, abriendo un conjunto de “ventanas” de oportunidades a los países “en vías de desarrollo” hacia nuevos mercados “contraestacionales”, sosteniendo sus economías en la inversión extranjera, liberalizando los mercados y las medidas para elevar las competitividades de las exportaciones (Murray, 1999).

La crisis de los mercados agrícolas refiere, entonces, a una crisis del neoliberalismo de manera estructural. Se han exacerbado las tensiones sociales, económicas y ambientales, desencadenando desigualdades que aumentan cada día más la dependencia del exterior con nuestra economía, generando a su vez un debilitamiento de nuestra sustentabilidad. Es claro que la globalización de la agricultura ha ofrecido un potencial de beneficios que no se pueden desconocer, pero que, sin embargo, hoy se vuelve imperante cuestionar desde el concepto de “desarrollo” (Murray, 1999) que requiere ser situado en una realidad interseccional como es la campesina, chilena, rural.

El cuestionamiento a la idea de desarrollo no es actual, se venía dando desde los años ‘80 con una crítica cultural que percibía el desarrollo como un discurso occidental que operaba a través de un poderoso mecanismo para la producción social, política y económica del Tercer Mundo (Escobar, 2009). El “postdesarrollo” implicó tensionar la idea que se tenía de



América Latina como un continente subdesarrollado; por lo tanto, los postestructuralistas no buscaron teorizar acerca de cómo mejorar el proceso de desarrollo, sino más bien, comprender qué discursos y prácticas fueron ideadas para legitimar “bajo la consigna del desarrollo” una intervención sistemática y deshumanizada en continentes como éstos (Escobar, 2009).

En términos específicos, el modelo neoliberal en Chile operó desde la instauración ideológica profunda de políticas privatizadoras que buscaron la reducción del gasto público y la apertura al mercado global a través de los “Chicago Boys”. Se intentó demostrar los beneficios del desarrollo económico y el crecimiento del capital, institucionalizando a través de organismos estatales y privados el sostén del modelo; el cual, posteriormente, fue cuestionado por generar espacios económicos, sociales y geográficos desiguales y excluyentes (Harvey, 2005). En el caso del “desarrollo rural” las estrategias movilizadas fueron las de vincular conocimientos expertos sobre agricultura, alimentos, etc. con intervenciones particulares (extensión agrícola, crédito), que desencadenaron transformaciones profundas en el campo y en las sociedades campesinas del Tercer Mundo, instaurándose nuevos lineamientos capitalistas en los conceptos sobre la tierra, agricultura, crianza y animales (Escobar, 2009).

Es en este contexto, donde nace la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), la cual ha sido un ejemplo de postdesarrollo y movimiento social ecofeminista. Esta asociación, territorialmente integra organizaciones y mujeres provenientes de localidades rurales y comunidades indígenas asentadas desde la I a la X región de Chile, convirtiéndose en una organización nacional que integra una diversidad de realidades del mundo rural<sup>27</sup>. Han desarrollado un trabajo con enfoque de género, a través de talleres, foros e intercambio de saberes comunitarios, construyendo redes y alianzas sociales solidarias, con el fin de implementar una agricultura orgánica y sustentable, rechazando el uso de agrotóxicos, semillas modificadas genéticamente y transgénicos, buscando asegurar una alimentación saludable para el colectivo<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> Para efectos de esta investigación, se situó territorialmente la organización en Chépica, VI región de Chile, en donde se encuentra su casa central.

<sup>28</sup> Recuperado desde <http://www.ANAMURI.cl/index.php/quienes-somos>.

La zona en donde se ubica el centro de trabajo de ANAMURI, Chépica, es una comunidad rural de la VI región, a 180 km al sur de Santiago<sup>29</sup>, con 13.857 habitantes<sup>30</sup>, dedicado principalmente a actividades agrícolas, y la producción de cultivo frutal y vid, recursos que les han permitido abrirse al comercio y así surgir económicamente<sup>31</sup>. En ese contexto, lo que hace ANAMURI en los territorios, según la mirada de Escobar (2009), es una conceptualización alternativa a lo que se ha trabajado convencionalmente desde el desarrollo regional. Estas mujeres han generado una ecología política alternativa basada en nociones de sostenibilidad, autonomía, diversidad y economías alternativas. Su mirada desde el género reivindica el acceso y control de las mujeres a los recursos tanto a nivel productivo como político, es decir, se cuestiona la división sexual del trabajo que ha reproducido estereotipos de género, en donde la mujer queda en una posición de subordinación frente al hombre. En este sentido, estas mujeres buscan impactar en las condiciones de vida de la comunidad, desde lo local hasta lo regional (ANAMURI, 2014). A través del desarrollo de la noción de “feminización de la pobreza” la organización visibiliza la violencia cotidiana que reciben las mujeres en sectores rurales, la falta de acceso a una serie de derechos y servicios públicos, situación que se ha acrecentado por la globalización, perdiendo sus empleos, prestaciones y derechos laborales (ANAMURI, 2014).

El agro-negocio hoy se ha instaurado como el fruto de la concentración, expropiación y violencia, expresión radicalizada del capitalismo-patriarcal en el campo, al generar exclusión social y explotación de las campesinas. La “explotación agropecuaria” refleja de forma literal un proceso que fuerza a la tierra a producir por encima de sus límites y fuera de su capacidad de regeneración. Hemos ido construyendo una sociedad que ha exaltado los valores patriarcales y capitalistas invisibilizando la interdependencia, desvalorizando la centralidad antropológica de los vínculos, las relaciones entre las personas y la subordinación de las emociones (Herrero, 2013).

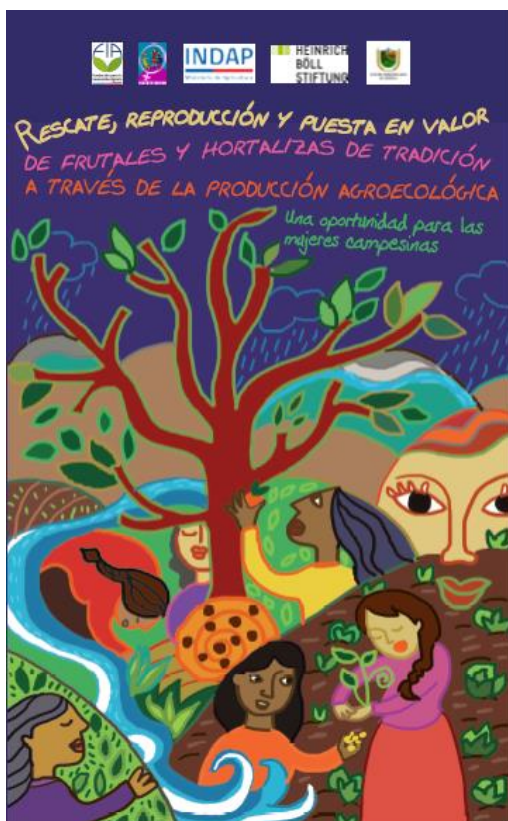
---

<sup>29</sup> Recuperado desde <https://www.municipalidadchepica.cl/web2.0/index.php/historia>.

<sup>30</sup> Recuperado desde <https://www.la-municipalidad.cl/municipalidad-chepica.html#demography>.

<sup>31</sup> Recuperado desde <http://conociendochile.com/c-region-de-ohiggins/chepica/>.

Imagen N°7: Afiche ANAMURI.



Fuente: Página web de ANAMURI.

“Feminismo político urbano y popular en el contexto de la revuelta social”. Colectiva Callejeras Autoconvocadas Biobío, Concepción.

La revuelta social que se desata en Chile el 18 de octubre del 2019 bajo la consigna “no son \$30 pesos, son 30 años”, haciendo alusión al incremento del precio del transporte público, y que con gran valentía los estudiantes secundarios enfrentaron desde sus trincheras, permitió desencadenar un proceso de cambio estructural y cuestionamiento a un sistema neoliberal desigual y precarizado que ha abandonado profundamente las necesidades del pueblo chileno. Este abandono proviene de la privatización desmedida de la economía y los servicios sociales, los cuales generaron una mercantilización de las condiciones de vida hacia el lucro y la explotación (Ruiz Encina, 2020). Chile ha apuntado en las últimas décadas hacia la movilidad social, configurando una sociedad meritocrática que tiene que luchar por lograr estabilidad, y es responsable potencial de su crecimiento económico, social y cultural. Sin embargo, también es una sociedad que se ha estratificado los últimos veinte años desde una “nueva fractura social” que ya no traza la frontera en las necesidades básicas o cuasi biológicas de subsistencia, sino que la configura en un auto valerse en los mercados de oportunidades, dejando atrás el estado de “ser pobre” (Canales, 2007), potenciando fuertemente a las clases medias. Esta ilusión social, no visibilizó los resabios de estas clases bajas o medias en los últimos veinte años, legitimando una sociedad segmentaria, estratificada, organizada sobre el privilegio y la negación, que configuró nuevas conflictividades sociales (Canales, 2007) y resistencias por abordar.

En este contexto, emergen diferentes tipos de colectivas y organizaciones comunitarias articuladas en base a las demandas feministas, las cuales han visibilizado las desigualdades a nivel local y global, con una fuerte expresión internacionalista de las luchas que se están llevando en muchos territorios de América Latina. La huelga internacional feminista ha funcionado como umbral y experiencia en contra de la precariedad, la cual ha generado estrategias para resistir y politizar el sufrimiento, actuando desde la transversalidad percibida entre los cuerpos, conflictos y territorios radicalmente diferentes (Gago, 2019). En este sentido, la situación actual de las mujeres en el escenario mundial lleva consigo este doble sello de sometimiento a partir de las relaciones de género y de las relaciones entre regiones

(Bifani, 2002), siendo América Latina una de las regiones más marginadas y subyugadas del mundo. En este contexto desigual, además, las mujeres emergen como la fuerza de trabajo precarizada, alienada en los medios de producción, vivenciando en sus cuerpos el conflicto capital-vida, pero dependiente a su vez de estos trabajos, pues son su fuente básica de subsistencia (Bifani, 2002).

La revuelta política de finales del 2019, en Chile, se entiende como una oportunidad para el movimiento social, en tanto ha posibilitado una relectura del proceso histórico en clave feminista, que va mucho más allá de la lucha propiamente de las mujeres, sino que se enmarca en posicionar como eje transversal de cuestionamiento la precarización de la vida, visibilizando opresiones, violencias y condiciones de vida que no responden a los mínimos comunes. Esta perspectiva permitió al movimiento feminista hacerse parte de la revuelta desde una orientación común con otros movimientos, a través de demandas como la exigencia de responsabilidad política y legal del gobierno de Sebastián Piñera por la represión y violencia de Estado durante la revuelta, diciendo “no a la impunidad”; fin, reconocimiento y castigo a la violencia político- sexual; libertad a los/as presos/as políticos, reparación a las víctimas de trauma ocular, entre otras demandas. En ese sentido, la movilización social en Chile se aleja del llamado periodo de “despolitización”, y genera un proceso de “alta movilización”.

En esa línea, las luchas territoriales también se han descentralizado, no todo el foco ha estado en Santiago. Concepción es la capital regional de la VIII región del Bío-bío, una ciudad universitaria de fuerte historia política y social, en donde el feminismo ha llegado históricamente con mucha potencia<sup>32</sup> (Hiner & López Dietz, 2020), que es donde nace la colectiva Callejeras Autoconvocadas Bío-Bío. Las tomas universitarias feministas del 2018 ponen en el centro los debates en torno a la violencia sexual, femicidios, doble presencia, crisis de los cuidados, trabajo doméstico no remunerado, interpelando a la institucionalidad y visibilizando reivindicativamente el cuerpo de las mujeres.

---

<sup>32</sup> El feminismo se fortalece a través de la conformación del Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (Codem) -que nace en la década de los ochenta-, cercano al MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) y liderado por Lily Rivas, quien había retornado del exilio en Inglaterra.

**Imagen N°8: Feministas organizadas en la ciudad de Concepción.**



Fuente: Colectiva Callejeras Autoconvocadas Bío-Bío.

La transversalidad del movimiento, mostró que las nuevas generaciones tienen nuevas formas de acción colectiva, y que el arte callejero colectivo es una forma de resistencia política y social. Esto, porque la calle pasa a ser una zona de alta vulnerabilidad, en términos que la violencia estatal podía ejercer poder patriarcal sobre el cuerpo de las mujeres manifestantes, en tanto se dictaminó que las mujeres deben permanecer en sus casas, lugar que históricamente se les ha determinado, y que la calle no es lugar para ellas (Betancourt Sáez, 2020). Los procesos de politización y expresión callejera, por lo tanto, presentan contradicciones y tensiones gráficas que posibilitan un repensarse políticamente desde el mismo movimiento feminista. Por ejemplo, durante la protesta, el espacio público expresa en momentos posiciones heteronormadas, sexualizantes y misóginas, que, si bien puede expresar un mensaje crítico, sigue validando subjetividades heteronormativas. Las colectivas feministas expresan la calle como un espacio de disputa, no sólo en el enfrentamiento directo, sino también en cómo conciben y se apropian de la ciudad. La protesta popular visual, muestra cómo el movimiento se apropia de la calle diciendo “todas las paredes son nuestras, todos los espacios son trinchera para resistir, para afirmar que estamos acá, que todavía nos quedan letras que pintar, papeles que pegar y calles que intervenir” (Brigada de Propaganda Feminista, 2020, pág. 48).

“En contra del extractivismo y a favor del reconocimiento identitario ancestral”. Colectiva Las Fieras, Ancud.

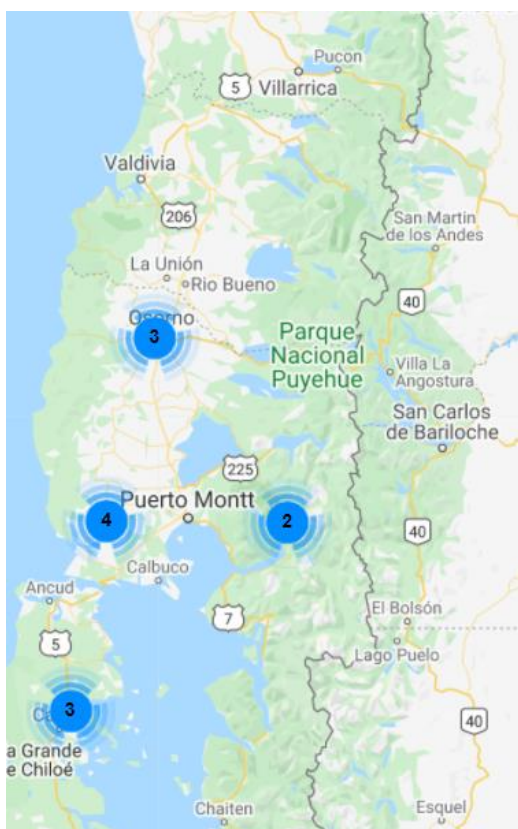
Con el fin de la dictadura militar en Chile, se inician una serie de proyectos extractivos de bienes naturales como centrales hidroeléctricas o minería con fuertes impactos ecológicos y sociales en muchos territorios a lo largo de Chile. La privatización de bienes públicos, la liberación comercial y financiera, más la desregulación de la economía, potenciaron políticas neoliberales basadas en el crecimiento económico que se sustenta en la explotación de recursos naturales orientados a la exportación, en base a la acumulación de capital por desposesión de bienes para las comunidades locales y nacionales que lo requieran (Cuadra, 2014).

El neoextractivismo como modelo económico se ha legitimado y expandido en la región latinoamericana reforzando las desigualdades en el intercambio comercial mundial y perpetuando la subordinación de América Latina como proveedora de materias primas, produciéndose un aumento de conflictos socioambientales y territoriales que, a su vez, denuncian la apropiación desigual de los bienes naturales y la degradación de la base material de la vida de las poblaciones locales (Bolados & Sánchez, 2017).

En ese contexto, Chile ha sido reconocido como un país cuna de zonas de sacrificios, las cuales se definen como una región que ha estado permanentemente sujeta a daño medioambiental o a falta de inversión económica, sosteniendo fuertes efectos geográficos, sociales, culturales y económicos en territorios pobres y vulnerables que concentran una gran cantidad de industrias contaminantes (Oceana, 2020). Así, las zonas de sacrificio son territorios donde los daños ambientales, producidos antes por el desarrollismo y ahora por el neoliberalismo, son vividos y justificados como el costo del progreso, caracterizándose por altos niveles de contaminación producida por la presencia de metales pesados como el plomo, cobre y arsénico, los que superan significativamente a los niveles registrados en otras regiones del territorio nacional (Bolados y Sánchez, 2017).

Si bien actualmente se declaran 5 zonas de sacrificio formales en Chile<sup>33</sup>, existen un sinnúmero de conflictos socioambientales que no se encuentran problematizados desde la noción de zonas de sacrificio, por lo que pasan a ser invisibilizados en esos términos. La región de Los Lagos hoy tiene 12 conflictos de esta índole (8 activos y 4 latentes), y específicamente en la Isla de Chiloé -que es donde se ubica la ciudad de Ancud-, se han detectado 4, a saber: una perteneciente al sector productivo Saneamiento ambiental denominado “Relleno sanitario Chiloé” el cual afecta medio ambientalmente la zona, otro de tipo energético llamado “Línea de transmisión Chiloé-Gamboa”, el cual afecta la propiedad y posesión de los pueblos indígenas, y, finalmente, el “Derrame de pintura en Lago Huillinco” y el “Parque Eólico Chiloé”. el cual afecta específicamente el derecho al agua potable y saneamiento (INDH, 2017).

**Imagen N°9: Mapa de Conflictos Socioambientales en Chile.**



Fuente: INDH.

<sup>33</sup> Quintero-Puchuncaví, Coronel, Huasco, Mejillones y Tocopilla. Recuperado desde <https://www.terram.cl/carbon/2019/06/las-cinco-zonas-de-sacrificio-de-chile/>.



Para poder entender este conflicto, es necesario distinguir primeramente dos conceptos cruciales, espacio y territorio, términos que se han utilizado frecuentemente como sinónimos en la investigación social. El primero se ha entendido desde una doble dimensión, que oscila entre la abstracción y la materialidad, mientras que el segundo es un espacio más preciso que se define desde una dimensión exclusivamente física. La tensión entre ambos conceptos proviene de comprender que la hegemonía del territorio implica una legitimación del poder político, mientras que la idea de espacio se debe comprender desde una perspectiva económica y también de carácter político, la cual sustenta y garantiza el ejercicio de la soberanía inherente a la existencia de todo Estado-nación (Ranfla, 1984). La separación de ambos conceptos ha desencadenado la no problematización del concepto de territorio, que, al ser reducido a una dimensión estrictamente geográfica, ha posibilitado la violencia extractivista desmedida de empresas multinacionales y el Estado. En este sentido, la noción de zonas de sacrificio se comprenderá en términos dialécticos, es decir, desde un conflicto que se sustenta desde dos aristas principales, la socioambiental y la político-cultural, la cual se ha visto profundizada por la creación de fronteras territoriales y simbólicas.

Los desastres causados en los ecosistemas y los efectos en la salud de la población han convocado a otro importante movimiento social: el movimiento feminista, donde mujeres han mostrado su preocupación frente al daño que el modelo de desarrollo económico, androcéntrico y patriarcal provoca en la naturaleza y en los cuerpos de las mujeres, sus familias y comunidades (Bolados y Sánchez, 2017). En este panorama emerge el protagonismo femenino latinoamericano, siendo un antecedente en el caso chileno la presencia y liderazgo de las hermanas Nicolasa y Berta Quintreman en la zona del Alto Bío-Bío, a propósito de la construcción de la hidroeléctrica Ralco a finales de los años noventa (Bolados y Sánchez, 2017); ellas fueron mujeres mapuches que desafiaron la institucionalidad chilena impuesta y que se levantaron en defensa de los derechos de su pueblo (Castillo & Ramírez, 2017). Sin embargo, también dejaron consigo una lucha por visibilizar las historias de matanzas y violaciones, a partir de la militarización del ejército chileno y la criminalización político-social, que son las armas utilizadas por el Estado para continuar la guerra (Riquelme, 2018).

Como plantea Federici (2020) acerca del rol de las mujeres en la política de los comunes, es determinante cómo se han organizado en torno a luchas sociales que las posicionan en un papel clave, puesto que son ellas las que más sufren los despojos y la degradación medioambiental en su vida cotidiana. Son las que se ocupan de los enfermos a causa de la contaminación generada por el petróleo, o porque el agua que usan para cocinar, lavar o limpiar es tóxica. Las desigualdades a nivel socioeconómico y colectivo, también se reproduce en sus vidas privadas y a nivel de género; los activismos han sido claros en declarar que el extractivismo “exacerba el machismo”, ya que las mujeres reciben considerablemente menos salario que los hombres, además que el riesgo de vivir violencia de género en estos territorios es altísima, por el consumo de alcohol de los hombres.

Por lo tanto, la lucha de las mujeres se da en distintos niveles, a saber: en términos individuales-cotidianos, socioambientales y por la reproducción cultural de un pensamiento en extinción. Lo interesante son los mecanismos transgeneracionales que posibilitan estas luchas desde las organizaciones comunitarias, en ese contexto nace la Colectiva Las Fieras de Ancud.

**Imagen N°10: Resistencia comunitaria al COVID-19 en Ancud.**



Fuente: La Zarzamora. Medio de comunicación libre y feminista.

### 4.3 Feminismos populares y los discursos de vulnerabilidad y resistencia por la vida en pandemia por COVID-19.

El presente apartado se ha estructurado en la exploración discursiva de 3 grandes temas, los cuales responden a los objetivos de este trabajo, a saber: i) vulnerabilidad, ii) resistencia, y iii) la paradoja entre vulnerabilidad y resistencia como principio movilizador de la acción colectiva.

Si bien el foco de los relatos se posiciona en expresar estos distintos puntos desde la pandemia por COVID-19, es inevitable que en los discursos emerjan expresiones acerca de sus experiencias subjetivas y colectivas feministas que trascienden el momento específico a analizar, y que responden, en muchas ocasiones, a las problemáticas narradas en el capítulo anterior, sobre el contexto político social chileno, la historicidad, y la capacidad de repensarse desde el momento de crisis presente.

#### i) Vulnerabilidades en los cuerpos-territorios feminizados: expresiones de las precariedades

Como se ha relatado a lo largo de los dos primeros capítulos, las luchas de las mujeres a nivel comunitario por un mejor vivir provienen en gran medida por cómo se han conformado las relaciones sociales durante el último siglo, las cuales han visibilizado fuertes desigualdades y opresiones. Chile, denominado como la “cuna del neoliberalismo”, ha encubierto la miseria (Bracke, 2016) y, por lo tanto, ha invisibilizado o negado sus precariedades:

“(la pandemia COVID-19) viene a visibilizar, digamos, situaciones tan injustas que realmente estaban muy ocultas, que no se veían, que con la pandemia se reflejaron, se pudieron visibilizar, porque antes no es que no se veían, existían, pero no tan claramente para muchas de nosotras” (activista Olla Común “Dignidad del Pueblo”).

La pandemia expresa vulnerabilidades en el sentido que explicó Butler (2016), como una “exposición de la precariedad”, en tanto visibiliza condiciones de desigualdad, las cuales han tomado distintas formas, respondiendo a diferentes naturalezas, pero estructuralmente apuntando a un problema transversal de subsistencia. Las cinco organizaciones han declarado

una profunda falta de recursos, a saber: falta de alimento que ha desencadenado en hambre, un difícil acceso a servicios básicos como el agua, desempleo, aislamiento por nula conectividad, salud emocional afectada, entre otras; todo esto demuestra lo que Butler (2016) explicó como expresión de la vulnerabilidad a través del despojo, pobreza, inseguridad y daño, conduciendo a una posición precaria en el mundo.

La toma de terreno de Alto Hospicio expresa en gran medida un proceso de deshumanización a través de la falta de recursos durante la pandemia, en una de sus declaraciones la dirigente plantea que, “ha sido complejo que te digan permanentemente que tienes que lavarte las manos muchas veces, y no saben que nosotros vivimos con 1000 agua de litro semanal, y con 4-5 personas en casa”, visibilizando dos problemáticas claras: una territorial y otra en torno a la subsistencia. Mbembe (2011) identificó nuevas formas de existencia social en las que muchas poblaciones están sometidas a condiciones de existencia precarias, mientras que ya Alzaldúa (1999) expresó que las vidas fronterizas, como las de las personas que sostienen estos territorios, son desplazadas e invisibilizadas en sus necesidades, ampliando las desigualdades. Es más, este espacio territorial tiene un 30% de población migrante, lo que no es casualidad en términos de como se ha gestado la precariedad, ya que el migrante se ha consolidado como un sujeto social que ocupa espacios que carecen de poder, siendo los excluidos y las minorías discriminadas en tanto sostienen las ciudades globales desde su trabajo y exclusión social (Sassen, 2003).

En Ancud, la colectiva “Las Fieras” dan cuenta de un aumento en el hacinamiento en las comunidades, como la tensión en los conflictos territoriales producto de la pandemia: “(...) se ha privilegiado infinitamente más la actividad productiva de sectores extractivistas como las salmoneras, como las industrias energéticas, por sobre cualquier otra actividad que pueda servir para la sostenibilidad de la vida de la gente”. Esto da cuenta de cómo la crisis de los cuidados se ha radicalizado en pandemia, es una crisis social que continúa visibilizando el extractivismo profundo de estos territorios y los efectos en la salud de las personas que los habitan. Las entrevistadas plantean que “ya existía una crisis sanitaria antes que la pandemia aconteciera”, por la falta de un vertedero donde dejar los residuos, por lo que una crisis tras otra que ya existía, muestra una diferenciación en términos de los impactos en las condiciones de vida de los sujetos (Pérez-Orozco, 2010).

La precariedad humana no toma forma sólo desde un punto de vista material, Butler et. al (2019) explicó que también incluye una dimensión existencial, situación que se ha manifestado fuertemente durante la pandemia. El aumento del desempleo, la precarización laboral y la baja de sueldos han abierto en exceso espacios de vulnerabilidad deshumanizante desde un punto de vista de salud mental y emocional, así lo explicó la representante de la colectiva Callejeras Autoconvocadas: “(...) el tema del trabajo, el tema de estar encerradas fue una situación que afectó mucho la salud mental de las mujeres con las que nosotras trabajamos”. Por lo tanto, precariedad y precaridad se articulan en un solo discurso, demostrando una distribución desigual de la fragilidad (Fuster, 2018), lo que conlleva a una existencia que duda si su vida estará disponible como vida vivible (Butler, et. al., 2019).

Otra forma de expresión de la vulnerabilidad proviene en lo que Butler (2021) explicó como las vidas que no son dignas de duelo, es decir, aquellas cuya vida si se pierde no se llora. Esta afirmación no sólo se relaciona con la muerte, sino que también con la posibilidad de morir en desolación y abandono, frente a esto la dirigente de ANAMURI expresó que “el campo se está quedando viejo y solo”, ya que el territorio no está preparado para sostener la virtualidad que exige la pandemia, evidenciando que las relaciones sociales se sostienen principalmente desde la presencialidad y las lejanías fragilizan las conexiones entre las mujeres:

“No hemos podido funcionar en todo el año de forma presencial y estamos realmente angustiadísimas, con mucha pena, estamos la mayoría entrando ya en sistemas depresivos, porque no nos hemos podido encontrar, no hemos podido tener nuestras reuniones presenciales, nuestros encuentros”.

En esa línea, es importante recalcar que no todas las desigualdades son similares, los datos estadísticos demostraron que los sectores rurales están más sujetos a pobreza multidimensional y precariedad, más aún cuando lo analizamos desde un punto de vista interseccional. Mafalda Galdames declara que las principales carencias en los territorios rurales son la falta de semillas y leña, en uno de sus relatos apunta a la falta de políticas públicas situadas a la realidad campesina:

“las mujeres campesinas no recibieron la famosa caja de alimentos del gobierno, porque las mujeres están en lugares aislados, muy dispersos (...) y muchas otras nos dijeron

*aquí no viene lo que nosotras consumimos, entonces iba fideos, arroz, nescafé<sup>34</sup>, o té, y las mujeres en el campo toman hierba mate, comen ulpo que es la harina tostada, comen porotos con mote, ellas incluso hacen trigo mote, entonces había una caja que no era de acuerdo a la alimentación que ellas están acostumbradas a consumir (...)* (Dirigenta ANAMURI).

La invisibilización de las necesidades específicas de las mujeres de la realidad rural, responde a una exclusión simbólica de su identidad cultural y política. Alzaldúa (1999) planteó que los territorios fronterizos, generan una separación entre lo reconocido y la “otredad”, siendo sus necesidades desplazadas y negadas. Se podría incluso plantear que el campo se consolida como un circuito transfronterizo en tanto son espacios que carecen de poder y sostienen a los excluidos (Sassen, 2003); son territorios aislados, de pocos habitantes y básicamente olvidados ante el centralizado Santiago. A su vez, en términos colectivos, las mujeres campesinas históricamente fueron “convocadas por las feministas, por movimientos organizacionales de mujeres, pero nosotras no teníamos una voz propia, no teníamos una identidad (...) siempre (hemos) tenido un rol más invisible dentro del movimiento feminista” (Dirigenta ANAMURI).

Es interesante este último relato, pues se podría reflexionar acerca de que lo sucedido con la caja de ayuda, responde a un conflicto anterior, que ha borrado las experiencias situadas de las mujeres campesinas, ignorando sus luchas, no siendo reconocidas como sujetas políticas (Mohanty, 2008). Sobre esto también teorizó Teresa De Lauretis (2000) al plantear la disyuntiva de las mujeres desde los feminismos cuando se descubre la *inexistencia* de un tipo de mujer, la paradoja de un ser que está ausente y la vez prisionero de su discurso, sobre quién se discute permanentemente, pero sigue de por sí inexpresable, lo que podría aplicarse en cierta medida en este contexto.

La dirigente de ANAMURI es clara en este sentido cuando expresa que,

“nosotras partimos de la premisa que nuestro feminismo es diferente al feminismo occidental o como lo llama muy peyorativamente al feminismo blanco o al feminismo intelectual (...), sabemos que hay diferencias en cómo se identifican las identidades en

---

<sup>34</sup> Tipo de café instantáneo.

estos feminismos, y bajo estas diferencias, nosotras la planteamos con la ligación de la tierra”.

hooks (2004) explicó claramente esta tensión al ejemplificar con Friedan la falta de cuestionamiento de las mujeres blancas acerca de si su perspectiva de la realidad de las mujeres se adecua o no a las experiencias vitales de las mujeres como colectivo. Dice “tampoco son conscientes de hasta qué grado sus puntos de vista reflejan prejuicios de raza y clase” (pág. 35). Sin embargo, es interesante como la entrevistada muestra en su relato la lucha por conformar una identidad específica que la represente, pero que a la vez asegura un “respeto el feminismo histórico, porque si no hubiese sido por ese feminismo no estaríamos en el lugar que estamos actualmente las mujeres”, demostrando lo planteado por Haraway citada por Braidotti (2000) acerca de si las mujeres pueden representarse como sujeto político y epistemológico colectivo, lo cual implicaría que las mujeres se reúnan a partir de una multiplicidad de discursos, posiciones y significaciones que a menudo entren en conflicto entre sí, no temiendo a las tensiones ni a los vínculos móviles. Aquello visibilizaría que gran parte de las fragilidades de la acción colectiva radica en esta idea, muchas veces irreconciliable, que es el de negar la diferencia, cuando la pregunta más bien es acerca de cómo evitamos el esencialismo y determinismo psíquico en la consolidación de un proyecto feminista que se forje solo desde un tipo de subjetividad.

Otro punto interesante por abordar desde el feminismo campesino es el lenguaje, el cual marca una diferencia clara con otros tipos de feminismos. ANAMURI plantean la necesidad de que la palabra se aterrice, sea accesible y conocida, que se sienta familiar en términos de lo vivenciado por las mujeres, lo cual implica reivindicar no solo un feminismo de género, sino que también uno de clase. A esto hooks (2004) lo relató como la relevancia de que los feminismos hegemónicos dejen de tomar una actitud condescendiente e indiferente frente a cómo se configuran los discursos, desautorizando las voces que no son parte del discurso dominante, e incluso más, apropiándose de sus relatos, analizando su autenticidad desde sus propios términos, borrando a este “otro” desde marcar una diferencia que lo excluye y no le permite afirmarse con una identidad propia.

Si bien esto último se escapa hasta cierto punto de lo expresado por la pandemia COVID-19, es importante dar cuenta que una crisis muestra y radicaliza muchas de las fragilidades que

se normalizaron por mucho tiempo y que hoy tienen la oportunidad de ser resignificadas. En ese sentido, a las situaciones de precariedad que ya se conocían, durante la pandemia emerge “nuevas” desigualdades en base a lo tecnológico y la brecha digital que es transversal a todos los territorios, evidentemente marcando fuerte diferencias entre lo urbano-rural. Las colectivas y organizaciones comunitarias dan cuenta de falta de acceso, precarización en conectividad en una devastada posibilidad de “habitar” la virtualidad, lo que muestra un sesgo en términos no sólo de acceso, sino que de conocimiento, emergiendo como heterotopía que lleva a la inacción.

Hasta el momento se generó un relato más bien general de las precariedades, los cuales emergen de esa manera de los relatos de las mujeres entrevistadas, sin embargo, se declara un fuerte componente de género en las desigualdades por la pandemia, a saber: los cuidados de niñas, niños, enfermos y adultos mayores, informalidad y precariedad laboral, poco acceso a anticonceptivos, foco en mantener la subsistencia desde la alimentación y la educación de niñas y niños, distintos tipos de violencias a las que están sujetas, desgaste emocional por los cuidados y la falta de apoyo afectivo y material.

“Los cuidados siempre han pertenecido, lamentablemente, al género femenino y siempre hemos tenido esa problemática y ahora aún más. Ha sido super complejo, lo que yo veo es que las mujeres están ultra saturadas con toda esta situación, porque que uno no puede salir, otra que no se pueda trabajar, y, además, tener que estar cuidando niños y adultos mayores, igual es un tema complicado, desgastante (...)” (Militante Colectiva Callejeras Autoconvocadas Bío-Bío).

Se manifiesta una triple presencia de la mujer durante la pandemia: en el trabajo, el hogar y la acción colectiva. Desde los feminismos populares ese es un tema relevante, ya que estas mujeres no externalizan los cuidados, todo lo contrario, su cotidianidad se funda desde espacios de precarización laboral, hogares monomarentales con una fuerte ausencia masculina, y la resistencia a partir de colectivizar los cuidados desde las comunidades. En ese sentido, la fragilidad de la vida pandémica para las mujeres se podría vincular con el siguiente relato de una de las activistas de la colectiva “Las Fieras” de Ancud:



“...algo que quedó muy presente en mí, un encuentro que tuvimos en la ruca<sup>35</sup>, donde nos encontramos con la ñaña<sup>36</sup> de una comunidad y prendieron el fuego, y empezamos a hablar, y estábamos todas alrededor del fuego y picaban los ojos, porque era un espacio cerrado (...) hablábamos con la ñaña y ella nos decía que kutral (fuego) conectaba con wenu mapu<sup>37</sup>, y que cuando uno lloraba y le picaban los ojos, también era porque necesitaba purgar algo y que eso está muy bien, *porque cuando duele ahí están tus armas*”.

Las identidades que se conforman en los márgenes tienen un potencial de fuerza movilizadora (Butler, 2016) que abre su capacidad de visualizar en el mundo. La precariedad y las heridas tanto materiales como emocionales muestran una constante lucha por sobrevivir para vivir, en la medida en que se requiera supervivencia, pero para que una vida sea digna de ser vivida, debe ser algo más que eso (Butler, 2017). Los mecanismos de resistencia, en tanto, son espacios de creatividad, reinención y libertad que permiten repensar la experiencia humana situada, abriendo las lógicas de lo que entendemos por la experiencia colectiva, dando importancia al reconocimiento de grupos sociales excluidos que han inventado diversas formas para mantenerse vivos.

## ii) Resistencias en la acción colectiva como contra-respuesta a la precariedad de la vida

Judith Butler (2016) planteó que primero somos vulnerables y luego, para superar esa vulnerabilidad, al menos provisionalmente, se realizan actos de resistencia. La crisis sanitaria por COVID-19 en Chile se debería entender en relación a la crisis social y política tras la revuelta social del 18 de octubre del 2019. Ambos momentos evidencian un proceso social desestructurante, angustiante y esperanzador para el pueblo chileno, en tanto han reconectado con la posibilidad de escribir la historia desde otros discursos y con un sello especialmente feminista.

La conformación de ollas comunes territoriales se empieza a organizar desde antes de la pandemia a lo largo de todo el país, pero específicamente, la “Olla por la Dignidad del

---

<sup>35</sup> Casa en mapudungun.

<sup>36</sup> Hermana, amiga se refiere a una mujer en mapudungun.

<sup>37</sup> “Tierra de arriba” en mapudungun.

Pueblo” en el barrio Franklin de Santiago, nace en abril 2020. El nombre de la organización no es casualidad, al hablar de dignidad refiere no sólo a un mundo material que no satisface las condiciones mínimas de existencia, también apela a lo que Cavarero citado por Tzelepis (2016) explicó como la falta de dignidad a nivel ontológico, es decir, el asalto que busca la destrucción del sujeto al estar expuesto al poder de los demás para recibir atención o daño, el cual no se da sólo a nivel individual, sino que está expuesto a todo el mundo humano.

La búsqueda por recomponer su dignidad, es decir, por levantarse de situaciones que han destruido el tejido social y personal de estas mujeres, proviene de leer la acción colectiva en dos niveles: explicando cómo el trabajo comunitario dignifica a la mujer en tanto sujeto político y social diferenciado, y también como el “ser parte” de una organización comunitaria abre el potencial basal de los feminismos, la identificación de un yo sostenido por un todo. Las redes de solidaridad emergen desde el mismo barrio, pero también superan los espacios conocidos, transnacionalizándose:

“Y nos empezaron a cooperar muchas organizaciones del barrio, no hubo apoyo estatal ni de las autoridades. A lo largo se fueron sumando muchas personas, mujeres principalmente, incluso en un minuto hubo niños (...) Recibimos plata de Suiza, Bélgica, Australia, la solidaridad fue grandiosa. Todo el barrio se portó un 7, hasta el día de hoy, la gente entrega con cariño” (dirigenta olla común “La Dignidad del Pueblo”).

Tal y como explicó hooks (2020), estar al margen es ser parte del todo, pero fuera del cuerpo principal. Los feminismos populares se articulan desde una constante consciencia pública de la separación entre margen y centro, y de una inquebrantable consciencia individual de que son parte necesaria y vital de esa totalidad. La olla común no solamente abastece de alimento a la comunidad, también opera como un espacio de politización, de discusión crítica, expresando que en gran medida la pandemia se ha desatado por la negligencia del gobierno, y la han utilizado como excusa política para coaccionar: “(...) o realmente necesitaban que nos contagiáramos para encerrarnos” (dirigenta olla común “La Dignidad del Pueblo”) o la colectiva de Ancud plantea: “(...) el proyecto transelec, que es una mega carretera hídrica, aprovecharon esta vola de la fase 1<sup>38</sup>, y que la gente no se puede juntar, para no hacer las

---

<sup>38</sup> La fase 1 en Chile refiere a la cuarentena total.

charlas ciudadanas informando a la comunidad de los supuestos beneficios de estos proyectos”.

En ambas citas se vislumbra que los confinamientos son percibidos como espacios de control político-social, como una forma biopolítica de operar en base al poder regulatorio destinado a “proteger vidas” o “dejar morir” a largo plazo a partir de aprobar proyectos que perjudican a la comunidad. Esta forma de biopoder regula la cualidad misma de la vida “vivable”, y determina los potenciales relativos de vida de las poblaciones (Butler, 2021). Si bien los relatos no expresan un temor paralizante frente a las acciones biopolíticas del Estado, se evidencia un espacio de resistencia que discute la noción de cuerpo-territorio en tiempos de pandemia:

“cómo podemos organizarnos ahora dado que no nos podemos ver y lo difícil que es, sobre todo hablar de las aguas sin poder tener conexión, que el agua es como encontrarnos (...) muchas de las estrategias que se usaban históricamente tampoco se pueden usar, sobre todo en un territorio como este, en donde por lo general, la defensa corre por poner el cuerpo, ir a poner el cuerpo para que no pase el camión (...)” (activista colectiva “Las Fieras”).

La acción colectiva se nutre en gran medida por el “estar presente”, o estar activos en la calle, por lo que tal y como lo plantea Butler (2018), si la resistencia política se basa en la movilización de la vulnerabilidad, los confinamientos, en este caso, se podrían percibir como una inhabilitación del acto de resistencia. A su vez, si pensamos en que esta realidad de una “vida virtual” puede haber llegado para quedarse, ¿qué formas de resistencia se empezarán a gestar? ¿cómo se transformarán? Con la pandemia COVID-19 el uso del cuerpo, hasta cierto punto, se ha paralizado, y las formas de conectividad se han visto limitadas, ya que en sectores rurales y de clases bajas, hay menos o nulo acceso a internet.

Puede que la acción colectiva haya movilizado a que se ponga en el centro los cuidados y afectos. Tal vez la forma de hacer política y estar presentes sea radicalmente opuesta a cómo lo habíamos pensado, ya que como resistencia a la precarización de la vida se han enfocado las fuerzas en el autocuidado como práctica cotidiana que permite “volver una vida vivable”, ya que se basa en la solidaridad y sororidad. El compromiso político se genera desde el trabajo colectivo, exponiendo, analizando y eliminando la socialización sexista en espacios

comunitarios que permite que se compartan problemas y sentimientos, abriendo la discusión a que lo que se pensaba que era un problema personal, realmente tenía una causa social y una solución política (hooks, 2020).

En este sentido, la consciencia de género y clase operan en conjunto, ya que la mujer de clase baja se da cuenta que la opresión por ser mujer es deshumanizante, pero lo es más, cuando se pasa hambre, no se tiene un techo o se está mayormente en riesgo de muerte por coronavirus (hooks, 2020) al tener que ir a trabajar precarizadamente para subsistir. Lugones (2008) ya lo enunció, las mujeres están más oprimidas en tanto existe un conflicto interseccional que visibiliza relaciones de dominación, explotación y conflicto hacia mujeres racializadas e indígenas desde una colonialidad del poder y el género.

La colectiva “Las Fieras” de Ancud relataron una nueva identidad muy interesante, ya que problematiza una figura que es propia del s. XXI. “(...) está el resto de las mujeres que no habita esa consciencia (colectiva-militante) y que trabaja en las salmoneras, y tiene una vida de mierda no más”. La mujer precarizada que tiene que ir a trabajar -porque no tiene otra opción-, muestra lo más deshumanizante de esta pandemia, sostener el modelo económico a toda costa, sin pensar en las personas, “tienen dinámicas precarizadas, deben usar pañales para que no pierdan el tiempo en ir al baño, por ejemplo”. La opresión se ha radicalizado en estos tiempos, ya que las cuarentenas han detenido las cadenas productivas de las empresas y muchas de las mujeres quedaron cesantes o están siendo humilladas para no perder el empleo.

Ante ese escenario, las resistencias en Chile provienen, en gran medida, de una herencia e identidad colonial que consolida una forma de reconocimiento que empodera: “imposible no nombrar a las ñañas huilliches, porque ellas son resistencia pura, tienen la consciencia, la memoria de lo que era la vida o de cómo puede ser la vida en este territorio” (activista colectiva “Las Fieras”). El vínculo con la tierra dota de voz y sentido a prácticas distintas que apelan a un mayor cuidado con el medioambiente, sería otra forma de resistir desde la articulación de las mujeres que no son de los pueblos originarios, que no viven el extractivismo real, pero que luchan por la causa, en conjunto con las mujeres que sí lo viven en el cotidiano. El sindicalismo femenino se ha visto como una salida, pero aún sigue siendo una forma de organización minoritaria entre las mujeres trabajadoras.

La colectiva “callejeras autoconvocadas Bío-Bío”, a su vez, han creado formas de resistencia durante la pandemia a través de “casa callejeras”, un espacio de profesionales que ejercen un oficio en particular y prestan ayuda a mujeres y disidencias de cualquier zona a bajo costo. Su identidad colectiva tiene otro público, acá encontramos a mujeres de clase media-baja, universitarias, cesantes, que no tienen trabajo y se encuentran precarizadas. Hay profesoras, psicólogas, matronas, enfermeras que buscaron reunirse para colectivizar sus sentires, entregarlo a la comunidad y hacerse cargo de los efectos en la salud mental que se encuentra devastada por la pandemia. Este tipo de organización responde a una crisis que se ha vuelto crónica, que se ha profundizado más allá del estado de excepción, son el contexto en que la gente lucha por vivir, convirtiéndose en terrenos de acción y significado (Meillan-Kher & Bermúdez, 2019). En ese sentido, este refugio nace en una búsqueda por un espacio habitable y seguro, que proteja de la violencia de género y ayude a la contención grupal: “nosotras tenemos un grupo de whatsapp entre las callejeras, somos varias, entre 70-90, no estoy segura, pero somos muchas, y ahí de repente sale, me pasó esto, me siento de esta manera, y entre todas tratamos de apañarnos (...)” (activista colectiva “Callejeras autoconvocadas Bío-Bío”).

Hay una cultura de la resistencia que emerge desde el construir comunidad, si bien el contexto es precario y adverso, la resistencia aquí se percibe en que este grupo de mujeres se enfrentan al neoliberalismo al organizarse entre ellas, evidenciando cómo sus trabajos previos estaban cargados de precariedad, los cuales “agotaban sus cuerpos” (Autoría colectiva, 2019), visibilizando la desigualdad estructural que se vive en Chile, en la búsqueda por sobrevivir al trabajar jornadas extensas y extenuantes. Si bien visibilizan el no esencialismo de este trabajo ya que “es una forma de sobrevivencia, es una forma de no morir en el intento” por los efectos de la pandemia, lo perciben como “una forma de resistencia, una forma *involuntaria*, de tratar de agarrarnos, de aferrarnos a la vida, de poder sobrevivir a esta situación que está en el suelo”, también dan cuenta de la base solidaria en la cual emerge su trabajo: “oye chiquillas, no tengo plata, no importa, te ayudamos igual. En el fondo el tema no es ganar dinero, sino que ayudarnos entre nosotras, abrazarnos de alguna forma y apañarnos” (activista colectiva “Callejeras autoconvocadas Bío-Bío”).

Los cuidados desde las periferias se muestran desde una dialéctica, ya que también visibilizan el abandono de aquellos territorios. Ante la pregunta sobre cómo se sostiene la vida en lugares de precariedad extrema, es realmente importante expresar que es desde una tensión de la vida cotidiana. No esencializar la resistencia implica evidenciar que la sociabilidad de estos territorios está fuertemente sometida a las lógicas neoliberales, a una cultura de los medios que radicaliza el miedo, la desesperanza y el peligro, y que en instantes visibiliza los detalles y desbordes del cuidar (Ávila, García, & Parajuá, 2019). Si bien la mayoría de las colectivas manifestaron un buen funcionar colectivo, es claro que el cansancio, el desgaste y la no ayuda estatal fragilizan la experiencia colectiva durante la pandemia. Y eso es importante, Butler (2021) explicó que las relaciones de interdependencia, base del vínculo social, se gesta desde la ambivalencia, lo que explica la base de la fuerza de la no violencia, del reconocimiento de las formas emergentes de conflicto social.

Otras de las formas de resistencia, abren la discusión acerca del rol paternalista que criticaba Butler (2018) y que hasta cierto punto busca seguir oprimiendo a las sujetos que se organizan desde los márgenes, en tanto continúan siendo invisibilizados en su formas de organización:

“Los espacios comunes son de beneficios para todos, generan dignidad, existe mucha estigmatización de la gente que vivimos en situación de toma, es muy fácil andar en la calle y escuchar decir “es que son flojos” o “no quieren hacer nada” o “quieren vivir gratis toda la vida”, y nosotros como comité Nueva Esperanza le hemos hecho muy bien frente a eso, hemos trabajado, porque no queremos estar ahí para toda la vida y porque tampoco queremos solo recibir, ha sido nuestra forma de entregar amor y gratitud en base a nuestro trabajo” (dirigente comité Nueva Esperanza).

El poder de la acción colectiva radica en la independencia, autonomía y reconocimiento de su trabajo y sentir. El “ciber comunitario” que busca paliar la brecha digital educativa en Alto Hospicio, lo perciben como el eslabón para continuar el trabajo, volviéndolos, en sus palabras, protagonistas de sus propios sueños. La falta de ayuda estatal es lenta y poco eficiente, por lo que la organización comunitaria emerge bajo la noción del “pueblo ayuda al pueblo”, siendo “el pueblo organizado mucho mejor”. 115 tablets y 130 pendrive han permitido que niñas, niños y adultos estén en contacto con sus escuelas para poder estudiar, surgiendo como espacio de sociabilización, enfrentando las desigualdades en una era digital.

Las madres han sido el principal apoyo de los niños en el contexto de aprendizaje en casa (Ponce, Vielma, & Bellei, 2021), por lo que abrir un espacio comunitario que permita colectivizar los cuidados, es de suma relevancia a nivel territorial, ya que se enfrenta la raíz misma del capitalismo, a saber: la competencia, desigualdades, soledad y aislamiento. Lo que sucede con esta iniciativa en Alto Hospicio, es un ataque directo al patriarcado y el capitalismo, ya que abre nuevas formas de convivir y relacionarse, nuevas formas de cuidar (Herrera Gómez, 2019) que permiten que las mujeres disminuyan su carga, en espacios donde la triple presencia en mundo público y privado es de todos los días; “son estas mismas mujeres que hoy hacen de tutoras en nuestro nivel comunitario y ellas educan a sus hijos y además, a hijos de sus vecinos” (dirigenta comité “Nueva Esperanza”).

ANAMURI, por su parte, genera acciones de resistencia desde una misión educadora popular que nace del reconocimiento de su propia historia de vida personal, resaltando que su práctica diaria desde siempre ha sido feminista, en búsqueda de la visibilización identitaria de las mujeres de origen campesino y de los pueblos originarios. En términos de las estrategias de resistencia para sobrevivir específicas por la pandemia COVID-19, estas mujeres utilizaron su stock de semillas o “acopio” y las repartieron, se gestó una red de intercambio de semillas para que la gente pudiera producir huertas mínimas, “que, si bien no iban a cumplir un rol primordial alimenticio, iban a cumplir un rol de unir a las mujeres y a las familias” (dirigenta ANAMURI).

El sentido de solidaridad, intercambio y productividad para la autonomía económica de las mujeres rurales fue algo ya investigado por Silvia Federici (2020) a través de la política de los comunes, en donde se gesta una política específica de género que permitan la autonomía de las mujeres a nivel económico, en relación a la participación social y educación autodidacta que las prepare para repensarse y enfrentar el mundo. Es interesante, porque la conexión no solo se da entre ellas, las mujeres rurales, también hay vínculos que se van gestando con el mundo urbano. En este punto se enfrenta una tensión que proviene de una nueva forma de construir futuro, en donde los lazos traspasen las individualidades y se potencien los sentimientos de solidaridad e identidad desde los movimientos populares.

Este sujeto de los feminismos podría evidenciarse como un sujeto nómada que se ha ido forjando desde su materialidad y condiciones concretas, “situadas”, que estructuran su

subjetividad como una red progresiva de formaciones de poder simultáneas. En ese sentido, la fragmentación del sujeto femenino proviene de resignificar las crisis, como posibilidad y potencial para reconcebir el vínculo entre identidad, poder y comunidad (Braidotti, 2000).

Las resistencias de los feminismos fronterizos emergen de la propia experiencia vivida de estos grupos de mujeres, los cuales retan la estructura social de la clase dominante, ya que se da desde los márgenes, en lugares transfronterizos en donde se construyen experiencias diferentes de poder. Este poder es marginal, en tanto es desconocido y se da en las periferias, además que proviene de una identidad que no tiene un “otro” institucionalizado, es decir, que no ha podido reconocerse ni como opresora ni explotadora de otros grupos generando una experiencia vivida que reta constantemente la estructura dominante racista, clasista y sexista desde un discurso único que nadie más vivencia. Su fuerza radica en que sus discursos son de oposición radical, los cuales crean una contra-hegemonía, desde una resistencia creativa, reafirmando el sentido del mundo del grupo oprimido, siendo su base la solidaridad, comunidad, los cuidados y afectos por la subsistencia misma de la vida, y en contra de su precarización (hooks, 2004).



iii) ¿Cómo dialoga y se tensiona las nociones de vulnerabilidad y resistencia? Reflexiones teóricas aplicadas a las experiencias colectivas de organizaciones comunitarias de mujeres

La vulnerabilidad se ha entendido como inacción, cuando ha sido condición de posibilidad de la resistencia, en ese sentido, es importante cuestionar que vulnerabilidad y resistencia operen desde una oposición. La pandemia por COVID-19 ha puesto en la palestra la discusión por la supervivencia, en momentos donde la fragilidad se ha sentido implacable, no dejando espacios para evadirla. Sin embargo, cuando analizamos esta vulnerabilidad, entendemos que no afecta a todas por igual, cuando Butler (2020) plantea que el virus no discrimina, es porque cualquiera de nosotras está en riesgo de contagio, sin embargo, la desigualdad radical se visibiliza en que los territorios marginales y más pobres sí mueren o se precarizan más, situación que es propia de un mundo capitalista, racista y nacionalista que discrimina.

Cuando se vincula vulnerabilidad con resiliencia, se abre un espacio de discusión que implica evaluar qué tanto las personas tienden a recuperarse rápidamente del shock, en torno a la absorción de impactos en momentos de crisis (Bracke, 2016), y qué tanto son capaces de seguir con sus vidas. El neoliberalismo ha exacerbado la autonomía del sujeto, su falta de interdependencia social y la aproximación nula a la posibilidad de sentirse frágiles. El COVID-19 ha demostrado la fragilidad de lo que el sujeto posmoderno ha creído construir, ya no sólo desde la razón, sino que también desde el pensamiento crítico.

Es claro que este periodo de la vida abre la posibilidad de repensarnos, en la construcción de una nueva representación del sujeto que aprenda a transitar las crisis en la búsqueda de justicia social, visibilizando desigualdades y precariedades, reconociéndose como un sujeto interdependiente biológica y socialmente. Las organizaciones comunitarias han conflictuado lo propio del capitalismo, y desde los feminismos, han redefinido el campo de lo posible. El rol de la mujer en estos espacios emerge como una resistencia que tensiona la representación de sí mismas, oponiéndose a las ya establecidas (Braidotti, 2000).

Si bien, se podría esencializar la vulnerabilidad y la resistencia en un posible rol de la mujer por sostener la vida, en este análisis se asume que estas formas colectivas de resistencia no

tienen como fin último vencer la vulnerabilidad (Butler, 2018), sino que se nutren de ellas para resignificar su herida, en tanto es una condición intrínseca del ser humano.

Las vulnerabilidades y resistencias de las cinco organizaciones comunitarias de mujeres chilenas, en el contexto de la pandemia COVID-19, se expresan en clave de género de diferentes formas respondiendo a diversas naturalezas, sin embargo, logran encontrarse en muchos puntos. La fragilidad del comité “Nueva Esperanza” de Alto Hospicio proviene de dar respuesta al problema de la vivienda, la “toma” de terreno evidencia una realidad camuflada, basada en una falsa promesa de desarrollo económico que intensifica un modelo de acumulación por desposesión (Pérez-Rincón Fernández, 2020); por su parte, la olla común “Por la Dignidad del Pueblo” de Santiago, evidencia la pobreza metropolitana a través del hambre y la cesantía, que también encubierta, muestra las precariedades de la capital chilena que tensiona lo “moderno” con los peores momentos de la historia reciente en Chile; ANAMURI, evidencia la soledad del mundo campesino, la falta de conectividad abre un espacio de falta de comunicación que decanta en el poco acceso a semillas y alimentación; la colectiva “Callejeras autoconvocadas Bío-Bío” evidencia la precariedad de la supuesta clase media chilena, que realmente se endeuda para sobrevivir; finalmente, la colectiva “Las Fieras” de Ancud dan cuenta de las problemáticas medioambientales, la falta de agua, la desconexión e informalidad laboral de las mujeres del sur chileno.

Entonces, ¿dónde se encuentran las distintas organizaciones colectivas?: en las estrategias de resistencia que consolidan para enfrentar la precariedad de la vida, en búsqueda de una vida más digna y menos desigual. La resistencia de todas las organizaciones comunitarias proviene de los liderazgos de mujeres, los cuales han enfrentado un triple rol durante la pandemia, en el hogar, en el cuidado afectivo-emocional y en su rol social comunitario, transformando profundamente los lazos políticos y sociales que se configuran en los espacios fronterizos, disputando el poder desde lo comunitario. La sobrevivencia toma forma desde la solidaridad activa de los lazos colectivos, lo que abre a repensar la política de los comunes como respuesta a un desencantamiento del mundo que no se construye desde un sentido weberiano, sino que político (Federici, 2020), y en relación con las crisis.

Chile, hoy tiene la oportunidad histórica de repensarse desde estos mínimos comunes, se escribirá la primera constitución paritaria y con presencia de los pueblos originarios del

mundo, lo que debería traducirse en que vuelva en parte el poder a las comunidades, pero con un innegable sello de lo tecnológico y la evolución en cómo nos relacionamos con nuestro entorno. Como dijo Donna Haraway hay que aprender a vivir en un planeta herido e imaginar futuros liberadores (Sbriller & De la Torre, s.f.), que nos permitan disminuir la desigualdad, enfrentar la precariedad, y comprender que nos necesitamos unas a otras a nivel global para sostener la vida.

La importancia de la acción colectiva como forma de resistencia, es que de ella nace una empatía que me permite devenir con una otra, generando relaciones que sean capaces de sanar y transformar. Sin esencializar, es importante abrir espacios de esperanza ante un mundo que deviene distópico y que nos pide transitar a través de la incertidumbre. Nos tendremos que esforzar mucho más en fortalecer el tejido de la conexión afectiva con otras (Sbriller & De la Torre, s.f.) ahora que las distancias se posicionan con fuerza, y los espacios de encuentro escasean y se dan a través de una pantalla. Es como que la palabra cuidado se posicionara como protagonista de la escena, si nos cuidamos, podemos conectar (por ejemplo, con el uso de la mascarilla), pero como dice Haraway, vivir en tiempos de pandemia también implica la vulnerabilidad del duelo, de una muerte solitaria, pero con la esperanza de que aún queda mucho por transformar y sonreír.

Una frase de las activistas de la colectiva “Las Fieras” de Ancud, demuestran el encuentro exacto entre resistencia y vulnerabilidad, “(...) si no fuera porque estamos juntas, la vida no es posible, porque lo primero que me aporta el ser parte de la colectiva es el autocuidado” y “la ciclicidad tiene que ver con que hay un momento más vulnerable que otro (...) no es siempre vulnerable o siempre fuerte, hay momentos, y por ahí vamos adaptándonos entre nosotras”. La organización colectiva es eso, un enfrentarse al patriarcado capitalista que se configura lineal, homogéneo y solitario, que no entiende la vida desde las fragilidades, las cuales operan como potencial de transformación. Hacerse consciente de la fragilidad es conectar con la compasión, el sentir, volver al cuerpo, que es lo que se nos ha develado más fuertemente durante estos tiempos pandémicos.

## VII. Conclusiones y reflexiones finales

A lo largo de esta investigación se ha intentado conocer y comprender las experiencias subjetivas y colectivas de mujeres en sus grupos de organización comunitaria en el contexto de la pandemia por COVID-19, aplicando los conceptos de vulnerabilidad y resistencia. Como se ha vislumbrado, los relatos y discursos sobrepasan la propia crisis pandémica, y es de esperar, ya que en Chile se ha desencadenado una crisis social y política desde el 18 de octubre del 2019 que ha expandido la mirada de lo social, más aún del poder de la acción colectiva de las mujeres en tanto espacio de cuestionamiento de la desigualdad y precariedad de la vida. En ese sentido, se ha intentado generar un relato situado acerca de la pandemia por COVID-19, pero no perdiendo el potencial de ampliar la mirada de la crisis actual a una transversal que permita generar una lectura más justa y compleja.

Ahora bien, la importancia por estudiar la presencia de las mujeres en la acción colectiva a través de lo comunitario proviene necesariamente porque se logra disputar la dicotomía de su rol público-privado, a la vez que se visibiliza un tipo de organización que se configura desde los márgenes, en territorios que operan como *contrageografías* (Sassen, 2003), en donde los conflictos sociales, económicos y medioambientales traspasan el umbral de la vida cotidiana. A lo largo de este escrito, se intentó dar cuenta de la necesidad por visibilizar las distintas naturalezas de estas acciones colectivas, las cuales amplían las posibilidades de injerencia de los feminismos populares en un Chile que tiene la posibilidad histórica de repensarse estructuralmente: vivienda, alimentación, conflictos medioambientales, salud mental, cuidados, informalidad laboral, entre otros, son problemáticas que visibilizaron la profunda precariedad de estos tiempos, y la relevancia por mostrar las luchas populares desde los diferentes territorios.

Es por eso, que analizar estos discursos desde sus vulnerabilidades y resistencias es determinante, ya que los vuelve auténticos y conectados con la realidad, en tanto evidencian desigualdades y precariedades en los espacios de la vida cotidiana de estas mujeres. Me parece que los feminismos transitan fuertemente ante esa dualidad y tensión, que implica repensar la realidad social desde una salida comunitaria, interdependiente, basado en los cuidados y poniendo en el centro la vida. ¿Qué significa, entonces, cuando Butler se pregunta

por una vida que sea digna de ser vivida? Necesariamente implica cuestionar los mínimos comunes mediante los cuales los cuerpos-territorios logran sostener los espacios cotidianos, que básicamente es volver a la pregunta primaria por la existencia misma, por la violencia, las relaciones de poder, las exclusiones. Ante una sociedad que se ha configurado desde los privilegios y las desigualdades, con una ausencia constante de un Estado que cuestione estas diferencias, el ejemplo de estas organizaciones comunitarias de mujeres evidencia la necesidad por redistribuir el poder y volver a la solidaridad de base, la cual colaboraría en configurar un mundo con mayor justicia social.

Se ha intentado fehacientemente no caer en el esencialismo de lo que implica generar acción colectiva desde los márgenes y las mujeres, como respuesta única a la transformación de lo social. A su vez, la pandemia ha demostrado una radicalización de la pobreza, de las desigualdades y la falta de acceso, generando muchas resistencias que se han configurado - como dijo una de las representantes de las colectivas- involuntariamente, como una forma de sobrevivencia ante la precariedad, por lo que es claro que la salida no puede ser solo desde las comunidades, también se necesita un rol protagónico de la institucionalidad.

Utilizar una metodología mixta feminista permitió una investigación más rigurosa sobre un tema que se está investigando incipientemente. Mediante la triangulación, se dio una convergencia de los resultados, que ayudó a situar las diferentes experiencias colectivas de las mujeres a través de sus territorios, a su vez que permitió comprender los puntos de convergencia en relación a la vulnerabilidad y resistencia. Por otro lado, analizar diferentes experiencias territoriales generó un abordaje macrozonal representativo de la realidad comunal de Chile, visibilizando sus necesidades y experiencias situadas.

Los datos cuantitativos, demostraron que hay una desigualdad previa y estructural en Chile, que se radicaliza con la pandemia. Los sectores rurales, son más pobres que los urbanos, lo que se traduce en una falta de acceso a la vivienda y servicios básicos no deficitarios; también son más pobres las mujeres, los pueblos originarios y migrantes. También se reflexionó acerca que las mujeres ya participaban menos en el mercado del trabajo en comparación con los hombres antes de la pandemia, siendo sus ingresos monetarios mucho menores; las clases altas, también, ganan cerca de cuarenta veces más que las personas de clase baja. Durante la pandemia se observó que las zonas rurales están más vulnerables a la muerte y riesgo de

contagio, esto por tener menos conectividad o acceso a servicios de salud próximos. Las mujeres han trabajado menos durante la pandemia, más aún en sectores rurales, incluso cuando han sido ellas en esos territorios donde más han buscado trabajo. Aumentó la informalidad laboral en las mujeres, mientras que han declarado estar mayormente en paro involuntario; la pandemia también ha visibilizado un aumento en las denuncias por violencia de género.

Todo esto, luego, se comprobó y profundizó en los discursos de las mujeres pertenecientes a las organizaciones comunitarias, en donde se relataron las precariedades que han sufrido durante este periodo -cesantía, hambre, poco acceso a conectividad, violencia, salud mental afectada, entre otras razones-, que claramente no afectó de igual forma a todas, pero que igualmente demostró un escenario común de vulnerabilidad. De la misma forma, las resistencias que generaron poseen diferentes naturalezas, pero con un poderoso foco en la solidaridad, los cuidados y poner en el centro los afectos, formas que se logran desde la articulación de la acción colectiva.

La mirada interseccional del análisis permitió relevar los diferentes escenarios de lucha de las mujeres, que, desde los feminismos populares, dan cuenta de la necesidad por reconocer los discursos que se dan desde los márgenes, históricamente invisibilizados, y que, desde una falta profunda de privilegios, tienen mucho que decir y significar. La fragilidad de un mundo que a veces se siente se cae a pedazos, nos ha abierto incomodidades, limitaciones que han exigido un repensarse, un crear nuevas respuestas frente a una realidad que deviene desde la incerteza, el exceso de individualidad que posiciona como elemento principal la elección racional de los sujetos; mientras que los feminismos populares han entregado como respuesta lo colectivo, los afectos, la necesidad de interdependencia. Para mí no hay duda, esta pandemia evidencia la desigualdad, pero nos obliga a transitar pensando en que no sólo necesito estar yo sano, sino que todas como humanidad para sobrevivir y avanzar.

La pandemia por COVID-19 nos anuncia un problema actual y del futuro urgente e insondable: como plantea Donna Haraway (2019) *seguir con el problema* exige nuevas lecturas de la realidad, que no pueden solo traducirse en un asunto político antiimperialista, anticlasista y promujer, sino que requiere repensar colectivamente las experiencias, volver a los diferentes posicionamientos históricos y tipos de conocimiento a lo largo y ancho del

mundo desde los feminismos comunitarios decoloniales. Esta investigación pretende ser una semilla que colabore con aquella búsqueda de libertad, esperando apoyar en la construcción de nuevos mundos posibles.

## VIII. Bibliografía

- Alzaldúa, Gloria (1999). *Borderland. La Frontera: La nueva mestiza*. Madrid: Capitán Swing.
- ANAMURI. (2014). *Género y Derechos de las Mujeres. Luchando contra el capitalismo y el patriarcado y por nuestros derechos, nosotras tenemos la palabra*. Santiago.
- Arendt, Hannah (2018). *La libertad de ser libres*. Barcelona: Taurus.
- Autoría colectiva. (2019). Un centro abierto a la comunidad: la experiencia colectiva en Vallecas. En Edith Pérez Alonso, Antonio Girón, & Juan Luis Ruiz-Giménez, *Los cuidados. Saberes y experiencias para cuidar los barrios que habitamos* (pp. 99-130). Madrid: Libros en acción.
- Ávila, Débora, García, Sergio, & Parajuá, Daniel (2019). ¡Cuidado con las periferias! O algunas claves para entender el desborde de los cuidados en barrios periféricos. En Edith Pérez Alonso, Antonio Girón, & Juan Luis Ruiz-Giménez, *Los cuidados. Saberes y experiencias para cuidar los barrios que habitamos* (pp. 131-138). Madrid: Libros en acción.
- Beiras , Adriano, Cantera Espinosa, Leonor, & Casasanta García, Ana (2017). La construcción de una metodología feminista cualitativa de enfoque narrativo-crítico. *Perspectivas, Individuo y Sociedad*, 16(2), 54-65.
- Berkhout, Suze & Richardson, Lisa (2020). Identity, politics, and the pandemic: Why is COVID-19 a disaster for feminism(s)? *HPLS* 42, 49. doi:<https://doi.org/10.1007/s40656-020-00346-7>
- Betancourt Sáez, Marcela (2020). Ciudadanas en tiempos de estallido social. La emergencia de la denuncia de los abusos en la convocatoria feminista. En Olga Grau, Luna Follegati , & Silvia Aguilera, *Escrituras feministas en la revuelta* (pp. 73-82). Santiago: LOM.
- Bifani, Patricia (2002). Globalización, Género y Proletarización. In C. Gregorio Gil, & B. Agrela Romero, *Mujeres de un solo mundo: globalización y multiculturalismo* (pp. 37-70). Granada: Universidad de Granada.
- Biglia, Bárbara, & Vergés Bosch, Nuria (2016). Qüestionant la perspectiva de gènere en la recerca. *REIRE Revista d'Ínnovació i Recerca en Educació*, 9(2), 12-29.
- Bolados, Paola, & Sánchez, Alejandra (2017). Una ecología política feminista en construcción: el caso de las "Mujeres de zonas de sacrificio en resistencia". *Psicoperspectivas*, 16(2), 33-42.
- Bracke, Sarah (2016). Bouncing Back: Vulnerability and Resistance in Times of Resilience. In Judith Butler, Zeynep Gambetti, & Leticia Sabsay, *Vulnerability in Resistance* (pp. 52-75). Durham, USA: Duke University Press.



- Brah, Avtar, & Phoenix, Ann (2004). ¿No soy una mujer? Revisando la interseccionalidad. *Journal of International Women Studies*, 1-14.
- Braidotti, Rosi (2000). *Sujetos nómades*. Barcelona: Paidós.
- Brigada de Propaganda Feminista. (2020). Los trazos gráficos de una revuelta: la resistencia de las calles. En Olga Grau, Luna Follegati, & Silvia Aguilera, *Escrituras feministas en la revuelta* (pp. 41-66). Santiago: LOM.
- Bryman, Alan (2006). Integrating quantitative and qualitative research: how is it done? *Qualitative Research*, 97-113.
- Butler, Judith, Cano, Virginia, & Fernández Cordero, Laura (2019). *Vidas en lucha. Conversaciones*. Madrid: Katz Editores.
- Butler, Judith (2001). La cuestión de la transformación social. In E. Beck-Gernsheim, J. Butler, & L. Puigvert, *Mujeres y transformaciones sociales* (pp. 7-21). Barcelona: El Roure.
- Butler, Judith (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2016). Rethinking Vulnerability and Resistance. In Judith Butler, Zeynep Gambetti, & Leticia Sabsay, *Vulnerability in resistance* (pp. 12-27). Duke University Press.
- Butler, Judith (2017). Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle. *Nómadas*(46), 13-29.
- Butler, Judith (2018). Repensar la vulnerabilidad y la resistencia. In Judith Butler, *Resistencias. Repensar la vulnerabilidad y repetición* (pp. 21-51). México: Paradiso Editores.
- Butler, Judith (2020). *Sin miedo. Formas de resistencia a la violencia de hoy*. Barcelona: TAURUS.
- Butler, Judith (2020a). El capitalismo tiene sus límites. In Giorgio Agamben, Slavoj Žižek, Jean Luc Nancy, Franco Berardi, Santiago López, Judith Butler, . . . Paul Preciado, *Sopa de Wuhan* (pp. 59-65). Buenos Aires: ASPO.
- Butler, Judith (2021). *La fuerza de la no violencia. La ética en lo político*. Barcelona: Paidós.
- Canales, Manuel (2006). *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: LOM.
- Canales, Manuel (2007). Ni pobres ni incluidos: ¿nueva cuestión social? *Revista de Sociología, Facso- Universidad de Chile*, 21, 193-207.
- Carrasco, Ana María (2008). Espacios conquistados. Un panorama de las organizaciones de las mujeres chilenas. En Sonia Montecinos, *Mujeres chilenas, Fragmentos de una historia* (pp. 139-152). Santiago de Chile: Catalonia.

- Carrasco, Cristina (2014). La Economía Feminista: ruptura teórica y y propuesta política. En Cristina Carrasco, *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política* (pp. 25-48). Madrid: La Oveja Roja.
- Carrasco, Cristina (2016). Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Una reflexión necesaria. *ATLÁNTICAS. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 1(1), 34-57.
- Castañeda, Martha (2019). Perspectivas y aportes de la investigación feminista a la investigación. Cap. 1. En Martha Castañeda, & et.al, *Otras formas de (des)aprender: investigación feminista en tiempos de violencia, resistencia y decolonialidad* (pp. 17-41). País Vasco: Hegoa .
- Castillo, Millaray, & Ramírez, Camila (2017). *Violencia estatal con la mujer mapuche*. Santiago de Chile: Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Chile.
- Cea D´Ancona, María De los Ángeles (1996). *Metodología cuantitativa. Estrategias y técnicas de investigación social*. Madrid: Síntesis.
- Centro de Investigación Social. Un Techo para Chile. (2004). *Campamentos en la Región de Tarapacá. I Región*. Santiago de Chile: El Proyecto de Historia Oral. Historias de Campamentos de Chile.
- CIM. (2020a). *COVID-19 en la vida de las mujeres. Razones para reconocer los impactos diferenciados*. Retrieved from <http://www.oas.org/es/cim/docs/ArgumentarioCOVID19-ES.pdf> Obtenido de
- CIM. (2020b). *Las mujeres rurales, la agricultura y el desarrollo sostenible en las Américas en tiempos de COVID-19*. Retrieved from <https://www.oas.org/es/cim/docs/DocumentoPosicion-MujeresRurales-FINAL-ES.pdf>
- Cuadra, Ximena (2014). Nuevas estrategias de los movimientos indígenas contra el extractivismo en Chile. *Revista CIBOD d´Afers Internacionals*(105), 141-163.
- Curiel, Ochy (2009). Descolonizando el feminismo: una perspectiva desde América Latina y el Caribe. *Primer Coloquio Latinoamericano sobre Praxis y Pensamiento Feminista*. Buenos Aires.
- Davis, Kathy (2009). Intersectionality as buzzword: A sociology of science perspective on what makes a feminist theory successful. *Feminist Theory* , 67-85.
- De Lauretis, Teresa (2000). Sujetos excéntricos. En *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo* (pp. 111-146). Madrid: horas y HORAS.
- Espinosa Muñoz, Francisca (2014). <<La vida no era pa` estar en la casa sino pa` estar en la calle>>. Olla común y tensiones de género en la población La Victoria, 1980.1989. En Francisca Espinosa , Constanza Dalla Porta, Cristóbal, Guerrero, Paloma

- Rodríguez, Alejandra Silva, & Camila Stipo, *Seminario Simon Collier 2013*. (pp. 13-51). Santiago de Chile: RIL Editores.
- Espinoza, Vicente (1988). *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago de Chile: Ediciones Sur. Colección Estudios Históricos.
- Fanon, Frantz (1961). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica. Retrieved from [http://www.papelesdesociedad.info/IMG/pdf/los\\_condenados\\_de\\_la\\_tierra\\_frantz\\_fanon.pdf](http://www.papelesdesociedad.info/IMG/pdf/los_condenados_de_la_tierra_frantz_fanon.pdf)
- Federici, Silvia (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón .
- FIDA. (2020, octubre 14). *Mujeres rurales: la llave para reconstruir un mundo mejor después de la pandemia*. Retrieved from <https://www.ifad.org/es/web/latest/story/asset/42120572>
- Flick , Uwe (2005). Qualitative Research in Sociology in Germany and the US--State of the art, Differences and Developments. *Forum: Qualitative Social Research*, 6(3). Retrieved from <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0503230>
- Fondo de Población de Naciones Unidas. (2020). *COVID-19: Un Enfoque de Género. Proteger la salud y los derechos sexuales y reproductivos y promover la igualdad de género*. New York. Retrieved from [Obtenido de https://www.unfpa.org/es/resources/covid-19-un-enfoque-de-g%C3%A9nero](https://www.unfpa.org/es/resources/covid-19-un-enfoque-de-g%C3%A9nero)
- Fuster, Lorena (2018, mayo 16). *Vidas entre la precariedad y la vulnerabilidad. Lectoras de Judith Butler*. Retrieved from [CCCB: https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/vidas-entre-la-precariedad-y-la-vulnerabilidad-a-cargo-de-lorena-fuster/230214](https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/vidas-entre-la-precariedad-y-la-vulnerabilidad-a-cargo-de-lorena-fuster/230214)
- Gago, Verónica (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.
- Galindo, María (2020). Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir. En Giorgio Agamben, Slavoj Žižek, Jean Luc Nancy, Franco Berardi, Santiago López, Judith Butler, . . . Paul Preciado, *Sopa de Wuhan* (pp. 119-127). Buenos Aires: ASPO.
- Gallardo, Bernarda (1985). *El redescubrimiento del carácter social del problema del hambre: Las ollas comunes*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Gálvez, Lina, & Rodríguez Madroño, Paula (2011). La desigualdad de género en las crisis económicas. *Investigaciones Feministas*, 2, 113-132.
- Gálvez, Lina, & Rodríguez-Modroño, Paula (2017). Crisis, austeridad y transformaciones en las desigualdades de género. *Ekonomiaz*(91), 331-359.

- Grau, Olga, Follegati, Luna, & Aguilera, Silvia (2020). Prólogo. En Olga Grau, Luna Follegati, & Silvia Aguilera, *Escrituras feministas en la revuelta* (pp. 5-12). Santiago: LOM ediciones.
- Gutiérrez del Álamo, Fernando (2009). *Análisis sociológico del sistema de discursos. Cuadernos Metodológicos* (Vol. 43). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. (H. Torres, Trans.) Bilbao: consonni.
- Harding, Sandra (1987). Existe un método feminista? In S. Harding, *Feminism and methodology*. Indiana : University Press. Traducción de Bernal.
- Hardy, Clarisa (1986). *Hambre + Dignidad = Ollas Comunes*. Santiago de Chile: PET.
- Harvey, David (2005). *Breve Historia del Neoliberalismo* . Madrid: Akal.
- Harvey, David (2007). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Hernández, Francisco (2020). Resistencias. Repensar la vulnerabilidad y repetición. De Judith Butler. México: Paradiso Editores, 2018, 89 pp. *Estudios sociológicos*, 28(114), 871-874. doi:<https://doi.org/10.24201/es.2020v38n114.1849>
- Herrera Gómez, Coral (2019). Otras formas de querernos son posibles: colectivizar los cuidados. En Edith Pérez Alonso, Antonio Girón , & Juan Luis Ruiz-Giménez, *Los cuidados. Saberes y experiencias para cuidar los barrios que habitamos* (pp. 197-200). Madrid: Libros en acción.
- Herrero, Yayo (2011). Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas. *Revista de Economía Crítica*(13), 30-54.
- Herrero, Yayo (2013). Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista Economía Crítica*, 278-307.
- Hiner, Hiner, & López Dietz, Ana (2020). Movimientos feministas y LGBTQ+: de la transición pactada a la revuelta social, 1990-2020. In Ana Gálvez Comandini, *Históricas. Movimientos feministas y de mujeres en Chile, 1850-2020* (pp. 91-127). Santiago : LOM.
- hooks, bell (2004). Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En bell hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa, Aurora Levins Morales, Kum-Kum Bhavnani, . . . Chandra Mohanty, *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 33-50). Madrid: Traficantes de Sueños.
- hooks, bell (2020). *Teoría feminista: de los márgenes al centro*. Madrid: Traficantes de Sueños.

- Igareda, Noelia (2012). El derecho al cuidado en el Estado Social de Derecho. *AFD*, 185-206.
- Imilán, Walter, Osterling, Eduardo, Mansilla, Pablo, & Jirón, Paola (2020). El campamento en relación con la ciudad: informalidad y movilidades residenciales de habitantes de Alto Hospicio. *Revista INVI*, 35(99), 57-80.
- INDH. (2017). *Mapa de conflictos socioambientales en Chile*. Retrieved from <https://mapaconFLICTOS.indh.cl/#/>
- INDH. (2019). *Informe Anual Situación de los Derechos Humanos en Chile*. Santiago. Retrieved from <https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/1701/Informe%20Final-2019.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- INE. (2020). *Indicadores subcomisión de estadísticas de género*. Retrieved from <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/genero/indicadores-subcomision-de-estadisticas-de-genero>
- INE. (2020). *Ingresos y gastos de las personas*. Retrieved from <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/ingresos-y-gastos>
- INE. (2020). *Metadato. Brecha de género en la tasa combinada de desocupación y tiempo parcial involuntario (TPI), según trimestre*. Santiago. Retrieved from [https://ine.cl/docs/default-source/indicadores-subcomision-de-estadisticas-de-genero/metadatos/autonomia-economica/metadato-tasa-de-desocupaci%C3%B3n-y-tiempo-parcial-involuntario.pdf?sfvrsn=98b24e49\\_2](https://ine.cl/docs/default-source/indicadores-subcomision-de-estadisticas-de-genero/metadatos/autonomia-economica/metadato-tasa-de-desocupaci%C3%B3n-y-tiempo-parcial-involuntario.pdf?sfvrsn=98b24e49_2)
- INE. (2021). *Encuesta Nacional de Empleo. Ocupación y desocupación*. Retrieved from <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/mercado-laboral/ocupacion-y-desocupacion>
- INE. (n.d.). *Síntesis de Resultados Nacional. Encuesta Suplementaria de Ingresos 2019*. Retrieved from [https://www.ine.cl/docs/default-source/encuesta-suplementaria-de-ingresos/publicaciones-y-anuarios/s%C3%ADntesis-de-resultados/2019/s%C3%ADntesis-nacional-esi-2019.pdf?sfvrsn=ee49802b\\_4](https://www.ine.cl/docs/default-source/encuesta-suplementaria-de-ingresos/publicaciones-y-anuarios/s%C3%ADntesis-de-resultados/2019/s%C3%ADntesis-nacional-esi-2019.pdf?sfvrsn=ee49802b_4)
- Lemuñir, Juan (1990). *Crónicas de la Victoria. Testimonios de un poblador*. Santiago de Chile: CENPROS. Centro de Estudios y Promoción Social .
- López, Javier, & Daher, Antonia (2021, junio 19). *COVID-19 en tu comuna*. Retrieved from <https://covid19entucomuna.cl/>
- López-Roldan, Pedro, & Fachelli, Sandra (2015). Perspectivas metodológicas y diseños mixtos. Capítulo I.3. En Pedro López-Roldan, & Sandra Fachelli, *Metodología de la Investigación Social Cuantitativa*. Bellaterra (Cerdanyola del Vallès): Dipòsit Digital de Documents, Universitat Autònoma de Barcelona. Retrieved from <http://ddd.uab.cat/record/163565>

- Loyola, Manuel (1989). *Los Pobladores de Santiago; 1952-1964: Su fase de incorporación a la vida nacional. Tesis para optar al grado de licenciatura en Historia*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile. Retrieved from <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-9590.html>
- Lugones, María (2008). Colonialidad y género. *Tábula Rasa*(9), 73-101.
- Martín Palomo, María Teresa, & Muñoz Terrón, José María (2014). Epistemología, metodología y métodos. ¿Qué herramientas para qué feminismo? Reflexiones a partir del estudio del cuidado. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), 35-44.
- Martinic Valencia, Sergio (2006). El estudio de las representaciones y el análisis estructural del discurso. En Manuel Canales, *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios* (pp. 299-319). Santiago de Chile: LOM.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. España: Melusina.
- Medina, Rocío (2014). Resignificaciones conceptuales y epistemológicas en el pensamiento político feminista eurocéntrico desde los feminismos periféricos. *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*(29), 72-98.
- Medina, Rocío (2019). Enfoques y herramientas para la investigación feminista. Capítulo 6. En Martha Castañeda , & et.al, *Otras formas de (des)aprender: investigación feminista en tiempos de violencia, resistencias y decolonialidad* (pp. 111-128). País Vasco: Hegoa.
- Meillan-Kher, Janina, & Bermúdez, Elena (2019). Esto no es vida: crisis crónica y luchas por cuidarse. En Juan Luis Ruiz-Giménez, Edith Pérez Alonso, & Antonio Girón, *Los cuidados. Saberes y experiencias para cuidar los barrios que habitamos* (pp. 69-73). Madrid: Libros en acción.
- Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación. (2021, junio 22). *Datos Covid-19. Casos fallecidos por comuna*. Retrieved from <https://github.com/MinCiencia/Datos-COVID19/blob/master/output/producto38/CasosFallecidosPorComuna.csv>
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Encuesta Casen 2017. (2021, mayo). *DataSocial. El portal de visualización de datos de la realidad social de Chile*. Retrieved from <https://datasocial.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/portalDataSocial>
- Mohanty, Chandra (2008). Bajo la mirada de Occidente: los estudios feministas y los discursos coloniales. In Liliana Suárez Navaz, & Rosalva Hernández Castillo, *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 117-163). Madrid: Cátedra.

- Murray , Warwick (1999). La globalización de la fruta, los cambios locales y el desigual desarrollo rural en América Latina: Un análisis crítico del complejo de exportación de fruta chilena. *Eure*, XXV(75), 77-102.
- Oceana. (2020). *Protegiendo los océanos del mundo*. Retrieved from Zonas de sacrificio: <https://chile.oceana.org/zonas-de-sacrificio-0>
- ONU Mujeres; Fundación Vértice Urbano. (2021). *El rol de las mujeres en las iniciativas solidarias y de ayuda en contexto de crisis de covid-19: composición y características de organizaciones de la sociedad civil que entregan respuesta humanitaria* . Santiago.
- Pérez Aguilar, María del Socorro, & Garda , Roberto (2009). *Guía metodológica para la elaboración de indicadores de género*. México: Instituto de la Mujer del Estado de Campeche.
- Pérez-Orozco, Amaia (2006). Amenaza Tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*(5), 7-37.
- Pérez-Orozco, Amaia (2007). *Documento de trabajo 2: Cadenas globales de cuidados*. Santo Domingo, República Dominicana: Serie Género, Migración y Desarrollo. Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas.
- Pérez-Orozco, Amaia (2010). Diagnóstico de la crisis y respuestas desde la economía feminista. *Revista de Economía Crítica*(9), 131-144.
- Pérez-Rincón Fernández, María del Socorro (2020). Feminismo popular contra la desposesión y la transformación urbana neoliberal: la experiencia del Pedregal de Santo Domingo de la Ciudad de México. *Ciudades*(23), 185-205.
- Peterson, Elin (2007). El género en los marcos interpretativos sobre la conciliación de la vida familiar y laboral. En María Bustelo, & Emanuela Lombardo, *Políticas de Igualdad en España y en Europa. Afinando la mirada* (pp. 37-66). Barcelona: Cátedra.
- Ponce, Tania, Vielma, Constanza, & Bellei, Cristián (2021). Experiencias educativas de niñas, niños y adolescentes chilenos confinados por la pandemia COVID-19. *Revista Iberoamericana de Educación*, 86(1), 97-115.
- Precarias a la deriva. (2004). *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Presidencia del Senado. (2020). *Agenda de Género COVID-19. Hacer política pública con una mirada de género en situaciones de crisis*. Santiago. Retrieved from [https://www.senado.cl/senado/site/mm/20200623/asocfile/20200623134514/agenda\\_g\\_nero\\_covid\\_22\\_de\\_junio\\_1.pdf](https://www.senado.cl/senado/site/mm/20200623/asocfile/20200623134514/agenda_g_nero_covid_22_de_junio_1.pdf)
- Quintanilla, Rosa (1990). *Yo soy pobladora*. Santiago: Taller PIRET.

- Ranfla, Arturo (1984). Frontera política y espacio fronterizo. *Estudios Fronterizos*, I(4), 47-68.
- Raposo, Alfonso (1999). La vivienda social de la CORVI. Un otro patrimonio. *Revista Invi*, 1-26.
- Riquelme, Karina (2018). Mujeres mapuche y la lucha contra la criminalización. En Ángela Erpel, *Mujeres en defensa de territorios. Reflexiones feministas frente al extractivismo* (pp. 86-90). Santiago de Chile: Fundación Heinrich Böll, Oficina Regional Cono Sur.
- Ruiz Encina, Carlos (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Santiago: Taurus.
- Sassen, Saskia (2003). Contrageografías de la globalización: La feminización de la supervivencia. En Saskia Sassen, *Contrageografías de la globalización: Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos* (pp. 41-66). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sbriller, Lucía, & De la Torre, Solana (n.d.). *Revista Anfibia*. Retrieved from Cristina Rivera Garza entrevista a Donna Haraway. Aprender a vivir en un planeta herido : <http://revistaanfibia.com/ensayo/donna-haraway-aprender-a-vivir-en-un-planeta-herido/>
- Sepúlveda Swatson, Daniela (1998). De tomas de terreno a campamentos: movimiento social y político de los pobladores sin casa, durante las décadas del 60 y 70, en la periferia urbana de Santiago de Chile. *Boletín INVI*, 13(35), 103-115.
- Tzelepis, Elena (2016). Vulnerable Corporealities and Precarious Belongings in Mona Hatoum's Art. In Judith Butler, Zeynep Gambetti, & Leticia Sabsay, *Vulnerability in Resistance* (pp. 146-166). Duke University Press.
- Valdés, Teresa, & Weinstein, Marisa (1993). *Mujeres que sueñan. Las organizaciones de pobladoras en Chile: 1973-1989*. Santiago de Chile: Flacso.
- Valles, Miguel (2002). *Entrevistas cualitativas. Cuadernos Metodológicos* (Vol. 32). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Valles, Miguel (2014). Sobre estrategias de análisis cualitativo: tras huellas de teoría y práctica investigadoras ajenas en el caso propio. En Manuel Canales, *Escucha de la escucha. Análisis e interpretación en la investigación cualitativa* (pp. 141-170). Santiago de Chile: LOM Ediciones .
- Yuval-Davis, Nira (2006). Intersectionality and Feminist Politics. *European Journal of Women's Studies*, 193-209.



## IX. Anexos

### 9.1 Pauta de Entrevista

#### **Pauta de Entrevista**

*Buenos días/tardes, primero agradecerle la disposición y voluntad a responder esta entrevista. Como te comenté, esta entrevista tiene fines investigativos y será parte del análisis del Trabajo Final de Máster denominado “La fragilidad de la vida en pandemia por COVID-19: discursos de resistencia de organizaciones comunitarias de mujeres por la sostenibilidad de la vida en Chile”.*

- 1) Para partir, me podría decir su nombre y edad. Luego, contarme brevemente el nombre de su organización comunitaria, en qué sector está ubicada, y cuándo nació. ¿Podría contarme brevemente desde cuándo participa? ¿Por qué ingresó a participar en esta organización?
- 3) ¿Cuál es la finalidad de esta organización comunitaria? ¿Cuáles fueron sus motivaciones para participar en ella? ¿la zona es rural, urbana o ambas?
- 4) ¿Qué actividades realizan en la organización? ¿Han cambiado desde que se desató la pandemia?
- 5) ¿Su organización es feminista?
- 6) ¿Cómo has visto afectado tu territorio por la pandemia? ¿Qué efectos específicos has visto en las mujeres de tu comunidad?
- 7) ¿Cómo se han organizado colectivamente? ¿qué rol han cumplido las mujeres? ¿Qué mecanismos (trabajo, ayudas, organización) de subsistencia han utilizado en este tiempo de pandemia? ¿Cómo se las han arreglado?

- 8) ¿Qué ha hecho tu organización respecto al tema de los cuidados (hijos, adultos mayores, etc.)? ¿Cómo se ha tematizado? ¿Qué ámbitos han sido los más afectados? (vivienda, alimentación, cuidados, trabajo, etc.)
- 9) ¿Cómo es la organización en términos de género? ¿Cuántas mujeres/niñas hay? ¿Qué rol cumplen las mujeres en la organización?
- 10) ¿Cómo definiría su experiencia colectiva con otras mujeres en la organización? ¿Qué tipo de estrategias colectivas han organizado?
- 11) ¿Crees que la organización permite crear espacios de solidaridad entre mujeres?
- 12) ¿De qué manera la experiencia de organización colectiva (militante) visibiliza carencias materiales, sociales y afectivas?
- 13) ¿Qué espacios sientes que ha creado tu organización para sopesar la precariedad en los contextos de pandemia? ¿Cuáles son los más relevantes? ¿Qué tipo alianzas han generado? (locales, internacionales)
- 14) ¿Qué mecanismos de acción colectiva de respuesta generan para trabajar por una alternativa que enfrente las desigualdades en sus comunidades? ¿Se perciben diferencias regionales/comunales con la pandemia? ¿violencias institucionales?